

# LA OTRA CARA DEL ESPEJO

Laura López Alfranca



 Ediciones-Babylon

## ***ADVERTENCIA***

Este libro contiene algunas escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2011, La otra cara del espejo

©2011, Laura López Alfranca

©2011, Ilustración de portada: Marta Nael

Colección Krypta n° 3

Ediciones Babylon

Calle Martínez Valls, 56

46870 Ontinyent (Valencia-España)

e-mail: [publicaciones@edicionesbabylon.es](mailto:publicaciones@edicionesbabylon.es)

<http://www.edicionesbabylon.es/>

Este libro electrónico es una muestra gratuita de la obra original. Prohibida su venta o alquiler. Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

*Aunque debo mucho a diferentes personas, pido a todos aquellos a los que quiero que me consientan dedicarle este libro a las dos personas que más me apoyaron con la escritura: a mis mejores amigos, Héctor y Jorge. Porque sin ellos no tendría ningún mundo en blanco al que acudir para manchar con mis colores. De todo corazón, chicos, muchas gracias por todo*



## Capítulo I



Aidan condujo a través de la lluvia siguiendo las pobres indicaciones del GPS. Rumió una maldición al temer que llegaría tarde el primer día de trabajo y buscó un pequeño hueco en la arboleda para esperar a que el aguacero amainase y le permitiera continuar hacia el psiquiátrico. Mientras aguardaba, tomó las carpetas que le habían facilitado con los casos que trataría y sonrió para sí. Había varios motivos por los que le interesaba aquel cambio: uno era el dinero que le pagaban, tanto que ayudaría a sus niñas a ir a cualquier universidad de élite; otro, el horario laboral tan reducido, lo que le permitiría dedicarle tiempo suficiente a su familia. Y, por último, el contenido de aquellos expedientes.

Se veía que ese era un lugar para que la gente rica escondiera a sus locos sin que nadie los juzgara. Pero, lo que de verdad le había desconcertado, eran sus casos. Había unos cuantos que, seguramente, podrían garantizarle algún reconocimiento entre sus colegas.

El olor a humedad le adormecía, por lo que decidió revisar sus papeles para despejarse. Continuó leyendo hasta que al fin la lluvia escampó, aunque seguía siendo difícil poder ver con total claridad. Prosiguió hasta llegar a un edificio gris, cuyas piedras estaban ennegrecidas por el paso del tiempo; no entendía por qué habían preferido mantener intacta una construcción del siglo XIX salida de la imaginación de Poe, a derribarla, reconstruirla y equiparla como era debido. Las gárgolas le recibieron con un mudo saludo y él continuó ignorándolas, subiendo por la escalinata y atravesando las puertas de cristal.

Recordaba perfectamente dónde estaba cada habitación gracias a su anterior visita, cuando uno de los celadores le

enseñó el lugar a conciencia. Había llegado mucho antes de la hora por temor a que la lejanía fuera a retrasarle. Sus pasos resonaban contra las paredes y pronto comenzó a cruzarse con los celadores, que despertaban a los enfermos y, en según qué casos, los llevaban a desayunar. Le miraban con curiosidad, pero el hombre siguió caminando sin prestarles atención hasta que, al fin, vio la puerta de su despacho y la abrió con una sonrisa de orgullo en el rostro. No era para menos: ni el despacho del director del Harper, su antiguo hospital, tenía tanto lujo. Las estanterías de caoba brillaban intensamente y olían a nuevo, con cientos de adornos inútiles y libros de consulta; una enorme mesa, del mismo color que el resto del mobiliario, presidía el lugar.

Se sentó en su butaca de piel y se recreó en la visión que le ofrecía la ventana: los árboles resecos de la entrada principal y su propio reflejo, que le devolvía una sonrisa de seguridad y triunfo. Gruñó de satisfacción y se acomodó, feliz, apoyando los pies encima de la mesa. Saber que lo había conseguido, que al fin nadie, nunca, podría volver a llamarle fracasado, le hacía sentirse como recién salido de la facultad.

Después de unos minutos embelesado, decidió volver a la realidad y, haciendo de tripas corazón, tomó el expediente del primer paciente y comenzó a leer la ficha por primera vez... Pero se quedó atascado en el nombre: Pierre Thompson.

Suspiró un tanto molesto. Sólo había decidido tratar a ese paciente porque su mujer se lo había pedido, ya que era su hermano pequeño. Decía que era el único capaz de ayudarlo y le había insistido tanto con esa carita tan dulce que ponía, que no pudo evitar aceptar para hacerla feliz, menos aún después de haberle ayudado a conseguir el puesto. Aunque no podía negar que, con tal de salvar su matrimonio, era capaz de eso y más.

No había sido presentado a su cuñado, ya que cuando él se casó con Aimée, Pierre ya estaba interno, y, la verdad, cuando ella iba a visitarle con las niñas, el médico nunca iba con ellas alegando que deseaba estar fuera de un hospital en sus días libres.

Pero ahora iba a conocerle al fin y poco sabía de él que

podiera servirle en esa ocasión. Aimée siempre aseguraba que sólo era un tanto excéntrico, que si estaba allí era culpa del padre de ambos y que todo había sido a causa de un joven drogadicto y problemático, muy violento, que debería haber sido detenido antes de que las cosas hubieran ido a peor. Nunca había investigado aunque le causase curiosidad, su mujer no había querido ahondar. Oyó que llamaban a la puerta y, sin levantar la vista, pidió que pasasen.

—Buenos días, doctor —saludó un celador con jovialidad. El hombre levantó la mirada un tanto abatido: no había conseguido leer ni una sola línea—. Le traigo a su paciente.

—Muchas gracias, puede retirarse. —Al momento apareció un hombre joven, que apenas debía rozar la treintena—. Encantado de conocerte al fin, Pierre.

—Lo mismo digo, Aidan. Aimée me ha hablado mucho de ti. —El doctor se sintió de pronto en desventaja. El que un paciente supiera tanto de él y no fuera algo recíproco, le ponía nervioso.

El muchacho, que en principio parecía delgado y demacrado, cuando le sonrió lo hizo con tanta dulzura que le tuvo que corresponder al gesto. Ahora era cuando podía ver los parecidos con su esposa: su voz grave poseía la misma cadencia sosegada y suave; los ojos, ese tono verde de mirada limpia e inteligente; tenía el cabello negro y la piel tostada; la cara era ovalada y poseía unos ademanes tranquilos y pausados. Según afirmaba su mujer, su aspecto, así como sus nombres franceses, los habían heredado de su madre. El paciente se tumbó al tiempo que el médico se ponía más cómodo, esperando a que el otro comenzara. Ambos se observaron fijamente, estudiando los movimientos del otro. Parecía que se estuvieran midiendo o, quizá, intentaran descubrir cómo era el contrario y si era merecedor de su confianza.

Ahora era el momento de comenzar. Tal vez, con algo simple:

—¿Por qué no me cuentas cómo acabaste aquí?

—Que yo recuerde, en mi ficha se habla del caso.

—Me gustaría que me lo contases con tus propias palabras. Saber exactamente cómo te sentiste y qué te llevó a hacer algo así. Eso me ayudará a diagnosticarte y ayudarte con el tratamiento.

—No estoy loco. —El chico se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

—Claro que no, pero es lógico...

—No te has leído mi ficha —insistió el joven aguantándose una carcajada, consiguiendo hacer que Aidan se incomodase.

—Claro que me la he leído. ¿Qué clase de médico sería si no...?

—El que desea un caso extraño, algo que le reporte reconocimiento. Lo comprendo, es lo que muchos buscan. — El hombre estaba asombrado; Pierre era mucho más intuitivo de lo que parecía a simple vista—. He convivido con muchos otros enfermos y, sinceramente, sus historias son mucho más interesantes que la mía.

—¿Eso crees?

—Me han hecho test de todo tipo y nadie me ha encontrado nada. En teoría estoy más cuerdo que muchos de mis cuidadores.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Fue mirando de reojo el expediente, intentando encontrar las páginas donde venían los diagnósticos de los demás psiquiatras. Oyó cómo su paciente suspiraba con tristeza y volvió a centrarse en él; había perdido su sonrisa y sus ojos parecían apagados.

—¿Por dónde debería comenzar? ¿Tal vez mi infancia?

—Si lo prefieres... Pero no esperaba que entraríamos tan rápido en materia freudiana. Supuse que iríamos poco a poco y lo prefiero. Así que primero hablaremos de lo que detonó tu ingreso y dejemos todo lo demás para otras sesiones.

—¿Qué es lo que te contó mi hermana de mí?

El doctor se rascó la cabeza un tanto extrañado. No esperaba que, de pronto, fuera tan esquivo.

—Anécdotas, recuerdos agradables... Sabes que no le gusta hablar de lo que te pasó y, si lo hace, es muy por encima. —Le

escuchó murmurar un asentimiento y esperó a que continuara.

—Creo que prefiero que lo lea en el informe.

El médico intentó hacerle hablar, perplejo ante aquella actitud, pero Pierre sólo respondía con evasivas, por lo que cuando la sesión acabó, Aidan cogió la ficha y comenzó a estudiarla lleno de curiosidad. Su lectura le resultó, cuanto menos, sorprendente: un asesinato o eso era lo que parecía al principio. Revolió todas las notas y las separó por encima de la gran mesa según la información que le aportaban, intentando ordenar todo aquel extraño caos burocrático. Si su cuñado había pretendido llamar su atención para que le ayudara, lo había conseguido. Sonrió para sí; debía haber recordado que era el hermano de su mujer y que sabía cómo engatusar a los demás. Tal vez era lo que ambos pretendían desde el principio: la una intentando convencerle desde la confianza de que su hermano era inocente y el otro intentando atraerle con algo interesante.

Tomó los fajos que se referían al llamado «Incidente del espejo», el asesinato que encerró al joven entre aquellas paredes.

Repasó cada palabra que veía, intentando no perder ninguno de los posibles significados. Lo que pudo extraer de la lectura, fue que uno de los compañeros de cuarto del colegio mayor de Pierre, drogadicto en pleno síndrome de abstinencia, atacó al joven y este último le mató en defensa propia. Según los demás residentes, J. S. era una persona problemática y, en los últimos tiempos, muy violenta. También aseguraban que la víctima estaba obsesionada con un espejo que pertenecía a Pierre; una herencia familiar.

—Así que este era el joven del que hablabas, Aimée. Pierre sólo quiso defenderse de J.S. y este acabó muerto. Puede que, incluso, pretendiese evitar un robo... No tiene sentido que acabara aquí...

Siguió buscando entre los retazos de papel y devoró las líneas en las que se confirmaba que la policía se había encontrado con que las pruebas avalaban que el hermano de Aimée sólo se había defendido, pero eran incapaces de determinar qué fue

lo que ocurrió. Al existir aquella extraña duda, la familia del fallecido, personas de pocos recursos, presentó una demanda contra el joven. Aunque después leyó una entrevista en las que estas personas aseguraban que buscaban justicia para su hijo y no para sacarle dinero al padre de Pierre... Y este, en vez de pelear por la inocencia de su vástago, dejó que le encerraran en un psiquiátrico.

—Y, como siempre, el viejo Thompson demostrando su negro corazón.

Apuntó y tachó ideas según le venían a la cabeza, intentando resolver aquel extraño puzle. En otro recorte aseguraban que ambos jóvenes, posiblemente tras la ingesta de drogas duras, sufrieron un proceso psicótico grave que les hizo enzarzarse en una pelea, cuyas consecuencias fueron la muerte de J.S. y que P.T. cayera en estado comatoso a causa de los golpes que le fueron infligidos. Este último dato solo era nombrado en un recorte y algo le decía que era realmente importante, más cuando en los primeros informes se aseguraba que Pierre no había tomado nada que pudiera alterar su estado de ánimo.

—No es que sea un caso interesante; es que no tiene sentido —murmuró para sí.

Se sobresaltó al escuchar un pitido desde su equipo y miró la llamada que este le hacía. Parecía haberse vuelto loco, ya que una ventana parpadeaba insistentemente recordándole que tenía «sesión de grupo». Iba a ser un día muy completo. Aunque parecía que aquel lugar, por muy siniestro que fuera, no daba la sensación de ser un sitio de los que acogieran a enfermos tan peligrosos y desquiciados como tenía que tratar en el otro hospital. Al acordarse de ellos, sintió una arcada y sacó la carpeta que le había preparado Aimée para momentos como aquellos.

«Por si te sientes ansioso», le había dicho en su primer día en el Hospital Harper. «Ábrela y olvídate de los malos momentos.»

Eran fotos de las niñas cuando eran bebés y dibujos que guardaba de ellas. Siempre conseguían relajarle y recordarle

que todo lo hacía por sus chicas. Al menos, los malos recuerdos desaparecían durante unos momentos mirando la carpeta.

De mala gana guardó su pequeño tesoro en uno de los muchos cajones y decidió darse prisa para no llegar tarde a la sesión de grupo, aunque dudaba que a sus pacientes eso fuera a importarles.

—¿Doctor Hanson? —le preguntó un joven celador a la carrera mientras él salía de su despacho—. Venía a avisarle de que la doctora Simms se encargará de su sesión de grupo. Política del centro, es para que los enfermos se aclimaten.

—De acuerdo... ¿Qué quiere el centro que haga durante las dos horas que tengo libres? —inquirió el hombre, anonadado. ¿Tanta tecnología para avisarle de sus obligaciones y no podían mandarle un simple *mail*?

—Aproveche y dé un paseo. —De pronto empezó a sonreír de forma ladina. Ese gesto ya le sonaba de algo...—. Hay grandes sitios para ver. Tenemos una preciosa biblioteca que está encantada.

—Oh...

—Y unos jardines embrujados. En los bosques se dice que hay enterrados cadáveres de brujas decapitadas —añadió con una gran sonrisa socarrona.

—¿Hay alguna zona de los alrededores que tenga una historia agradable? Ya sabe, para pasear y relajarse cuando haga mejor tiempo.

—¿Bromea? No intente destruir una tradición de generaciones de celadores locos y con mucho tiempo libre. Tenemos que tener fantasmas de suicidas y asesinados por *electroshocks* rondando por las instalaciones.

—Ya, ya sé. Muchas gracias por echarme menos años de los que tengo, pero ese tipo de historias me las contaron en mi anterior hospital cuando entré.

—¿Puedo intentar contarle la historia de Pierre Thompson? Es aterrador... y el ambiente tan gótico ayuda. Con picante incluido. Trata sobre un espejo que... —murmuró esperanzado,

deseando poder asustarle de nuevo.

—He tenido pacientes que realmente daban pavor. Si me disculpa, seguiré mi camino. Pero muchas gracias por su bienvenida, me ha hecho sentir joven.

Aguantó antes de echarse a reír en su cara. No recordaba que los veteranos gustaran tanto de contar esa clase de historias a los nuevos; seguramente algún médico le habría pedido al chico, a modo de bienvenida, que intentara asustarle. Además, tenía razón en que el ambiente era el propicio para una historia de terror, casi deprimente.

Un golpe de frío le hizo revolverse, incómodo. Qué poco le gustaban las instalaciones viejas. Siguió avanzando mientras curioseaba por los cuartos, los cuales mostraban la psique de enfermos anónimos. Había cuadros maravillosos, fotos de personas desconocidas, juguetes quemados, algunos vueltos a la pared, pintadas angustiosas, objetos de metal retorcido, otro completamente cubierto por una manta marrón raída y bajo la cual se podía ver brillar unas patas de plata lustrosas... Se detuvo y volvió a estudiar con más atención aquel último detalle. Había llegado a la habitación de su cuñado por casualidad. Sonrió y se encogió de hombros; ya llegados hasta ahí, ¿por qué no curiosear? Había entrado en el depósito donde su mujer guardaba las herencias maternas traídas de Francia, verdaderas obras maestras. No podía negar que sentía un cosquilleo recorriéndole todo el cuerpo por la curiosidad.

Se acercó a la tela y extendió la mano. En aquel momento, escuchó una risilla femenina ahogada que le hizo saltar a un lado, sonrojado. Miró a los alrededores y bajo la cama, pero allí no había nadie. Suspiró y volvió a acercarse a la manta para tirar de ella. En aquella ocasión, sintió como si alguien respirase en su nuca mientras jadeaba su nombre. Era la voz de Aimée; incluso creyó sentir sus manos acariciando su pecho, descendiendo hacia su vientre, y su olor, tan inconfundible y suyo, inundando la estancia. Se alejó un momento y salió del cuarto para mirar por el pasillo. No había nadie por los

corredores y parecía que el mundo estaba impregnado del aroma embriagador de su mujer.

Regresó ante el espejo y tragó saliva; sintió que su garganta se había secado y su cuerpo había comenzado a arder y sudar. Aquello era imposible... Pero la sensación de las manos de su mujer jugando por su piel, recorriendo cada centímetro de su ser y gimiendo en su oído era demasiado familiar y deseada como para ignorarla. Sus jadeos y risillas se intercalaban con llamadas ansiosas y llenas de anhelo.

«Aidan».

—Aimée... —gruñó. Demasiadas noches sin su contacto, tantas que ya casi ni recordaba cuándo fue la última vez que había sentido su piel contra la suya. Demasiadas horas perdidas por un maldito trabajo que casi consiguió que perdiera a su familia.

¿Qué estaba ocurriendo? Intentó pensar con lógica, resistirse, pero llevaba demasiado tiempo con necesidad como para dejar que se interpusiera entre él y su mujer. Su mano siguió avanzando inexorablemente. Las suaves caricias se fueron convirtiendo en arañazos que se marcaban en su piel y las risas se volvían carcajadas despectivas. Sentía ira; deseó zafarse, pero no era capaz de moverse... Odiaba a esa Aimée. La que se creía superior a él y le miraba como si fuera el viejo Thompson cuando le gritaba exigiéndole que no fuera tan ambicioso, que les hiciera más caso y recordase que ante todo estaban ellas, su familia. Había veces en que conseguía sacarle tanto de quicio...

De pronto, gritos de dolor y angustia. Abrió los ojos y vio cómo la tela se llenaba de sangre fresca. Escuchó golpes; los llegó a sentir contra su pecho con tanta violencia como su corazón asustado. Su mujer le llamaba aterrorizada, suplicando por su vida. Su olor fue sustituido por el hedor de la sangre y la tierra fresca, las vísceras y algo inclasificable.

«Plop, plop, plop».

La sangre comenzó a golpear el suelo. Rítmicamente al principio, luego como una riada incontenible. Los gritos se

convirtieron en alaridos que herían sus tímpanos con su fuerza y terror; ante él, en la mancha sanguinolenta, se distinguía el rostro deforme de un monstruo en el que pudo verse reflejado. En algún momento, la voz que rogaba por ser ayudada dejó de ser la de Aimée y era la suya.

—¿Está bien? —Una mano le agarró el hombro y le zarandeó. Estaba en el suelo, empapado de sudor. Su corazón le golpeaba el pecho con fiereza y era incapaz de respirar: un ataque de ansiedad.

—Yo... Yo...

Se quitó la camisa y, cuando notó la gelidez del suelo, sintió que se iba relajando poco a poco. Miró a su alrededor y, tal y como sospechaba, nada de sangre y todo olía a humedad.

—No se preocupe, un desmayo por golpe de calor le puede ocurrir a cualquiera —insistió su interlocutor. Estaba completamente mareado.

—¿Golpe de calor?

Le cogió la mano y la puso ante el espejo. De pronto, una ráfaga de aire ardiente cayó encima de esta y, cuando se la acercó, comprobó que olía de forma dulzona. Seguramente su imaginación haría todo lo demás..., y su necesidad. Porque creer que acababa de pasar todo aquello era, cuanto menos, absurdo.

—¿Se encuentra bien, amigo? —insistió el hombre, zarandeándole—. Realmente tiene muy mala cara.

Tampoco es que su interlocutor pudiera presumir de que su rostro fuera ejemplo de lozanía y salud. Aunque era redondo y jovial, de tez oscura, se le veía ojeroso y demacrado, como si hubiera pasado muchos días soportando una mala vida. Lo podía comprobar en el pelo negro que empezaba a canear; algo le estaba haciendo envejecer de golpe. Era corpulento y, por el uniforme, constataba que era un celador que le seguía mirando preocupado.

—Sí, la verdad es que me he llevado un buen susto —reconoció Aidan limpiándose el sudor.

—No se preocupe, por eso he venido. Los de mantenimiento están ocupados con la avería central y algunos

estamos encargándonos de comprobar cómo lo llevan. Por aquí, mal —bromeó, y el doctor, aunque seguía asustado, tuvo que reírse a su pesar—. Frederick Lowe, pero llámeme Freddy y nada de confundirme con Freda, que es toda una dama.

—Encantado, soy Aidan Hanson —dijo estrechando la mano con fuerza.

—¿El nuevo? Así que por eso estaba aquí; venía a ver el espejo y acabó desmayado en el suelo por un golpe de calor.

—En verdad, llegué de casualidad... Del resto tiene razón.

—Pierre es muy buen tipo... —comenzó a decir dejando las últimas palabras en el aire.

—Y ahora viene el «pero».

—Sin peros. Es buen tipo y tiene mucha labia. El problema es que eso de ver una chica salir de un espejo es mal asunto —dijo sacando un *walkie-talkie* y hablando por este—. Tiene mucho poder de sugestión, mire lo que le ha ocurrido. La cuestión es que eso no le ha ayudado mucho siempre y dudo que pueda sacarle de aquí a menos que deje de creerse lo del espejo. Es triste, pero realista.

—Ya, claro. Muchas gracias por ayudarme —dijo Aidan, levantándose intranquilo—. Tengo que volver al despacho, pronto va a llegar mi próximo paciente.

—Para lo que necesite, llámeme. Disfrute de los días de transición.

Caminó con paso apresurado por los pasillos sintiendo un sudor frío por la espalda. Cuando cerró tras de sí la puerta, suspiró e incluso se rio; seguramente el hombre tuviera razón, pero no en lo de Pierre. Todo sería cosa suya, alguna parte de su ser que no estuviera funcionando como debiera le habría enviado aquella visión como señal de lo mucho que iba a añorar el Hospital Harper.

—Sí, los homicidas mal diagnosticados son una delicia comparados con mis nuevos pacientes.

La verdad es que si aquello iba a ser lo más emocionante que le iba a ocurrir en su primer día, podía darse por satisfecho.

Tanto como para sentarse en su sillón y esperar a que trajeran a su próximo paciente.

Dietas, más dinero, tiempo... Hasta le habían dado menos trabajo en sus primeros días para aclimatarse. «Días de transición», los llamaban. Cogió el expediente de su cuñado y sonrió; iba a ser un caso realmente interesante y con el que de verdad podría hacer algo bueno. Estaba muy acostumbrado a tratar con asesinos, tal vez por eso Aimée le había rogado tanto que le tratase; su mujer era muy astuta.

«Aidan...».

Volvió a escuchar ese susurro ahogado, la risita despectiva. Pero, entonces, comprobó que era alguien pidiéndole permiso al otro lado de la puerta para entrar. Otro caso que era traído por un celador.

Aidan dejó el expediente, pero no cesó de pensar en el caso de su cuñado, ni en el padre de este. Antes de descubrirse sus asuntos turbios y todo el daño que había hecho a su mujer y cuñado, le había parecido, hasta cierto punto, un hombre admirable, y sabía que el viejo Charles Thompson opinaba de la misma forma, tal vez porque se sentía reflejado en él como decía Aimée, aunque esta aseguraba que era mejor persona de lo que nunca habría podido ser su padre. Ahora se arrepentía de aquello: la oscuridad de su suegro era demasiado grande y le aterraba llegar a ser como él.

Al final del día se llevó el expediente de su cuñado a casa y todos los rincones de su hogar se hicieron susceptibles de ser ocupados por sus notas y las ideas que había rechazado. Por suerte, sus hijas aprovechaban para jugar con las bolas de papel y lanzárselas como si fuera nieve.

La culpabilidad por no haber ayudado antes a su mujer y lo que había supuesto aquel desmayo hizo que su vida se detuviera de nuevo en los siguientes días. No jugaba con sus niñas y apenas hablaba con su esposa, avergonzado por no haberla atendido como debía con su hermano y verse tan acuciado por sus instintos animales, hasta el punto de haberse

sentido tan rabioso con ella. Ni aun en la noche era capaz de disfrutar de un merecido descanso. Demasiado tiempo tratando con elementos peligrosos como para no ayudar a alguien que lo merecía. Por suerte, el recuerdo del desmayo se fue diluyendo cuanto más se enfrascaba en el trabajo.

El problema es que no encontraba nada que realmente pudiera explicar que Pierre se encontrara allí. Leía psicosis, pero por lo que sabía gracias a las charlas con los enfermeros y celadores, el muchacho era una persona afable y encantadora; todos ellos afirmaban que debería estar en la calle y no interno. Si ese chaval era un loco, entonces cualquiera tendría que recibir esa etiqueta. Aseguraron que sólo tenía una peculiaridad: aseguraba que del espejo de su cuarto, el que había heredado de su madre, emergía una mujer hermosa que colmaba todos sus deseos. Se rio recordando todos los chistes picantes que habían dicho sobre el asunto; eran realmente buenos.

Releyó los papeles y se encontró con lo que habían dicho los compañeros de J.S. Revisó de nuevo los archivos y se topó con algo coherente: el único nexo que podía establecer entre todos los puntos era aquella obsesión con los espejos, pero, según las notas de los otros psiquiatras, las pruebas no indicaban ninguna patología relacionada con dicho objeto, ni tampoco hablaban de síndromes narcisistas.

Al final, y tras tanta búsqueda, sintió que podía descansar. Se recostó en su butaca, fijando la vista entre las estanterías de su hogar, donde había más fotos de sus hijas que libros, y se hizo cientos de preguntas. Si según los informes el muchacho presentaba una psicosis, debería volverse violento o, al menos, su conducta debería cambiar sin previo aviso... Ante tantas incongruencias, pensó que lo único que ocurría era que su cuñado quizás fuese un excéntrico. Tras las pesquisas, una pregunta le martilleaba la cabeza: ¿qué tenía que ver un espejo en todo aquello? Tal vez Aimée supiera la respuesta.

Cansado de dar tantas vueltas sin ningún resultado, salió de su estudio para ir a dormir. Se detuvo al encontrar

la luz del despacho de su mujer encendida y abrió la puerta con delicadeza, asomándose un poco para comprobar que su esposa estaba sentada en la mesa mirando fijamente la ventana. Sonrió y entró en el cuarto sin importarle si hacía ruido o no. Estaba completamente seguro de que no podía oírle; tendría su música tronando en los cascos y se sentiría completamente ajena al mundo. Al oler el aroma de su mujer y sentir su calor, recordó lo mucho que la añoraba; habían acordado tras la crisis tomarse las cosas con calma y así había sido. Le encantaba haber recuperado a su mujer en todos los aspectos, menos en el sexo, ya que se estaban concediendo un tiempo para recuperar la pasión perdida. Sin embargo, sin quererle resistir, se acercó a su cuello con suavidad y lo besó con delicadeza. Habría sido un momento perfecto si ella no se hubiera levantado de un salto para luego girarse asustada.

—¿Esperabas que fuera un ladrón muy cariñoso?

Al verle, su mujer comenzó a reírse al tiempo que se quitaba los auriculares.

—Algo por el estilo, sí —bromeó acercándose—. ¿De pronto te has acordado de mí? Pensé que mi hermano te había conquistado. Llevo varios días sin disfrutar de ti.

—Es un gran tipo, pero prefiero a su hermana. La verdad es que, después de un par de noches durmiendo encima de una pila de papeles, añoraba compartir la cama contigo. —Le agarró de la cintura y la atrajo suavemente, acurrucándose contra su cuello para aspirar su aroma limpio y cálido, que le reconfortaba.

—¿Y qué ha pasado para que ocurra este milagro?

—Me he quedado completamente perdido, me siento muy frustrado —dijo tras un bufido.

Ella le apartó de un empujón suave y él decidió captar la indirecta; seguía sin estar preparada. Pero cuando la miró con afabilidad, su mujer le atrajo con violencia y le besó ansiosa; incluso le mordió el labio con fuerza. Se separaron y cuando fue a decir algo, ella le acalló con un dedo y una sonrisa felina mientras se iba quitando la blusa. La observó expectante e impaciente; no podía creer que, al fin, estuviera dispuesta a practicar de nuevo

sexo..., y menos tras haberse vuelto a enfrascar en el trabajo, como le había prometido no volver a hacer.

—Entonces, ha acudido al sitio indicado, doctor. Sé cómo tratar ese tipo de problemas.

—¿Tan absorto he estado con tu hermano que ni me he dado cuenta de que has conseguido el título de medicina?

—Puede ser... Si querías ponerme celosa, debo reconocer que lo has conseguido. Esperaba que en el nuevo hospital me hicieras más caso y no es así. Muy mal, Aidan. Eres un chico muy malo —dijo poniendo los brazos en jarra y moviendo las caderas de esa forma que le hipnotizaba.

Se planteó por unos instantes preguntarle si estaba segura, pero únicamente sonrió y se lanzó a su cuello, al tiempo que la alzaba para que se abrazase a él con brazos y piernas mientras le hacía cosquillas en la mejilla, con sus risas convertidas en un murmullo para no despertar a las niñas. La lengua del médico lamió la piel entre la mejilla y el inicio del pecho; la notó palpar y sudar mientras tumbaba a Aimée en la mesa y esta le quitaba la camisa. Solo ver su piel desnuda, acariciarla. Con tan solo eso estaba ardiendo de la impaciencia y apenas habían comenzado. Descendió por sus senos mordisqueando y degustando cada pedacito de piel que quedaba a su alcance mientras ella le arañaba la espalda y le mordía los hombros. Le encantaba dejarle marcas ardientes. La oyó gritar su nombre; quiso descargarse de una vez, pero pudo más su añoranza que su necesidad. Demasiado tiempo sin todo aquello como para dejarse llevar y acabarlo tan rápido. Por lo que Aidan siguió descendiendo, trazando caminos brillantes con su saliva mientras iba degustando el salado sudor de su esposa, cuyas piernas se enredaban en su figura, para luego apoyarse alrededor de sus hombros y dejar que sus muslos le acariciasen la cara. Acurrucó los labios unos instantes en su unión para aspirar su aroma y luego alzó un poco sus nalgas con las manos y empezó a jugar con ella. Aimée se lo impidió y se escurrió un poco. Cruzó las piernas y, mientras su mujer le palpaba el

torso con los pies, sus manos le incitaban a subir rápidamente para besar su boca y mejillas de nuevo. Estaba febril, el sudor le recorría la espalda en enormes gotas; la verdad es que le había costado mucho contenerse y no acabar rápido con los juegos.

«Te he echado de menos», la escuchó susurrar y aquello pudo con su paciencia. Se unió a su cuerpo y ambos acallaron sus gritos de pasión con sus labios mientras se movían acompasados. La piel de su mujer, su olor, su cuerpo. No es que sintiera oleadas de placer y fuego, es que estaba rugiendo desesperado. Se movía con tanta rapidez como para empezar a dolerle la espalda y ni le importó; sólo quería más y más. Aimée tampoco se contuvo; le arañaba, lamía y susurraba todas las frases incoherentes que tanto sabía que le gustaban. Cuando llegó al orgasmo, sintió cómo se abrazaba con más fuerza contra él y le mordía extasiada en el cuello. Se negó a soltarla, incluso se tumbó encima de ella apoyándose en sus codos mientras le acariciaba la cara. Estaba sudorosa, sonreía plena y satisfecha. Le encantaba esa expresión.

—Espero que no volvamos a las andadas —le exigió golpeándole con un dedo la nariz mientras intentaba incorporarse un poco. Aidan la obedeció, perezoso—. Estos días te he extrañado y las niñas también. Nos hemos acostumbrado a tenerte por completo para nosotras desde que te fuiste del Harper.

—Lo siento... Ya sabes qué ocurre cuando me entusiasmo —bromeó él recogiendo sus ropas—. ¿Crees que se habrán despertado?

—La casa es muy grande y llevan un par de horas dormidas.

—Tomaré eso como un «todavía somos muy jóvenes para la charla sobre el sexo» —afirmó el hombre agarrándola de la cintura para levantarla. Al verla de tan buen humor, decidió tentar a su suerte—: ¿Te apetece ducharte y que luego tengamos una segunda cena?

—Ahora que lo dices... Me apetecía que me frotaras la espalda —aseguró mientras desaparecía a través del pasillo,

riéndose nerviosa. Aidan tiró las prendas al suelo sin demasiada delicadeza y echó a correr tras ella, rugiendo como si fuera un animal tras su presa y volviéndose a sentir pletórico. Realmente había añorado esa faceta de su matrimonio.

Atravesaron los pasillos esperando que, al estar las habitaciones en la parte de arriba, sus hijas no se despertaran por el escándalo. Cuando llegó, su mujer ya estaba preparando la ducha de forma diligente. Entonces, sin darse cuenta, se observó en el espejo y suspiró un tanto melancólico al recordarse en su mejor época. Ahora tenía una tripilla de hombre casi cuarentón; su, en otro tiempo, más que abundante cabello castaño estaba salpicado por canas y ya podían notarse las entradas; alrededor de sus ojos oscuros y sus labios había muchas arrugas que delataban que ya no era un jovencito. La verdad es que los años parecían pesarle como una losa.

Se giró para observar a su mujer. Sonrió como un idiota al comprobar que seguía siendo tan hermosa como cuando la conoció. Tal vez ya no tenía el esplendor y turgencia de su juventud, pero su madurez le había conferido una belleza elegante, seductora. Su mirada irradiaba tanta seguridad y fuerza que, algunas veces, le hacía sentirse muy pequeño, como si de alguna forma ella no le necesitara. En cambio, para él Aimée y las niñas eran toda su vida.

—Ya está... —murmuró ella agarrándole la mano y tirando de él—. Tendrás que frotarme muchas veces la espalda para que pueda perdonarte por tenerme abandonada.

—Seguramente por mi culpa tu amante debe estar agotado —bromeó Aidan, aunque tenía un matiz amargo en la voz, tristeza que se le olvidó cuando su esposa comenzó a besarle.

En cuanto empezó a frotarle la espalda, recordó lo que deseaba preguntar. Aunque tardó un poco en abordar el tema, intentando que su amor le respondiera sin que se sintiese atacada o que pensase que estaba sentenciando a su hermano.

—Pierre parece buen chico.

—Lo es, las niñas le adoran —replicó pasándole una esponja—. ¿Qué es lo que dijeron los otros psiquiatras de él?

—Que sufre de psicosis. Pero, según sus cuidadores, es incapaz de hacer daño ni a una mosca.

Su mujer permaneció en silencio y él esperó a que hablara.

—¿Crees que está loco?

—Es muy pronto para decir algo así, aunque... Hay algo que espero que puedas aclararme. —Ella siguió sin hablar—. Según los recortes de periódico, él y la supuesta víctima se enzarzaron en una pelea por un espejo.

—Es una reliquia familiar —respondió sin girarse.

El doctor sintió que, aun a pesar del vapor, el ambiente se había congelado.

—Por lo que me han contado, Pierre afirma que de ese espejo sale una mujer hermosa que colma sus deseos. ¿Qué clase de reliquia familiar hace algo así?

Sintió cómo el cuerpo de su compañera se tensaba bajo sus manos.

—Por Dios bendito —murmuró ella llevándose las manos a la cara. Aidan la abrazó solícito—. No puede ser que haya dicho algo así, que siga creyendo que es verdad...

—¿Algo que deba saber?

—Es... un viejo cuento familiar, un accesorio del espejo. Era una antigua historia que nos contaba mi madre, una fábula para que nos durmiéramos y no sé si con otro propósito.

—¿Crees que tiene algo que ver con lo que le ocurre a tu hermano?

—Tiene mucho que ver —sentenció su esposa saliendo de la ducha y colocándose un albornoz—. Espero que dispongas de tiempo, porque puede que tarde un poco en contarte todo el cuento.

—Si comemos algo mientras tanto, podré aguantar lo que sea.

En la cocina se ayudaron en silencio a prepararse los sándwiches, acercándose los ingredientes que el otro necesitaba sin necesidad de hablar, esperando así que el uno sacara el tema y la otra lo pudiese esquivar. Aidan odiaba esas situaciones, sobre

todo tras hacer el amor como locos. Pero suspiró cargándose de paciencia y decidió intentar romper el hielo.

—No te gusta el asunto —aventuró a decir el psiquiatra y levantó la cabeza para encontrarse con los ojos de su mujer.

—Digamos que no es la primera vez que mi familia sufre por ese dichoso espejo —remató cogiendo un trozo de corteza de pan que se comió con desgana—. Mi padre estaba completamente obsesionado con él.

—¿Obsesionado? ¿Con un espejo?

—Mi padre y, por lo visto, también mi hermano, creía en aquel cuento infantil de mi madre.

—¿Estás diciendo que tu padre hizo que metieran a Pierre en el manicomio por un objeto?

—No lo he dicho, pero estoy completamente segura de que así es —sentenció su esposa cogiendo las cortezas que le sobraban a su marido y comiéndoselas—. Él administró los bienes de mi hermano hasta que murió. Entonces me correspondió a mí.

—¿Y le dejaste el espejo?

—Era lo único que podía disfrutar de su herencia y los médicos ya no tenían por qué impedirle que lo tuviera... Sobre todo ahora que ya no estaba mi padre para pagarles, pero no creí que fuera a perjudicarlo tanto.

Aidan observó la expresión de Aimée. Era una historia increíble, incluso para tratarse del viejo Charles.

—¿Crees que tu padre habría sido capaz?

—Era algo de lo que se jactaba. Nunca comprendí por qué quería el espejo de mi madre, puede que fuera sólo para molestarnos y robarnos parte de nuestra herencia —le dijo—. Llegó a decir que mi madre quiso dejármelo a mí, pero que al final recayó en Pierre para que me lo cuidara. No sé qué habría hecho con esa maldita antigualla.

—¿Por algún motivo cambió de idea y no te lo dio a ti?

—Seguramente fuera parte de esa estúpida historia infantil. Temería que me ocurriese lo que a Pierre —sentenció

levantándose para recoger los platos. Al ver cómo sus manos temblaban, supo que pronto iba a enfadarse—. Sigo sin poderme creer que... Es simplemente absurdo. Mi hermano siempre fue un hombre muy pragmático.

—¿Tiene algún trauma con las mujeres? ¿Algo que le impida relacionarse con ellas o que le lleve a creer algo así?

—¿Por qué lo dices? ¿Porque ve a una mujer perfecta saliendo del espejo? —El doctor asintió y ella solo se encogió de hombros—. No, esa es la gracia de la leyenda. Según mi madre, aquel que se refleje obtendrá a su juicio un amante perfecto... Creo que había unas reglas, pero la verdad es que tampoco atendía mucho.

—¿No recuerdas ninguna experiencia que pudo marcarle?

—Si existe, la desconozco. Pierre siempre fue muy sociable y nunca he visto que tuviera problemas con sus novias.

—¿Entonces, todo se reduce a esa leyenda? ¿Tienen encerrado a tu hermano porque cree en una fantasía infantil?

Metieron los vasos y los platos en el lavavajillas. Fue entonces, apoyada encima de la mesa, tensa, cuando supo que estaban entrando en la raíz del problema.

—Y porque mi padre creía en ese cuento —se rio amargamente y vio que lloraba encolerizada—. ¿No te parece divertido? Si hubiera acabado fundando una religión en la que se afirmase lo que cuenta la historia, posiblemente habría acabado teniendo subvenciones de algún gobierno.

—Te propongo un trato: tú me cuentas la historia y te prometo que ayudaré a Pierre. —Su mujer sonrió y decidió seguir con la broma—: Eso sí, le tengo que decir a alguien que puede que su psicosis se deba más a la calefacción de su cuarto. Hasta yo he sufrido sus efectos.

—Un segundo. ¿Qué tiene que ver la calefacción?

—Digamos que tuve un sueño muy extraño por un golpe de calor en que eras la protagonista... Y sí, erótico. —Ante el gesto triunfal de su esposa, decidió insistir—. El cuento, por favor.

—¿Tengo que hacerlo? La verdad es que no estoy de humor...

¿Por qué no me cuentas mejor tu sueño? Tal vez me inspire.

—No me tientes. Te lo contaré luego y ya cogeremos ideas de él para después. He de conocer la historia, así podré hablar con Pierre y hacerle reaccionar.

Y otra vez volvió ese silencio entre ambos, tan cómodo que no importaba que apareciera de cuando en cuando. Entonces recordó las ropas olvidadas y fue a recuperarlas. Al volver creyó que ella ya se había dormido, por lo que se recostó y, cuando empezó a sentir somnolencia, oyó a su compañera suspirar. El psiquiatra había esperado que al final accediera a contarle la leyenda; deseó con todas sus fuerzas que Pierre no fuera tan reservado como había demostrado hasta ese momento. Deseaba saber la verdad.



## Capítulo II



Un grito estruendoso hizo que Aidan se levantara sobresaltado, pero cuando oyó unas carcajadas infantiles acompañándolo, respiró tranquilo: sólo eran Joëlle y Cosette con su amanecer habitual. Miró el reloj preocupado y se rio al ver que el despertador aún no había sonado porque todavía no era su hora de levantarse. No se acostumbraba al horario tan tardío y mucho menos a que fueran sus pequeñas quienes le despertasen. Aquel pensamiento hizo que Aidan se irguiera con energías mientras las niñas saltaban alrededor de él exigiéndole su atención, aunque cuando se incorporó del todo, tuvo que agarrarse la espalda al crujir esta de forma alarmante. En cuanto comprobó que estaba todo en su sitio, se fue a duchar y a arreglarse tras dar los buenos días a sus hijas.

Tristemente, cuando terminó de asearse y bajó, ellas habían acabado de desayunar y su mujer preparaba el café. La más chiquitina aplastaba con uno de sus deditos los bordes de la tostada, al tiempo que los miraba con expresión molesta.

—Buenos días de nuevo, preciosas —saludó el hombre agachándose al lado de las pequeñas y, tras besarlas, se llevó rápidamente las sobras y las masticó. Odiaba las cortezas tanto como ella.

—Aidan, no te comas la tostada de Cosette —le advirtió su mujer dejando en su sitio dos rebanadas con mantequilla y mermelada de albaricoque, además de una taza de café humeante.

—¡Pero eso no es tostada, mami! —se quejó la niña alejando el plato de sí con un mohín en los labios—. A nadie le gusta la parte marrón.

—A mí sí me gusta —dijo su hermana sacándole la lengua.

—¡Porque tú eres una tonta y te gustan las cosas para chincharme! —insistió la chiquilla cruzando los brazos por encima del pecho. El doctor se sentó en su sitio y devoró el desayuno con apetito.

—Dime, ¿no echas de menos madrugar? Yo añoraría la calma —bromeó Aimée sonriéndole con cariño.

—Dame un par de días. En cuanto vuelvan a despertarme con otro grito, seguramente las tiraré por la ventana.

Las dos pequeñas protestaron sonoramente, pero en vez de enfadarse con ellas, se dedicó a oírlas sin cambiar de expresión: añoraba aquellas discusiones. Tras un rato, Aimée ordenó a ambas que se despidieran de él, ya que llegarían tarde al colegio, y las protestas se redoblaron. Después de recibir un beso de cada una de las tres y un aviso por parte de su mujer de que la semana siguiente le tocaría a él llevarlas, Aidan fingió una mueca de fastidio, cogió sus expedientes ordenados y, tras unas compras de última hora, se fue a trabajar.

«Menos mal», pensó para sus adentros al ver el sol que hacía. «Otro día nublado en ese manicomio salido de la imaginación de Poe y acabaría interno. Puede que, con un poco de suerte, me hicieran descuento por empleado».

Condujo el coche planeando hasta el último detalle el encuentro con su primera paciente de la mañana: un caso que exigía más mano con los niños que psiquiatría; todo un reto, ya que llevaba mucho tratando sólo a adultos. Cuando se planteó si el contacto físico era o no aconsejable, vio en medio de la carretera un control policial y a un agente que le ordenó que se detuviera en la cuneta. Bajó la ventanilla mientras un hombre pequeño y enjuto se colocaba a su lado.

—¿Ocurre algo, agente? —preguntó el psiquiatra observando los alrededores. A lo lejos, en el bosque, pudo ver varias dotaciones moviéndose nerviosamente. ¿Qué habría ocurrido?

—La documentación, por favor —le ordenó el policía.

El doctor obedeció al instante. Mientras el agente

comprobaba una lista que llevaba en las manos, Aidan siguió oteando el fondo y los aledaños. Cerca de ellos había más dotaciones policiales y ambulancias atendiendo a varias personas; debía de haber ocurrido algo terrible. Alrededor estaban aparcados algunos coches en los que descansaban personas que había reconocido de su primera visita; incluso creyó ver al celador que le ayudó con el golpe de calor. Todos miraban hacia los bosques con expresión nerviosa y pálida.

—Aidan Hanson...

—Así es.

—¿Qué hace por aquí a estas horas de la mañana?

—Trabajo en el Jackson.

—¿Con los locos? —preguntó el hombre alzando la cabeza—. Si es así, entonces no tendrá ningún problema en dejarnos un poco de su saliva.

Él asintió, asombrado. Era incapaz de hablar. ¿Para qué deseaban una muestra de su ADN?

—Puede aparcar en la cuneta... y no se asuste, no le pondremos ninguna multa si lo hace mal.

Aidan sonrió a pesar de las circunstancias y siguió las indicaciones del agente.

Cuando aparcó y alcanzó a sus compañeros, algunos le saludaron de forma distraída y sin presentarse. Entendió que no era el momento para actos sociales. La única que parecía con ganas de arrojar algo de luz sobre aquel asunto era una mujer elegante y hermosa que fumaba con la mirada perdida hasta que reparó en él. Era rubia, con los ojos oscuros y, aunque alguna arruga delatase su edad, podría haber sido la envidia de cualquier jovencita, tanto por su cuerpo firme como por su rostro delgado y terso. Esta hizo un movimiento con la cabeza para que se acercara y a ellos se unió Lowe:

—Buenos días, doctor. ¿Se encuentra mejor? —preguntó el celador con gesto preocupado.

—Sí, no se preocupe. Solo fue un desmayo.

—Es que no sabe los problemas que hemos tenido con esa salida de la calefacción. Pierre no se queja, pero los enfermeros

y mis compañeros están hartos de aguantar ese calor al ir a recogerle o ayudarle.

—¿Eres el nuevo? —interrumpió la mujer.

—Aidan Hanson —saludó alzando la mano.

Ella le sonrió con confianza y se la apretó.

—Susan Simms, una de sus colegas. Siento esta recepción.

—Al ver su gesto, supo que a su colega le habría gustado darle la bienvenida del novato.

—Encantado de conocerla..., aunque habría sido mejor en otras circunstancias —afirmó Aidan y el celador asintió.

—Era solo cuestión de tiempo que alguien hiciera algo así —explicó Susan con cierto tono triste.

—Tiene razón. Estamos muy alejados de todo —corroboró Lowe.

—¿Saben lo que ha pasado? —preguntó el doctor y la mujer tiró el cigarro al suelo.

—Han encontrado una fosa común, llena de unas pobres chicas a las que un loco violó y decapitó. Algún maldito se ha atrevido incluso a teorizar sobre el orden. —Al oír aquello de boca de la mujer, el médico sintió cómo su estómago se revolvía—. No están seguros, pero sospechan de alguno de los nuestros.

—Espero que lo encuentren y lo encierren —respondió Freddy rabioso—. Luego dirán de los locos a los que cuido, pero muchos de ellos son prácticamente inofensivos comparados con las personas que se consideran en sus cabales. ¿Recuerda lo que dije de Pierre el otro día? ¿Lo de que ver salir a una chica de un espejo es mal asunto? Lo retiro. Por mí, que salga. Comparado con este engendro, debería ser liberado.

—Estoy contigo. Tenemos a demasiada buena gente encerrada —aseguró la mujer encendiéndose rápidamente otro pitillo—. Están cogiendo muestras de ADN de todo el mundo, quieren tenernos controlados.

—¿Incluso a las mujeres? Este tipo de crímenes son más propios de los hombres —aventuró Aidan sin comprender.

—Deben sentirse muy perdidos —murmuró la doctora.

—Muy, muy perdidos —coreó el celador.

Cuando la charla tomó tintes más oscuros, el hombre agradeció la oportuna aparición del agente que venía a realizar su trabajo. Dejó que le hicieran la prueba, se despidió rápidamente de su nueva conocida y se marchó a trabajar. Intentaba quitarse de la cabeza aquel asunto, aunque le fuera imposible. Esperaba que las medidas de seguridad del lugar pudieran protegerlos, sobre todo si sus niñas iban a visitar a su tío.

En el momento en que alcanzó su despacho, intentó recuperar el aliento y comenzó a preparar las cosas para su siguiente visita tan pronto como le fue posible. Dejó las fotos de sus hijas en una posición más que visible y unas cuantas joyas de plástico. Por suerte, podía contar con sus chiquillas para cosas como aquellas. Pensó que todo eso le ayudaría a ganarse antes la confianza de la paciente.

Cuando llamaron a la puerta, se sentó en su diván para disimular su nerviosismo al tiempo que entraba Yoshi Deall, uno de aquellos casos tan peculiares que le habían fascinado. Aun siendo alta y hermosa, era tan delgada y tenía una expresión tan infantil que le recordaba a sus pequeñas. Sin embargo, esa muchacha tenía ya más de dieciocho años, aunque no lo parecía, ya que con su pelo oscuro trenzado en dos coletas y sus ojos grises, de mirada triste y acuosa, no podía evitar pensar que aquella era una criatura muerta o que fingía estarlo para salvarse de algún peligro que nadie más que ella podía ver.

—Buenos días, Yoshi. Pasa, por favor —pidió con una sonrisa.

La joven obedeció. Al instante posó sus ojos en las joyas de plástico y luego en las fotos. Correspondió a su gesto, consiguiendo que su mirada se iluminase un poco.

—Puedes jugar con ellas todo cuanto quieras, pero si deseas quedarte con alguna, tendrás que hablar conmigo.

La chiquilla corrió, chillando como si tuviera cuatro años,

y fue probándose cada anillo, pulsera y pendiente que veía. Esperó pacientemente; aquella niña había sufrido mucho y le costaría ganarse su confianza.

—Si hablo, ¿podré quedarme con esta pulsera? —inquirió con una voccecita infantil.

Aidan asintió con una gran sonrisa. Yoshi se sentó, solícita, en su diván.

—¿Y de qué quiere que hable?

—De lo que te gusta y disgusta, por ejemplo.

Se quedó unos instantes callada y entonces, resuelta, le respondió:

—¿No tengo entonces que decirle cosas tristes?

—Solo cuando creas que quieras decírmelo. No antes.

—Me gustan mucho las joyas..., pero no el sabor que tienen —respondió tras unos momentos de silencio.

El psiquiatra se rio con aquella ocurrencia y siguieron la sesión con cierta complicidad. Según su expediente, se comportaba como una niña de cuatro años, pero eso no explicaba que se tragase las joyas que su padre regalaba a sus amantes. No había ni una sola nota de los demás pedagogos, quienes no parecían haber conseguido que Yoshi se abriera a ellos. El que la criatura se fuese tan contenta del despacho, consiguió animarle. Aquel pequeño logro le obligó a esforzarse mucho más en el resto de sus casos.

A las once en punto quien llamó a la puerta no fue su nuevo paciente, sino la doctora Simms, que llevaba en su mano dos vasos de café que a saber de dónde habría sacado.

—Un pequeño obsequio de bienvenida, por no poderte recibir en tu primer día, y una buena excusa para mantenerme ocupada —replicó ella dejando su ofrenda en la mesa.

—Gracias. —Aidan cogió el recipiente, pero lo dejó de nuevo en su lugar al sentirlo demasiado caliente. Mientras, la médica parecía estar admirando las fotos de sus niñas.

—Son preciosas... La morena tiene sus ojos.

—Esa es Joëlle y, la otra, su hermana Cosette. Pero por favor,

llámame Aidan —pidió el hombre estirándose: sentía la espalda muy agorrotada.

—Entonces, lo justo es que me llames Susan, cosa que te agradecería. Lo de doctora Simms me hace envejecer veinte años de golpe.

—A mí me da la sensación de que hablan con mi padre.

—¿También fue psiquiatra?

—Pediatra.

La mujer le miró con un mohín muy atractivo, para luego coger uno de los retratos donde salía Aimée.

—Me suenan sus rasgos. Esta mujer se parece mucho a uno de nuestros pacientes.

—A Pierre Thompson. Es su hermana y mi esposa.

Al oír la última palabra, Susan esbozó una sonrisa ladeada que él no supo cómo interpretar.

—Aimée Thompson, claro... Desde que me retiraron del caso de su hermano, no la he vuelto a ver.

—Si pudieras ayudarme, te lo agradecería.

—Invítame a comer y lo hablamos con calma.

—De acuerdo, muchas gracias —dijo sintiéndose un tanto atragantado y avergonzado. No acostumbraba a tratar con sus colegas fuera del trabajo y menos si estos eran mujeres guapas.

—Parecís muy felices. Te envidio —acabó mientras dejaba de nuevo la foto en la mesa, sin darle importancia a su zozobra—. Por cierto, ¿a quién te toca atender ahora? Me temo que te estoy distraendo...

—Según la ficha... —murmuró agarrando el expediente para leer el nombre— es uno de los casos que me ha asignado el hospital y se niegan a que lo deje: Nicholas Habenicht. —Oyó cómo la mujer se atragantaba con el café y comenzaba a reírse—. ¿Tengo que presuponer algo malo?

—Digamos que es la prueba de fuego para los nuevos: un hombre inaguantable, narcisista y con visiones que se niega a abandonar.

—Por lo que dices, parece un gran tipo.

—Al menos es inofensivo y, si le caes bien, resulta hasta simpático. Él quiere quedarse y el hospital es feliz de tenerlo con nosotros por lo bien que paga. Aunque rechaza ser tratado de forma alguna a menos que sea con una buena dosis de café. No tienes de qué preocuparte, la verdad es que la mayor parte del tiempo es una persona cuerda y, salvo que le molestes, la directiva no se meterá contigo.

—Decisiones en las que prima el dinero. Ya me siento como en casa.

—¡Oh! Vaya, ¿pero existe un hospital que no haga eso?—dijo ella fingiendo sorpresa mientras ambos se reían—. Como bien he dicho, aporta mucho dinero y, aunque se niega a ser tratado, sí quiere vivir aquí. —El hombre abrió el fichero y comenzó a leerlo detenidamente; parecía ser alguien importante—. Es un pintor muy extraño. El mundo del arte le considera un genio; incluso tiene un grupo de locos que le considera un profeta. Han llegado a hacer verdaderas barbaridades por él, créeme... Hemos tenido muchos problemas de seguridad y varios de los guardias han pedido bajas médicas por las agresiones que han llegado a sufrir. Creo que es por eso por lo que pide vivir aquí: debe de ser su pequeño oasis de calma entre tanto loco que le rodea, y no estoy exagerando. Le protegemos.

—Aquí pone que come flores y...

—Eso debió de ser cosa del sobrino del director. Era un incompetente —replicó Susan sin darle importancia—. No se las come: las mastica y las mezcla para conseguir sus pigmentos.

—¿Y no puede ser eso lo que causa las alucinaciones que dicen que tiene?

—Ninguna de las flores que usa contiene sustancias psicotrópicas. Y no pidas que deje de pintar, es la única forma de conseguir que exprese lo que tiene dentro... y también de que pague su estancia en el hospital. Puede llegar a la automutilación si se lo quitas. —Alguien llamó a la puerta y la mujer se levantó—. Eso significa que ya está listo para recibirte —explicó ella levantándose, pero quien entró fue el celador solitario.

—Doctor, Nick Night está preparado para su sesión. —La voz de aquel hombre era muy grave y le raspaba al oído. Bajó la mirada y leyó el nombre de la placa: «F. Lonall».

—¿Y por qué no está aquí?

—Porque prefiere despachar a sus médicos mientras está pintando en su cuarto —afirmó Susan, quien salió por la puerta con paso felino tras darle unos golpecitos en el hombro—. Buena suerte con él.

—Gracias.

—Y, por cierto, el capuchino está bueno.

—Enseguida me lo tomaré. Muchas gracias, doc... Susan —se despidió de su nueva compañera.

Se giró hacia el celador, que esperaba mirando las fotos en silencio. Hasta que no vio los pendientes de mariposas colgando de las orejas, no reparó en que era una mujer de pelo negro muy corto y rostro muy duro.

—Vamos a conocer a ese tal Nick Night —murmuró Aidan a la recién llegada con una sonrisa.

—Debería llevarse el café, aunque no le guste.

—¿Tiene algún propósito pasear café por medio hospital?

—Si sabe jugar bien sus cartas, sí —dijo y no volvió a abrir la boca. Aunque el psiquiatra no estaba muy seguro, obedeció el consejo.

El doctor entró solo en el cuarto, aturdido al encontrarse ante un estudio como el de los artistas que promocionaba Aimée y no un cuarto de un psiquiátrico al uso. Únicamente las rejas de las ventanas delataban que seguían en el manicomio: estructuras metálicas alzándose hasta el techo donde reposaban cuadros acabados cubiertos por tela; lienzos inconclusos, coloridos y de formas incomprensibles, grotescas, en los que podía distinguir una mano, pierna, cara y cualquier cosa capaz de poner los pelos de punta. Oyó de fondo a Tom Jones cantando y el movimiento furioso de los pinceles al raspar la tela blanca. El ambiente olía de forma extraña, a una mezcla entre aguarrás, hierba recién cortada y mentol del fuerte.

—¿Señor Habenicht? —saludó Aidan inseguro y oyó cómo una voz autoritaria le dirigía una sarta de palabrotas—. Soy su nuevo doctor, Aidan Hanson.

—¡Joder, que no me llames así, cabrón! —exigió la voz y el doctor sintió que las escaleras a su lado vibraban; por estas bajó deslizándose un anciano.

Para ser justos con él, solo parecía mayor por las arrugas que surcaban su rostro de rasgos duros y cuadrados, la barba rala y blanca y la calvicie, puesto que, completamente erguido, el hombre le sacaba al doctor una cabeza y su cuerpo era como poco el doble que el suyo. Lo que más destacaba era que su cara, boca y ropa estaban manchadas de diferentes colores.

—¿Es qué no puedes respetar el maldito deseo de un anciano? ¡Estoy por arrancarte la puta cabeza!

El artista caminó furibundo hacia los laberintos de lienzos y el otro le siguió un tanto asombrado y rezongando a media voz. Vaya con el tipo... Aunque consiguió contenerse y tan sólo mostrar su molestia alzando una ceja. Iba a ser un paciente muy difícil si no conseguía ganárselo.

—No sabía que debía tratarle de...

—¡Y ya vuelves a lo mismo! —insistió el viejo echando a caminar por delante de él.

—Que debía tratarte de forma menos formal.

—Si leyeras mi expediente...

Aquella era la segunda vez que le reprochaban algo así, pero esta vez no era cierto.

—Solo dice que te comes la pintura, que puede que bebas el aguarrás y sufras alucinaciones. —El artista gruñó, furioso; los pasos de ambos resonaban por todo el lugar—. No especifica que prefieres ser llamado...

—Nick.

—Nick. Por lo que te ruego que seas más comprensivo, soy nuevo.

Llegaron hasta una zona rodeada de cuadros, con muebles cubiertos por telas blancas manchadas de pintura y una obra

inacabada, donde parecía vislumbrarse la silueta de una hermosa mujer blanca y etérea.

—Siéntate. Algo me dice que para que me dejes tranquilo, tendré que esforzarme. —Ante aquella sonrisa y el tono más suave, el doctor le devolvió el gesto y, sin importarle mancharse, se sentó en lo que parecía ser un sofá. Su «anfitrión» le imitó—. ¿Y quién eres? ¿Eso que llevas en la mano es...?

—Llámame Aidan y es un capuchino. —Al ver los ojos del anciano, el psiquiatra se lo tendió. A fin de cuentas, aún no le había puesto ningún tratamiento y, por lo que le había dicho Susan, no lo tenía—. Ten, todo tuyo.

—Por Dios, sí —agradeció cogiéndolo y tomando un trago largo—. Aunque sepa a agua de fregar, lo echaba de menos.

—¿Llevas mucho sin tomar uno?

—Desde esta mañana —afirmó y Aidan tuvo que reírse ante su expresión de felicidad. Tal vez se había equivocado al juzgarle—. La cafeína es mi único vicio aparte de la pintura, pero aquí me controlan todo.

—Bueno, ten en cuenta que es un psiquiátrico.

—Claro... Si lo comprendo, pero estando en mis cabales y pagando el alquiler que pago por este lugar, debería tener mi propia cafetería al lado del baño. Tal vez sea por eso por lo que me creáis loco. Por tener un alquiler caro y desembolsarlo tan alegremente, digo.

—¿Pagas alquiler? —preguntó el hombre yendo con cuidado mientras le veía lanzar el vaso a sus espaldas.

—Claro..., aunque no puedo negar que vivir aquí me viene bien —afirmó repanchingándose y apoyando los pies en lo que parecía ser una mesa—. La gente sana está loca. ¿Te puedes creer que desde que estoy aquí, vendo diez veces más que cuando se me creía una persona cuerda?

—¿Lo haces mejor ahora?

—Me gusta tu forma de pensar: es la de una persona sincera. Se cree que los genios están completamente locos, de ahí que venda mucho más.

—¿Y es por eso por lo que crees que estás aquí? —continuó. Si al menos en sus papeles hubieran puesto los acercamientos de otros psiquiatras, le sería mucho más fácil.

—Por eso y porque creen que mis visiones son invenciones. —Al ver la tranquilidad con la que el anciano lo decía, el médico lo miró perplejo—. Vamos, no te preocupes. Tengo asumido que no saldré de aquí en la vida sin tu firma y lo agradezco.

—¿No quieres curarte?

—Para dejar de ver lo que veo tengo que emborracharme con una botella de vodka y, créeme, no es un agradable despertar. Es una resaca muy mala. Así que prefiero seguir aquí, rodeado de unos preciosos bosques y jardines. En un lugar alejado de todos, donde a la prensa, los pelotas y los verdaderos locos les cuesta llegar a mí. Podría haberme exiliado a una isleta del Pacífico, pero, la verdad, me gusta este sitio. Pinto sin presiones, sin recibir llamadas a las tantas de la noche..., y sólo tengo que aguantar de cuando en cuando a un capullo con bata y que me restrinjan el café.

—¿Pero no echas de menos el mundo exterior?

El viejo se quedó en silencio y, al final, se encogió de hombros.

—No te creas. Con los años, uno se vuelve muy casero... y aquí hay muy buena gente con la que charlar, muy inspiradora. —Aidan cogió el expediente y lo ojeó con calma. El anciano se asomó para inspeccionarlo—. ¿Qué buscas?

—Compruebo si es que los demás tiraron la toalla muy pronto o es que realmente te estás sincerando conmigo.

—¿Ha habido suerte?

—No. Solamente dicen que tienes muy mal genio y que deberías tomar tranquilizantes. Nada de estimulantes, incluyendo el café.

—¿Por eso hasta ahora no había vuelto a tomar un café de verdad? ¡Qué cabrones! ¡Llevo tomando esa mierda de descafeinado durante meses porque son unos cobardes!

—A mí tampoco me trataste bien cuando aparecí..., pero has hablado conmigo. ¿Hay algún motivo? Y dudo que traerte un vaso enorme de café sea una razón.

—Pues con él has conseguido conquistar mi frío y duro corazón —aseguró con una sonrisa que intentaba ser cándida y que pasaba más por socarrona—. En serio: si no tomo suficiente cafeína, soy el Grinch.

—¿Robas la Navidad de la gente?

—No, sólo sus capuchinos. Si debo ser honesto, con los demás no me gustaba hablar porque intentan sacarme traumas de todas partes. No querían una pequeña charla insustancial.

—Vaya. Pues tristemente intentaba sacar de esta conversación alguna pista para las próximas sesiones.

—Lo tenía en cuenta, pero por lo menos no me miras como si fuera a saltar y comerte los ojos.

—Por Dios, no. Sé que el Grinch no hace esas cosas —ambos se rieron y observaron el lienzo en blanco que presidía el cuarto.

—Esto sí que lo echaba de menos: una charla tranquila entre dos personas, como si estuviéramos en una cafetería.

Al oír aquello, Aidan asintió, sintiéndose identificado con el pobre pintor.

—Me enteraré de dónde está el centro comercial más cercano y traeré unos cuantos cafés —respondió el psiquiatra, sonriente—. Parece que eso es lo que te anima a hablar.

—Y la compañía. Eres una buena persona.

—Gracias.

—Sólo decía la verdad. ¿Puedo pedirte un favor?

—¿Que el café que te traiga tenga nata y chocolate?

—Bueno, eso estaría bien, pero me refería a Yoshi. —El doctor le observó. ¿Los pacientes sabían a quiénes trataba? Tal vez fueran compañeros de las terapias de grupo—. Has sabido ganártela: espero que, a diferencia de los otros, sigas con el mismo método.

—¿Cuánto tiempo crees que debería seguir tratándola

como a una niña pequeña? —inquirió el médico, desconcertado. ¿Cómo sabía todo eso?

—Me temo que hasta que nos abandone. —De pronto, el pintor parecía muy triste y débil, el viejo de setenta años que decía la ficha que era—. Sigue regalándole cosas, eso la hace muy feliz..., y un día invítala a cenar con tus chicas. Si te sientes con fuerzas, incluso a pasar la noche. Que la lleve Freda si crees que necesitarás ayuda.

—¿Quién es...? ¡Ah, ya! Perdona, aún no conozco bien al personal y me cuesta reconocerlos.

—Yoshi es sólo una pobre niña que no sabe lo que es tener una familia. Estoy seguro de que si haces eso por ella, será inmensamente feliz, y más si la dejas jugar con tus hijas.

—Que interactúe con gente que se acerca a la edad que cree tener —sentenció el hombre y su «anfitrión» asintió.

—También debes dejar que tu mujer le cuente un cuento, a ser posible *La bella y la bestia*, y que luego la arroje.

El psiquiatra se paró unos instantes a meditar. Aquello podía ser muy arriesgado, pero tal vez funcionaría y podría ayudar a la joven.

Quizás lo que necesitaba la chiquilla era crecer poco a poco, tener experiencias que le hicieran madurar como una persona normal. Claro, eso era. En el expediente se demostraba que ninguno había conseguido acercarse a la niña porque la trataban como a una mujer de dieciocho años. Había alguna nota de los que habían intentado tratarla como a una niña de cuatro y abandonaron rápidamente, ya que tampoco conseguían muchos resultados. Todos deseaban progresos rápidos y con los niños eso no era así.

—Es una muy buena idea. ¿Has tratado mucho con Yoshi? —preguntó tras unos momentos en silencio.

—Siempre intenta que juguemos a las muñecas con ella y es quien suele calmar los ánimos en las charlas en grupo, aunque tengo entendido que estás teniendo problemas con nuestro cuarteto gótico, ¿verdad? —Al ver su cara de incomprensión,

especificó—: Joel, Jade y sus amigos extraños.

—Creo que te confundes. Aún no he hablado con esos pacientes.

—Pues aprovecha mi consejo ahora que estás a tiempo: gánatelos como puedas o no vas a conseguir tratar a otros en condiciones. Tienen mucho poder por aquí.

El hombre asintió, sin acabar de entender a qué se refería.

—Doctor —le llamó la celadora, la que debía de ser Freda—, su tiempo ha acabado, tiene que atender a su siguiente paciente.

—Gracias, Freda —replicó el psiquiatra levantándose—. En fin, la semana que viene creo que tenemos otra sesión.

—Nos vemos, Aidan. Y bienvenido al Jackson.

Iba a despedirse cuando trastabilló y se agarró a la tela que tenía más cerca, la cual poco pudo amortiguar su caída. Sus rodillas se quejaron por el golpe y siseó por el dolor. Se incorporó con la ayuda de la mujer y sintió que algo dentro de él desaparecía por el terror ante el cuadro que tenía delante.

De los bordes blanquecinos nacían raíces y ramas negras, y nebulosas que, no sabía cómo, le parecían malignas. El mundo captado en aquel pequeño trozo de lienzo era de un gris oscuro infernal y sucio, mientras que de las decenas de árboles tiznados flotaban cientos de parejas fornicando desde diferentes posturas grotescas... No, lo grotesco eran las expresiones que ponían ambas partes, al menos una de ellas, fuera hombre o mujer, lloraba y suplicaba a la parte sádica y demoníaca. Eran carroñeros a la espera de lo que tenía que ocurrir en el suelo. Todo ello se disolvía hacia los bordes, dando la sensación de que no existían en el mismo mundo que el resto de la obra.

La parte real eran las muchachas de las raíces vestidas de blanco y de cabello negro largo y hermoso. La imagen quedaba estropeada porque encima de sus cabezas en rojo sangre y escritas en cuchillo ponía la palabra «ángel».

Aidan no sabía qué sentir ante aquella visión y se volvió hacia Nick. En el expediente nadie había apuntado aquellos delirios violentos y dudaba que hubieran pasado desapercibidos

a los otros doctores. Respiró en profundidad y se relajó. Claro, seguramente sería como muchos otros pacientes: era su propia terapia, expulsar sus demonios para no tener que verlos en su cabeza. ¿Cómo no había caído en algo tan simple?

—Ya te dije que no hago retratos de familia. Me salen francamente mal —dijo el anciano tapando el óleo.

—Sí. Las pobres chicas no han salido muy favorecidas.

Cuando intentó seguir con la broma, Freda le sacó del lugar y aprovechó para interrogarla, sobre todo tras las pinturas que había visto.

—¿No teme que le digan algo por dejar solo a Nick?

Al oír que le llamaba por su nombre, la mujer deceleró el paso y se puso a su altura para replicar:

—Prefiere estar solo después de una sesión con su psiquiatra, tiende a sentirse muy desanimado. No se preocupe, es inofensivo. Sólo pinta.

—Vaya. Creí que habíamos progresado —afirmó Aidan angustiado.

—Lo ha hecho, así que no se preocupe. Ya aprenderá a confiar plenamente en usted, tiene una cara que hace que cualquiera desee contarle sus secretos.

Ambos continuaron en silencio hasta la puerta del despacho, donde se encontraba Pierre sentado en su sitio, esperando pacientemente.

—Buenos días, Aidan —saludó el joven con gesto afable—. ¿Cómo te va?

—Bien, gracias. Estoy empezando a adaptarme al nuevo trabajo. Gracias, Freda, puede retirarse. —La mujer asintió y él se sentó junto a su cuñado—. Espero que en la sesión de hoy estés más comunicativo.

—Lo siento, no me gusta mucho hablar de mi familia.

Al ver la sonrisa despreocupada, el doctor lamentó tener que decirle lo que había ocurrido con su hermana:

—En eso te pareces a Aimée. Se enfadó cuando le dije lo del espejo. —Al ver cómo su gesto desaparecía, así como el color de

sus mejillas, el psiquiatra se sintió afligido—. Se enfadó mucho.

—Mi hermana no sabía... Nunca le dije que creía en la leyenda de mi familia. No deseaba que me encerrase en un manicomio por creer en algo que consideraba un cuento de hadas.

—Intenté que me contase la historia, pero no estuvo muy... comunicativa —replicó un tanto molesto. Su esposa debía haberse sincerado con él, necesitaba su ayuda para curar al joven.

—La última vez que nuestra madre quiso contarnos la historia, yo tenía doce años y ella quince... Se enfadó tantísimo que se marchó del cuarto —intentó acomodarse, pero parecía que le era difícil—. Nuestra madre murió y Aimée se enfureció todavía más con ella. Esperaba que sus últimas palabras fueran las típicas: algún consejo para cuando creciera, para cuando encontrase al hombre de su vida o tuviera hijos..., no que le relatase otra vez una leyenda familiar.

—¿Qué pensó ante la insistencia de vuestra madre con respecto al cuento?

—Para Aimée, no tener a nuestra madre en los momentos clave de su vida iba a resultarle muy duro. Entendía que no le hiciera gracia alguna palabras de aliento como «lo harás bien» o «estaré siempre contigo».

—¿Tú lo escuchaste entero? ¿Tenía algún significado oculto?

Tras asentir a la primera pregunta, el joven le miró fijamente y luego negó: era la forma en la que su mujer mentía. Así conseguía que los demás la creyeran a la primera, pero él, después de tanto tiempo casado, se sabía el truco.

—Sólo era un cuento de nuestra familia.

—¿Podrías contármelo? —Tal vez con un poco de suerte, conseguiría descubrir algún dato entre todo lo que su cuñado tenía que decirle y lo que le dejaba de relatar.

—Puede que nos lleve más tiempo de lo que exigiría una sesión.

—Entonces pediré que nos traigan la comida aquí. Así

recuperaremos el tiempo perdido en el que no te vine a visitar.

Y al fin, Pierre volvió a sonreír e incluso se rio.

—Comprendo que no te gustase tener que gastar tus fines de semana yendo a un psiquiátrico. Aimée me contó que siempre trabajabas hasta altas horas de la noche.

Ahora fue el turno del doctor de sentirse incómodo. A causa de su antiguo trabajo, había tenido muchos problemas con su mujer; incluso estuvieron durante un par de meses planteándose el divorcio como única solución.

—Pero, como sabrás, no estamos aquí para hablar de mí, sino de ti y de todo aquello que deseas..., y creo que ahora ibas a contarme ese cuento. —El paciente asintió. Parecía un poco mejor ahora—. Sólo respóndeme a una pregunta: ¿tanto tiene que ver el espejo en tu historia?

—Es sobre la creación del espejo.

Aidan suspiró. Parecía que todo iba a estar más relacionado de lo que esperaba.

—¿Estás seguro de que no hay ningún significado oculto? ¿Tal vez algo que te impresionase tanto que te haga desear proteger el legado de tu madre contra todo y todos?

Al ver cómo su cuñado ponía aquella mirada, como si le reprochase el no creer su disparatada historia, se sintió frustrado. Se llevó la mano a los ojos y se los frotó, cansado. Tenía que hacer lo que fuera para conseguir que le dijese la verdad.

—Está bien. Cuando te sientas preparado, comienza.

—Creo que nunca me sentiré así —murmuró apesadumbrado. Ambos guardaron silencio, hasta que el joven se decidió y comenzó a relatar aquel cuento familiar.



### Capítulo III



Movió la grabadora, estudiándola atentamente desde cada ángulo como si el plástico pudiera revelarle algo nuevo. Había tenido que detener a su cuñado en su relato; necesitaba grabarlo, ya que algo le decía que iba a necesitar escuchar aquello una y otra vez. Observó los escasos papeles, suspirando ante las pocas anotaciones que tenía.

«Sonríe, sonríe con resignación.

Durante su relato no aparta la mirada en ningún momento, cree que lo que dice es cierto..., aunque algo me hace pensar que ha maquillado la historia.

Sabía lo que le iba a pedir, no debo ser el primero. Pero no estaba dispuesto a cumplir mi ruego y ha inventado una historia alternativa.

Debe de haberla perfeccionado tras tantos médicos.

No es narcisista. No sé si eso me deja más tranquilo o me hace desear ese síndrome con más ansias.

Demasiada fe, va a ser difícil intentar adentrarse para descubrir lo que en verdad oculta y hacerle entender su enfermedad.»

Era su última nota la que más escalofríos le daba. El cuento no le había parecido especialmente revelador..., no así la charla mantenida posteriormente. ¿Cómo iba a ayudarle si tenía aquellas convicciones tan férreas? Podía intentar curar cualquier tipo de enfermedad, ¿pero la fe ciega? Con razón los demás médicos no habían tenido problemas en mantenerle encerrado. Suspiró apesadumbrado: no sabía qué podía decirle a Aimée y tampoco estaba muy seguro de poder ayudar al joven.

Se recostó en su sillón y cerró los ojos, respirando profundamente para relajarse, y algo consiguió. Si no cambiaba de mentalidad, poco podría hacer; puede que le llevara mucho tiempo, pero debía estar completamente seguro de su éxito.

Sonrió más tranquilo y cuando se dispuso a reproducir de nuevo el MP3 de la conversación, oyó cómo alguien llamaba a la puerta.

—Adelante. —Susan entró en el cuarto y caminó hacia él con paso decidido—. Ah, doctora Simms.

—¿Qué te dije antes?

La vio poner las manos encima de las caderas femeninas con desenfado, dándole un toque ciertamente arrebatador. Él tuvo que reírse ante aquello con cierto nerviosismo y vergüenza: le daba la sensación de que esa mujer coqueteaba con él.

—Perdona, Susan. No estoy acostumbrado a tener muchas confianzas con mis compañeros de trabajo. Lo normal es que sepa sus nombres y poco más.

—Pues eso tendremos que cambiarlo, ¿no crees? —afirmó sentándose encima de la mesa—. Descaba hablar contigo. Que yo sepa...

En aquel momento, el teléfono comenzó a sonar.

—Discúlpame un momento —pidió él tomando el auricular—. ¿Sí?

—Hola, mi amor. ¿Qué tal el día? —Sintió el estómago hormigueándole de alegría al oír la voz de su mujer.

—Hola, cariño. Ha sido... productivo. Cuando nos veamos esta noche te lo tendré que comentar, no te vas a creer...

—Hablando de eso: estuve mirando tu horario y parece que las tardes de los viernes las tienes libres, ¿me equivoco?

Estaba asombrado. Aún no se sabía su horario, era la primera semana.

—Pues no estoy seguro... —miró a su compañera y se apartó un poco del aparato—. ¿No trabajamos hoy por la tarde?

—No. Prefieren que tengamos un fin de semana largo

y relajado —respondió ella sin dejar de mirarle—. Una de las ventajas de trabajar para esta clínica de ricos, nos tienen completamente malcriados.

—Vaya, este trabajo es muchísimo mejor de lo que creía.

—¿Ya te has llevado a tu amante al despacho? —Al oír a su esposa, se puso nervioso—. No pierdes el tiempo.

—No, cariño, es una compañera... Y sí, me acaba de confirmar que tengo la tarde libre. ¿Llamabas sólo para asegurarte de que estaré pronto en casa? —comenzó el psiquiatra.

—No, sino para sugerirte que podrías ir a recoger a las niñas y llevarlas al cine. Hace mucho que no hacéis nada los tres solos. —Al oír aquello se sintió culpable por el tono y, casi al instante, eufórico. Aquella idea le parecía maravillosa.

—¿No tienen ninguna actividad ni deberes?

—Creo que por un día pueden saltarse el ballet —afirmó Aimée con picardía—. Además, luego podríamos ir a cenar al italiano que tanto les gusta.

—De acuerdo, me parece perfecto. ¿Me compraste el nuevo móvil?

—Sí, pero por lo que me comentaron los otros médicos, lo vas a tener de adorno.

—Mejor asegurarnos, el antiguo no pudo conmigo. —Era una mentira piadosa, pero no estaba muy seguro de que decirle que el viejo había sido destrozado por uno de sus pacientes fuera buena idea.

—Entonces, pásate por el trabajo. Nos cambiamos el coche y te doy tu nuevo juguetito. Avisaré a Allison para que no vaya a buscar a las niñas y esta noche, mientras nos tomamos un buen baño, me cuentas cómo te ha ido el día.

—Parece que llevases planeando algo así desde hace mucho tiempo —bromeó Aidan, deseando que el trabajo acabase.

—Créeme; desde que conseguí convencerte para que presentaras tu currículum, ardo en deseos de darnos un baño como cuando éramos novios: largo, espumoso y muy, muy... «productivo». —Oyó que alguien le hablaba por el otro lado—. Tengo que irme, va a empezar la reunión de las doce. Te quiero.

—Y yo a ti. —Colgó el aparato y se volvió hacia su compañera, mientras guardaba en uno de sus bolsillos la grabadora—. Perdona, era mi mujer.

—Algo sospechaba... Y, dime, ¿tus hijas te permitirán venir a comer conmigo? Los demás tienen mucho trabajo atrasado y no me gusta almorzar sola.

—Sí, estaría bien. Aún necesito que alguien me oriente; hay muchas cosas que no acabo de entender y me dijiste que me ayudarías —reconoció. Aunque esperaba tener nuevas amistades ahora que tendría más tiempo libre.

—Por mí, encantada.

—¡Oh! Y antes de que se me olvide, ¿habría alguna posibilidad de que me trajeras algunos cafés los lunes, miércoles y viernes?

—¿Para Nick?

—Parece que cuando se le atiborra de caféina, es cuando habla. Así descubriré por qué pinta esas monstruosidades.

Susan cambió de conversación a algo que consiguió hacerle reír y caminaron a través de los pasillos charlando. En una ocasión ignoró a su compañera, cuando se encontró a dos jóvenes vestidos de negro (daba la sensación de que habían teñido sus uniformes de internos) que se daban la mano, mirándole fijamente a través de la capa de pelo oscuro con aquellos ojos azules y fríos. Le daba la impresión de que tenían la misma expresión con la que observarían a un enemigo a batir; aunque por su delgadez y juventud dudaba que pudieran con él.

Los conocía por sus expedientes, al ser ambos pacientes suyos: eran Joel Brown y Jade Evans, hermanos mellizos que fueron separados al nacer por la agencia de adopción. Ninguno de los dos sabía del otro, hasta que el mismo día en que Jade estuvo a punto de morir a causa de sus desórdenes alimenticios, el otro joven se cortó las venas. Aunque al principio pensaron que podía deberse a cosas de la edad, el que estuvieran a punto de morir hizo que sus padres buscaran los antecedentes

familiares de ambos, deseando explicar el porqué de estos episodios. Los niños no sabían que eran adoptados, por lo que cuando descubrieron las pesquisas de sus tutores, aprovecharon la situación, se encontraron... y desde entonces no se habían separado, hablando en un sentido literal.

Se habían privado de intimidad: era imposible siquiera esperar que se dejaran de dar la mano. Hasta se habían acostumbrado a hacer las acciones cotidianas con la que quedaba libre.

Los hermanos habían rehusado ver a Aidan al pedirles que se separaran antes de comenzar la reunión de esa mañana..., y según había comprobado después, otros dos pacientes habían seguido el mismo camino y se negaban a hablarle. Se preguntó si era acerca de esta actitud sobre lo que Nick intentaba advertirle, pero lo dudaba. Cuando le susurró este hecho a Susan, ella le dijo que más le valía olvidarse de ellos. En el momento en que los cuatro se negaban por completo al tratamiento, solo un milagro podía hacer que dijeran algo. Tanto en sus sesiones en privado como en las de grupo.

—¡Señor doctor, señor doctor! —el médico se olvidó de los dos hermanos y observó a Yoshi, que venía corriendo con su uniforme de interna—. Le he hecho un dibujo por regalarme aquella pulsera tan bonita —le entregó un papel doblado y este lo comenzó a abrir.

—Muchísimas gracias, Yoshi. Es precioso. —Se sintió patidifuso, ya que el trazo no era infantil, sino que respondía al de una mano talentosa.

En dicho trazo a lápiz se veía reflejada toda su familia, posando feliz como si fuera una foto, incluyendo a su paciente, que aparecía un tanto alejada. Sonrió con cierta pena; en todos los aspectos, era como una niña pequeña que necesitaba una familia amorosa.

—Estaba pensando... que este fin de semana mis chicas y yo tenemos planeado venir a visitar a uno de mis pacientes —prosiguió Aidan, esperando así animarla.

—¿A que es Pierre? Sé que ella —aseguró señalando a Aimée— es su hermana mayor.

—Sí, así es. Lo que te quiero preguntar es si quieres que te vengamos a visitar a ti también. Solo si quieres.

Al ver la expresión de felicidad de la joven, supo que aquello le había alegrado.

—¿Y podré jugar a las muñecas con sus hijas?

—Sí, claro. A Joëlle y Cosette les encantará tener una nueva amiga para jugar.

Antes de que pudiera acabar, la paciente le abrazó con fuerza.

—¡Gracias, gracias, gracias! —repitió ella saltando y separándose rápidamente de él—. Voy a decírselo a Freda y a Lowe, itengo que prepararme para su visita! —Deshizo sus pasos y se perdió por los pasillos, gritando alegre.

—No sé cómo lo haces, pero tienes el don de ganarte a la gente —afirmó Susan con una gran sonrisa.

Aidan fue a responder, pero entonces empezó a oír a su alrededor unos susurros apagados, al principio ininteligibles. Por momentos, el mundo pareció oscurecerse completamente y enfriarse. Fue en ese instante cuando comenzó a entender los murmullos, aunque solo fueran frases confusas y extrañas:

«Protégela.

Protege a Alice.

No dejes que se la lleven del País de las Maravillas.

Y descienda al infierno.

Al infierno de la locura».

El médico buscó por todas partes, nervioso, la procedencia de las voces, pero sólo encontró a los dos hermanos mirándole fijamente, expectantes.

—¿Te encuentras bien? Estás pálido.

—Sí, eso creo. —Observó durante unos instantes a los mellizos, pero al no recibir respuesta alguna, se volvió—. Habrán sido imaginaciones mías.

—Hasta mañana, doctor. Y no olvide lo que le hemos dicho.  
—Aidan se giró perplejo a Jade y vio a los dos hermanos alejándose, siempre cogidos de la mano—. Tenga cuidado: el Sombrerero Loco no le quita ojo a Alice.

—Y es imposible que sólo quiera tomar el té con ella — replicó Joel. La voz de los dos hermanos era prácticamente igual.

—Su viaje a través del espejo le ha llevado a la locura.

—Y del lugar al que fue, nunca podrá volver.

—No les haga caso —pidió Susan—, siempre andan asustando a todos usando el libro de *Alicia en el país de las maravillas*. Eso les pasa por ver mucho cine de Burton.

Pero los dos jóvenes le miraron de refilón y supo que aquello no lo habían hecho para asustarle, sino que había algo más oscuro detrás.

—Será eso —Aidan fingió no darle importancia, aunque sentía el corazón latiéndole acelerado y los pelos de punta—. Mejor vámonos a comer, estoy famélico.

Prosiguieron su camino a través de los pasillos y ambos montaron en el coche del hombre. Este se detuvo unos instantes para observar las ventanas del edificio, donde vio a los dos hermanos mirándole fijamente. Algo tramaban o sabían sobre una tal Alice..., fuera quien fuera esa persona.

En el vehículo apenas pudo atender a la conversación de Susan, intentando descubrir qué significaban las palabras de los mellizos. Podría haber jurado, al igual que ella, que era su locura quien hablaba, quien los había obligado a susurrar de forma tan siniestra para llamar su atención, aunque no estaba seguro de cómo habían conseguido aquel efecto tan aterrador. No, en la mirada de aquellos dos no había rastro de locura; sólo una clara advertencia o una terrible sospecha.

Por suerte para el doctor, la comida con su compañera y la tarde con sus hijas consiguieron hacer desaparecer todos aquellos extraños sucesos de su memoria. A la hora de la cena, cuando al fin consiguió entender cómo funcionaba su nuevo móvil, las tres mujeres de su vida usaron el teléfono de su madre para llamarle

y molestarle. No podía negarlo: había extrañado ese tipo de veladas con su familia, por lo que, sin poderlo evitar, se reía cada vez que oía el aparato sonar. No hacía muchos meses ese tipo de interrupciones habían provocado llantos y reproches al tener que marcharse, aunque ellas también supieran lo poco que las deseaba. Los cuatro brindaron por el trabajo de Aidan, felices por volver a tener al doctor a su disposición. Parecía que nada iba a ser capaz de arruinar aquel maravilloso día, pero se equivocó.

A la vuelta, cuando acostó a las niñas en su cama, recordó que se había dejado la chaqueta con la grabadora en el coche. Bajó las escaleras, dispuesto a recuperarla, cuando, al estar a punto de salir por la puerta, oyó una voz masculina hablando desde la cocina. Era su grabación, estaba completamente seguro.

«—El origen del espejo se remonta hasta mediados del siglo XV. Un día, un señor feudal comenzó a presumir delante de sus lacayos y amigos de armas de que estaba completamente seguro de la fidelidad de su mujer, tanto que si un día la descubría con otro, sería capaz de matarse. Se cuenta que un brujo perverso o el mismísimo diablo decidieron probar sus teorías y tentar a la mujer.»

Oyó el rasgueo de su pluma contra el papel cuando necesitó reflejar la expresión del rostro de su paciente. Aún podía verle observándole atentamente.

«Ese ser se dio cuenta de que ella, por miedo a lo que su marido podía llegar a hacer a cualquiera que se le acercara, era tan fiel como el otro había asegurado. La criatura la amó con tanta devoción que se encerró dentro de un espejo, para poder aparecer ante ella cuando estuvieran en soledad y consolarla. Se dice que ella fue feliz hasta que su marido encontró el espejo.»

Se acercó a la cocina. Allí estaba Aimée, con la cabeza apoyada entre sus manos.

«—Entonces, ¿intentó matarla?»

—Sí, pero ella le empujó y este rompió el espejo en mil pedazos. Los trozos de cristal se incrustaron en su cuerpo, murió y el objeto devoró su carne y su sangre. Desde ese momento, si alguien que no pertenezca al linaje de esa mujer se refleja,

tendrá una muerte horrible, mientras que, en el caso contrario, encontrará un amante a su gusto.»

Recordó su gesto: aunque no vacilaba, le había dado a Aidan la impresión de que estaba cambiando la historia para no tener que dar explicaciones. Luego le alargó un pequeño espejo que alguien había dejado olvidado en su despacho.

«—Si te lo pidiera, ¿romperías este espejo? —Le oyó acercarse a él y, con una mano, agarró la pequeña superficie y la arrojó al suelo con violencia. En la grabación quedó registrado aquel suceso, aunque el objeto no se rompió.

—¿Contento? —volvió a oír apuntar algo en el cuaderno—. ¿Alguna cosa más?

—Sí. El espejo de tu cuarto...

—No, Aidan. Nunca le haría ni el más mínimo daño y, por supuesto, no te dejaría reflejarte en él.»

Y, nuevamente, había apuntado una frase en su libreta.

—*Bastard! Maudoit sois-tu, Pierre!*<sup>1</sup>

El hombre no pudo acabar de oír la charla, ya que su mujer había lanzado la grabadora al suelo con un grito furioso y la vio romper las notas que había tomado. Aidan corrió a su lado y le agarró las manos con delicadeza, deseando que no se hiciera daño. La vio llorar y maldecir en francés, como siempre hacía cuando se disgustaba de verdad. Al mirarle a los ojos, la furia de su esposa se tornó culpabilidad por lo que había hecho.

—*Je suis des...*<sup>2</sup> Lo siento, mi amor —se corrigió, dejando que su esposo la abrazara—. Solo deseaba ir al coche a coger nuestra canción. Vi la grabadora y no pude... Quise traértela para que no tuvieras que bajar. Entonces oí la voz de mi hermano y yo... Lo siento, no quería rompértela

Los balbuceos no la dejaron continuar, sino que siguió insultando a su hermano, disgustada. Aidan la acarició y aunque su espalda se lo iba a reprochar en unas pocas horas, la cogió entre sus brazos y la subió al cuarto mientras le cantaba con ternura. La arropó y se tumbó a su lado sin desvestirse hasta que, al final, los dos se quedaron dormidos, fundidos en un abrazo.

<sup>1</sup> Del francés: ¡Bastardo! ¡Maldito seas, Pierre!

<sup>2</sup> Del francés: Lo siento... (No concluye la frase)



## Capítulo IV



A la mañana siguiente, Joëlle y Cosette le despertaron dando saltos en la cama y gritándole mientras se reían. Aidan se frotó los ojos e hizo crujir su espalda, un tanto confundido. Cuando se giró para darle los buenos días a su mujer, se encontró solo en el lecho y no pudo evitar preguntar a sus hijas al respecto.

—Mami se fue temprano, dejó una nota en la nevera —dijo la mayor sacándola del bolsillo del pijama y tendiéndosela.

—¡Y no nos ha hecho tortitas! —se quejó la pequeña—. ¡Tenía que hacérmolas porque es sábado!

—¡Eso, eso! —corroboró la otra.

El doctor leyó la hoja, que apenas decía nada, salvo que volvería a las once para ir a visitar a su hermano. Luego se levantó y se giró hacia las niñas.

—Venga, no os preocupéis —dijo para tranquilizarlas—. Vuestra madre me enseñó a preparar la masa para emergencias como estas.

—Pero es que a ti no te sale bien... —se quejó Joëlle.

—Siempre te quedan muchos bultitos —terció Cosette haciendo pucheros.

Por suerte, había en la nevera un bol con la mezcla. Así que, mientras ellas ponían la mesa, su padre cocinaba y las animaba para jugar con Yoshi. Cuando al fin se sentaron a comer, las niñas le acribillaron a base de preguntas de tal calibre que Aidan dudaba que ni siquiera su paciente pudiera resolverlas.

Tras acabar de recoger, decidir qué ponerse aquel día y exigir a su padre que las alabase como merecían, las pequeñas tomaron su decisión. Tras unas pocas consideraciones, no pusieron muchas pegas en jugar con una chica mayor: solo le pidieron como pago que las llevara al cine otro día. Oyó cómo

su mujer saludaba desde la puerta de la calle y las chiquillas fueron corriendo a recibirla para chivarse de su comportamiento. Las siguió, hasta que unos susurros en el cuarto le hicieron girarse.

Observó la habitación atentamente y, sin saber por qué, todo le resultó más oscuro y siniestro que hacía unos instantes, como cuando habló con los mellizos el día anterior. Las paredes, a causa de la penumbra, de ser de color rosa habían pasado al gris. Los objetos, muros y ventana parecían mucho más grandes y aterradores; incluso le dio la sensación de que proyectaban una sombra más alargada que intentaba atraparle. Escuchó cómo le llamaban entre susurros, pues su nombre era lo único que llegaba a entender entre tanto bisbiseo. Sintió su piel perlándose por el sudor del miedo y su corazón palpar contra sus costillas, haciéndole daño. Respiró profundamente y cerró los ojos. Aquello era a causa del trabajo, nada más; demasiados cambios, imprevistos y sucesos extraños que eran difíciles de explicar. Solo eso...

Oyó un fuerte golpe contra el cristal que le sobresaltó tanto como para gritar. Cuando miró, vio a un cuervo graznando y chocando contra la ventana. Se llevó las manos al pecho, como si eso pudiera evitar el ataque de pánico que estaba sufriendo. Debía haber alguna explicación lógica para todo aquello. Seguramente, estaba imaginándose... o quizás aún siguiera soñando en su cama. También era posible que se encontrase afectado por ver llorar a Aimée por culpa de Pierre. Abrió los ojos y el efecto de la luz y los murmullos seguían martilleándole junto al sonido de los huesos del ave al estrellarse. Se acercó al alféizar para tratar de detener al cuervo, que seguía intentando quebrar el cristal y lo había manchado con su sangre negra. Antes de que pudiera alcanzarlo, el vidrio se rompió en cientos de esquirlas que impactaron contra el médico y le hirieron la cara; mientras, el ave le arañaba con sus garras. Intentó apartar al animal, pero este siguió llamándole con un alarido desesperado, reclamándole... Algo le agarró del hombro y, entonces, una voz penetró en aquella pesadilla.

—¡Aidan! —gritó su mujer a su espalda. Intentó zafarse, pero ella le obligó a mirarle—. ¡Aidan, basta! ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien? Estás pálido. —El médico se giró para observar

el cuarto, tan rosa e inocente como siempre—. ¿No me has oído cuando te llamaba?

El psiquiatra sonrió para sí. Era por eso por lo que había creído oír que alguien le susurraba. El agotamiento estaba acabando con su capacidad de raciocinio.

—Perdona, creo que me estoy haciendo viejo. Me temo que tampoco he dormido muy bien.

—Lo siento, yo no quería... —comenzó a decir su esposa, pero al instante la detuvo.

—No me ocurre nada que no se vaya con una buena ducha —atajó, besándola en la frente—. Dadme diez minutos y estaré tan fresco como una rosa.

—¿Vas a venir?

Aidan sonrió. El gesto de Aimée, entre sorprendido y agradecido, era suficiente pago para él por quedarse un sábado sin dormir.

—Claro, me parece que es el mejor momento para crear nuevas tradiciones familiares. —Y con un abrazo que ella correspondió, volvió a preguntarle—: Entonces, ¿me esperáis?

—Por supuesto. Dúchate y, mientras, iré subiendo a las niñas al coche.

El doctor cogió un poco de ropa y cuando el agua chorreó por su cuerpo, tuvo la suficiente sangre fría como para intentar razonar sobre lo ocurrido. Podía seguir pensando que aquellos episodios eran fruto del estrés o de los cambios en su vida, estaba al tanto de procesos similares sufridos por algunos de sus pacientes; el problema estaba en que sabía que no era su caso. Volvió a sentir que la angustia le encogía el estómago. Si era algo psiquiátrico, tendría que recibir una medicación muy fuerte y acabaría de baja. De ser algo neuronal... Tembló. No, no podía tratarse de eso y aún cabía la posibilidad de que solo fuera algo pasajero. Debía aferrarse a ello con uñas y dientes. Pero, sobre todo, no dejar que ni Aimée ni las niñas lo supieran, no ahora que al fin estaban bien, no cuando ni él mismo estaba seguro de qué le ocurría. Respiró hondo para calmarse y, con gran pesar, tomó el bote de pastillas desterrado al fondo del botiquín, el cual

contenía su medicina para los nervios, sus mejores amigas en el Harper.

—Me habría gustado perderos de vista —dijo tras tomarse un par y creyó sentirse mucho mejor. Aunque, por si acaso, se las llevó consigo.

Cuando acabó de arreglarse, bajó rápidamente las escaleras, cruzó la casa y atravesó la puerta del recibidor hasta que se topó con el coche, donde se encontraban Aimée y las niñas preparadas para ir a visitar a su tío. Una vez dentro, su vista reparó en un objeto envuelto que reposaba en el salpicadero. Con una sonrisa, miró a su esposa mientras alargaba la mano y deshacía el envoltorio. Como había sospechado, dentro había un reproductor y grabador de MP3 nuevo, que guardó en la guantera.

—Espero que sirva para perdonarme por lo que hice ayer —pidió Aimée avergonzada, al tiempo que ponía en marcha el motor.

—¿Qué hiciste ayer, mami? —preguntó Cosette.

—Se le cayó mi grabadora —dijo el hombre mientras se volvía para mirar a su hija—. Mamá me ha comprado otra para disculparse. —Cuando se giró de nuevo, su mujer le tendía un cilindro metálico. Lo cogió y, para su sorpresa, constató que se trataba de un *spray* de pimienta de uso policial—. ¿Para qué me das esto? Es ilegal llevarlo.

—Tè recuerdo que tú me regalaste uno —le recordó sin apartar la mirada de la carretera.

—¿Es el tuyo?

—No, el mío está en la guantera —insistió y su voz se tornó más preocupada—. He oído las noticias del psiquiátrico. Mantuve una charla muy seria con las niñas. Las tres deseamos asegurarnos de que llevas protección.

—Eso, papi. Tienes que tener cuidado con los hombres malos —le recriminó Joëlle, de tal forma que consiguió que su hermana se riera.

El hombre se guardó el objeto sin rechistar en su bolsillo y

decidió cambiar de tema. Ahora mismo no deseaba hablar de asuntos tan siniestros, no cuando había quedado bastante claro que su imaginación estaba trabajando con ahínco para causarle estragos.

—¿Te han contado las niñas lo de mi paciente?

—Sí. ¿Estás completamente seguro de que no les hará daño?

Aidan no pudo evitar reírse. La palabra «peligrosa» era un adjetivo con el que nunca habría calificado a Yoshi Deall.

—Lo estoy —afirmó él recostándose un poco—. Espera a conocerla y, si crees que puede suponer un peligro para alguien, entonces interrumpiré esta terapia.

—¿Jugar con muñecas es una terapia? —preguntó Joëlle, asombrada.

—Con mis princesitas. Sin ellas, no existe la terapia —terció el médico volviéndose y agarrándole el pie a su hija, quien comenzó a reírse y jugar con él, mientras que su hermana se había quedado dormida.

Bajo la luz del sol y del sonido del piar de los pájaros, el manicomio parecía incluso agradable. La familia caminó hacia uno de los senderos laterales del psiquiátrico que llevaba a los jardines. Aidan se sentía fascinado. No se había fijado en los terrenos posteriores y, de haberlos visto, habría exigido que las ventanas de su despacho dieran a ellos. Estando la entrada y los alrededores tan descuidados, no había sospechado que aquella zona fuera diferente. Lejos de ser un bosque mustio, le recordaba a un edén lleno de aromas exuberantes y colores inimaginables. En el centro había una fuente enorme llena de estatuas de doncellas danzantes, mientras que una sostenía una cornucopia por la que manaba el agua, que canturreaba alegremente; en las proximidades se encontraban otras figuras que simulaban a parejas de enamorados que acariciaban la superficie. Mientras, la gente paseaba y charlaba sentada en los bancos de piedra de los alrededores.

Las niñas echaron a correr gritando el nombre de Pierre,

que estaba sentado al lado de unas esculturas que miraban al cielo. Este se levantó y las abrazó con alegría mientras se unía a sus berridos. Aimée se fue acercando a ellos con paso enérgico y, en aquel momento, Aidan supo que lo mejor sería avisar a Yoshi de su presencia y dejar que los dos hermanos hablaran «en soledad».

Buscó con la mirada, pero no la vio, por lo que, en cuanto localizó a Freda, se acercó a ella con una sonrisa y le preguntó por la joven.

—Sí, la verdad es que estaba tan impaciente que Lowe la llevó a dar un paseo —respondió la mujer con una sonrisa que transmitía tanta energía que uno se sentía vigorizado—. Me alegra ver que alguien se haya tomado en serio eso de querer cuidarla.

—Espero que al señor Deall no le importe que me tome tantas confianzas —reconoció el médico, un tanto preocupado. Aquella sensación aumentó cuando vio la expresión de la celadora.

—El padre de Yoshi no viene nunca a visitarla —esclareció ella—. La niña lleva siete años esperando a que aparezca.

Se quedó desconcertado; en la ficha no ponía nada de todo aquello.

—Por eso —prosiguió la celadora—, cuando Yoshi ha visto su interés, no ha podido evitar hacer cualquier intentona para que la adopte como su hija. Espero que no le moleste, pero necesita más un padre que un terapeuta.

—Pero no...

Intentó justificarse, afirmar que no iba a involucrarse con su paciente, pero lo cierto era que aquello iba a resultar imposible. La muchacha, como bien había dicho Freda, buscaba en él no a un doctor, sino un padre.

—Haré todo lo que esté en mi mano. —Oyó unos gritos y, al girarse, se encontró con las crías peleándose por algo—. Si me disculpa, tengo que solucionar una pequeña crisis familiar.

El hombre avanzó con rapidez hasta donde estaban sus hijas. Se sintió un tanto avergonzado por aquel espectáculo que estaban dando, cuando ellas normalmente no se comportaban así.

Intranquilo, detuvo su caminar y fue entonces cuando sintió

que todo a su alrededor se desdibujaba y perdía el color. Pronto volvió a escuchar los susurros que le llamaban, intentando captar su atención. Se giró, movido por un impulso, y alzó la mirada para encontrarse con que estaba siendo observado. Desde cuatro ventanas diferentes, colocadas en otros tantos lugares dispares del psiquiátrico, varios pares ojos le vigilaban sin parpadear. Cuatro de ellos pertenecían a los mellizos, mientras que a los otros dos, de mirada color negro, no era capaz de identificarlos. Rostros regordetes y pálidos, cabellos claros enmarcando intenciones oscuras. ¿Las Némesis de las que habló Nick? Puede que fuera la pareja de pacientes a los que tampoco podía tratar...

Parpadeó y se frotó la cara. Se tapó los oídos, pensando que tal vez alguien le llamaba a gritos y no podía escuchar. Cuando volvió a alzar la cabeza, constató que los cuatro estaban en el mismo piso y agarrándose a las verjas, sin dejar de analizarle. ¿Cómo era posible? ¿Acaso estaba delirando? Abrió la boca y, en ese instante, estos comenzaron a hablar al unísono. El doctor no se podía explicar cómo era capaz de percibirlos a través de los gruesos cristales o cuál era su mensaje.

«Aidan.  
Cuida de ella.  
Cuida de Alice.  
Si no, todo se irá al traste.  
Todo morirá.  
Se volverá loco.  
Alice está en peligro.  
Aidan, salva a Alice.  
Aidan».

Agitó la cabeza y todo volvió a la normalidad. Se giró y pudo comprobar que sus hijas jugaban tranquilamente a los pies de la fuente, mientras su mujer y Pierre las observaban, incómodos. ¿Nadie más lo había notado? ¡Por el amor del cielo! ¡Había sido aterrador! Sentía su cuerpo chorreando y

demasiado rígido como para poder reaccionar. Si le hubiera sido posible, habría gritado. Suspiró intentando calmarse, primero nerviosamente y, poco a poco, con más parsimonia.

«Solo ha sido un episodio nervioso. Unas alucinaciones debidas a un gran cambio en mi vida... Posiblemente causadas por la falta de sueño».

Aun así, tomó otras dos pastillas, sabiendo que no podría ingerir una dosis más. Esperó que no tardasen en hacer efecto.

Entonces, a través de los árboles, vio a Lowe acompañando a Yoshi, que parecía acongojada. El celador la consolaba abrazándola. El que se tomase demasiadas confianzas con su paciente no le gustó a Aidan, pero decidió calmarse para que la chica no sufriera al verle colérico. Puso su mejor sonrisa y se acercó hasta donde estaban los dos.

—¡Ali... Yoshi! —la llamó, autocorrigiéndose y rezando para que su voz no temblase. Cuando la niña le vio, corrió alegre y le abrazó con fuerza—. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué llorabas?

—Freddy me dijo que no ibas a venir a verme —terció ella secándose las lágrimas contra el traje del adulto—, que no habías venido en todos estos años a ver a Pierre porque estabas ocupado.

El hombre alzó la cabeza para estudiar al celador.

—Lo siento, sólo intentaba ayudarle —se justificó. Ahora que se fijaba, tenía peor cara que la última vez, si eso era posible. ¿Estaría enfermo?

Respiró hondo. ¿De qué podía culpar a su compañero, salvo de intentar hacerle entender a Yoshi una verdad? Él nunca había ido a visitar a su cuñado y era lógico que, al contarle la chiquilla sobre su visita, el celador decidiera ser sincero.

—Es cierto. Hasta hace poco tenía tanto trabajo que no podía venir —le contó a la joven—, pero ahora que dispongo de más tiempo libre, vendré a verte siempre que quieras.

—¿Y podrás jugar con tus hijas?

—Estoy seguro de que os llevaréis muy bien —rodeó con

su brazo los hombros de la joven y se encaminaron hacia la fuente. Luego se detuvo un instante—. Lowe, ¿se encuentra bien?

—No se preocupe por mí, doctor —pidió con jovialidad caminando hacia el interior del edificio—. Ayer cometí muchos excesos y uno ya no es un chaval, ¿no cree?

Como respuesta, el médico sonrió y siguió su camino con la joven.

Cuando al fin se hicieron las presentaciones, el hombre quedó asombrado ante las reacciones de su familia y paciente. Esperaba timidez, tal vez recelo por ambas partes, pero no aquella alegría tan entusiasta y esa aceptación inmediata. Incluso Aimée no podía evitar mimar a la muchacha, a la que dedicó alguna carantoña y peinó sus cabellos. Su cuñado bromeó con Yoshi igual que hacía con sus sobrinas: la agarró de la mano y la besó, susurrándole algo en francés. Aquello consiguió que las tres se rieran con nerviosismo.

Una hora después, el pequeño grupo recibió una visita sorpresa de Nick. Cuando se presentó a la esposa de Aidan, imitó a la perfección los modos del hermano de la mujer, salvo por el idioma, ya que le habló en su lengua materna. Aunque esta, más que caer rendida a sus pies, bromeó afirmando que su acento francés era horroroso. Lo más sorprendente fue que, cuando le dijo de quién se trataba, su compañera comenzó a balbucear nerviosa, para luego acabar hablando sobre arte con total confianza, por lo que el psiquiatra dedujo que su paciente era realmente conocido dentro del mundillo.

Aidan comprobó que los dos hermanos Thompson no se miraban; incluso, evitaban cualquier contacto físico por causal que este pudiera ser. Se habían peleado, era obvio, pero no estaba muy seguro de poder ayudarlos. Sospechaba que meterse en medio no iba a ser inteligente y, además, ahora mismo tenía sus propias preocupaciones.

El sueño seguía muy vívido en su mente y, cuando recordó que tenía que recoger unos cuantos documentos, se planteó

pedir a uno de sus dos pacientes masculinos que le acompañara. Al final, sacando el valor de no sabía dónde, se acercó al edificio y caminó a través de los pasillos semivacíos. Miraba al suelo fijamente, deseando no encontrarse con esos ojos aterradores.

Consiguió llegar a su despacho sin ningún incidente, lo cual agradeció como nunca antes. Rebuscó entre sus documentos, intentando encontrar su libreta de notas en sucio. Cuando la localizó, se le escurrió de las manos por el sudor y se agachó a recogerla.

—Te ha mentido. —Al oír que alguien le hablaba, alzó la cabeza por el sobresalto y se golpeó contra la madera. Salió de su escondrijo, mascullando unas cuantas maldiciones, y a su lado halló a Aimée, que le acarició la zona afectada—. Mi amor, hoy estás muy nervioso. ¿Hay algo que te preocupe?

—No, solo me has asustado —reconoció con una sonrisa de disculpa. Cuando ella se agachó a su lado, supo que pronto acabaría teniendo que contarle sus temores o su mujer los adivinaría y se pondría furiosa por haberle ocultado algo así, y con razón—. No esperaba que me sorprendieras de esta forma.

Por su imaginación pasó fugazmente una idea que, aunque le encantó, al ver la expresión de su esposa supo que no iba a pasar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no demostrar su decepción.

—¿Qué haces aquí? ¿Y qué es eso de que alguien me miente? —preguntó, intentando alejar sus fantasías.

—Pierre, sobre la historia del espejo. Casi no la recuerdo, pero sé que no era así.

—¿Y tiene alguna importancia especial?

Ella le miró pensativa y al final continuó:

—Había una segunda mujer en la historia y... no recuerdo muy bien los detalles, pero creo que el marido y el amante acababan de forma diferente.

—Bueno, ya lo irás recordando —aseguró con un gesto de calma al tiempo que cogía su libreta—. Volvamos con las niñas. Se hace tarde y pronto tendrán que comer.

Su mujer le ayudó a levantarse y los dos salieron hacia los jardines.

—Tienes un despacho precioso.

—¿Tú crees?

—Habrás que estrenarlo.

Al escuchar aquella proposición, el médico comenzó a reírse.

—Sabes que eso iría contra las normas, ¿verdad?

—No me digas esas cosas, me tientas más.

Continuaron su conversación a susurros, sugiriendo cómo, dónde y qué hacer dentro de aquella dependencia, hasta que oyó un ruido metálico delante. Al alzar la vista, Aidan sintió que se atragantaba. Allí estaban los dos mellizos y esa otra pareja, observándolos con aquellas sonrisas tan siniestras. El pequeño grupo pasó al lado del matrimonio, que se había detenido a causa del médico. No estaba muy seguro sobre qué tenía que hacer en esa situación, pues no estaba acostumbrado a sufrir alucinaciones con sus pacientes como protagonistas.

—Buen trabajo, doctor —sentenció la chiquilla, satisfecha.

—Si sigue así, puede que pronto podamos contarle nuestros planes —continuó su hermano, quien dejó al hombre tiritando.

—Mi amor, ¿de qué hablan? —preguntó Aimée con curiosidad. Aquello le obligó a mirarla, en un intento de ignorar las risillas que se oían de fondo.

—Ni idea. Espero que pronto pueda analizarlos y darte una buena respuesta —aseguró, siguiendo con su camino.

La verdad era que sentir a su mujer aferrada a su brazo, le daba el valor que necesitaba para no echar a correr.



## Capítulo V



El médico siguió rebuscando por todos los rincones de su despacho, desesperado. Era incapaz de encontrar los papeles que había traído de la consulta. Se sentía tan furioso que gritaba al aire descargando así su frustración. Podían despedirlo por tamaño despiste... ¡Dios, debían de estar por alguna parte! Seguro que por su angustia era incapaz de encontrarlos.

—¡Ya basta, Aidan! ¡Deja de gritar!

Asustado por el berrido de Aimée, levantó la cabeza y, cuando estuvo a punto de chocarse contra la madera de su mesa, se detuvo y respiró, intentando relajarse.

—¿Es que sólo reaccionas cuando te grito? —insistió ella.

Ante la expresión risueña de su mujer, Aidan tuvo que sonreír. Le explicó lo que había ocurrido y, tras meditar unos instantes, Aimée le propuso una alternativa:

—Lleva a las niñas al colegio y yo buscaré esos papeles. Ya verás como acabo encontrándolos —dijo, entregándole las llaves del coche y ayudándole a levantarse.

—¿No te importa? —preguntó, recibiendo a un beso fugaz a cambio.

—Vamos, papi. Tus hijas te esperan. —Su mujer comenzó la búsqueda dándole la espalda.

—Son inconfundibles, tienen el sello oficial del hospital.

—No te preocupes, los estuve curioseando y sé distinguirlos.

Ante aquella confesión, Aidan alzó una ceja, pero sonrió con complicidad y fue a buscar a las pequeñas. Sus hijas esperaban en el salón; parecían tristes e intranquilas, algo que se agravó cuando vieron llegar a su padre. Aidan se acercó y se agachó a su lado.

—¿Qué pasa, mis niñas? —Las dos negaron como única

respuesta—. ¿No vais a contármelo? Me gustaría poder ayudaros.

—Mamá y tú... ¿os vais a divorciar?

Tras unos instantes en silencio, consiguió tragar saliva y asimilar sus palabras. Encontrarse con esa respuesta de Joëlle le sorprendió, e incluso cuando vio a su hija pequeña echarse a llorar, casi deseó hacer lo mismo. Pensaba que esos días habían quedado muy atrás.

—No, claro que no. ¿Por qué lo creéis?

—Porque os acabáis de gritar ahora y tú decías palabrotas —insistió la mayor.

—Y el otro día mamá te rompió uno de tus juguetes y gritaba en francés —añadió Cosette secándose las lágrimas.

El psiquiatra quiso reírse aliviado, hasta que se dio cuenta de que era algo normal: no hacía tantos meses, las peleas eran constantes y desagradables. Era comprensible que sus hijas pensasen lo peor.

—Escuchadme: no nos vamos a divorciar..., mamá y yo nos perdonamos hace tiempo. Lo que ocurre, es que se me han perdido unos papeles muy importantes y me he puesto como una moto. No pasa nada, de verdad —añadió al ver sus caras ceñudas, que desaparecieron cuando Aimée llegó con una sonrisa y portando los papeles.

—Encontrados, estaban en el reciclaje... ¿Qué está pasando aquí?

—Nada, una pequeña crisis que ya está resuelta —dijo el médico cogiendo los documentos y besando a su mujer, agradecido—. No sé qué haría sin ti.

—Los buscarías tú mismo, eso seguro.

La familia salió de la casa a paso apresurado y Aidan intentó distraer la mente de sus hijas con cualquier conversación, deseando que olvidaran lo ocurrido. Cuando se quedó solo, no pudo evitar sentir un escalofrío al recordar todos los problemas pasados. ¿Tanto preocuparse por unas malditas visiones producto del estrés, cuando sus chicas se sentían inseguras por sus actos? Era un completo imbécil que se asustaba por fantasmas que no existían y se despreocupaba de lo que realmente importaba.

Cuando llegó al psiquiátrico y bajó del vehículo, la voz de Susan le llamó. Su compañera se acercaba corriendo, intentando no derramar los cafés.

—Muchas gracias, te debo una.

—Ah, no. Quiero que esta tarde me lo devuelvas —aseguró la mujer con una sonrisa—. Comemos con los del trabajo y luego salimos a tomarnos una copa. Ya es hora de que comiences a relacionarte con alguien que no sea un paciente.

—Creo que ya ni recuerdo cómo se hace eso —tomó su móvil y comenzó a llamar a Aimée—. Será mejor que primero pregunte a mi mujer, no deseo...

—¿Que se enfade? Creo que se sorprenderá —aseguró Susan.

—Hola, Aimée —saludó Aidan sintiéndose ligero.

—Hola, mi amor. ¿No es un poco pronto todavía para llamarme? Esperaba que lo hicieras una hora después de que acabase tu turno —replicó su esposa al otro lado de la línea.

—Te prometí que no volvería a hacer algo así y cumpliré mi palabra. Aunque sí, te llamo para avisarte de que voy a llegar tarde. —Escuchó un suspiro agotado y se adelantó—. Puede que te suene ridículo, pero lo he hecho para preguntarte si me consentirías salir hoy con mis compañeros de trabajo.

—¡Cariño, eso es fantástico! —exclamó perpleja y alegre—. Llevas mucho tiempo centrado en tus obligaciones, debes hacer amigos y divertirte.

—¿Estás segura de que no te importa?

—Tan solo llámame cuando vayas a volver. Así podré esperarte despierta para que me cuentes tu día. Habrá que celebrar que hayas hecho «amiguitos en el cole». Hasta luego, precioso.

—Adiós, mi amor.

—¿Y bien? —preguntó Susan fingiendo no saber la respuesta.

—Ha dicho que sí.

—¿Te sorprende? No eres el primer exadicto al trabajo que se ha cambiado al Jackson. Salir con nosotros y tener una vida

social es el primer paso para demostrarle que has cambiado.

—¿Cómo sabes...?

—Leí tu expediente: jefe de psiquiatría en uno de los hospitales más importantes del país, doctor laureado, capaz de resolver casos en pocos meses.

—Culpable de todos los cargos. —Miró la hora y suspiró—. Siento dejarte, pero ya llego un poco tarde.

Mientras la escuchaba desearle suerte, el psiquiatra sonrió para sí, emocionado. Durante años casi no había tenido ningún contacto con sus colegas más allá del estrictamente profesional. No solo por la gran competitividad que reinaba en su anterior trabajo, sino también por lo difícil que le resultaba relacionarse sin ayuda. Y ahora que Susan le había dado un empujoncito, era posible que volviera a divertirse como antes.

Llegó al estudio de Nick con el tiempo justo. No estaba demasiado seguro de que no fuera a ser muy quisquilloso con la puntualidad, así que prefería no arriesgarse. Paseó a través de los pasillos de arte y llegó al refugio del anciano. Se lo encontró pintando lo que parecía ser la silueta de un hombre ahorcado con cientos de cabezas colgando a su alrededor.

—Recuérdame que no te pida un retrato familiar —le suplicó Aidan torciendo el gesto. A su memoria volvió la pintura del bosque.

—Reza para que no tenga que hacerte ninguno. Créeme, no te gustaría lo que implicaría.

—Ten —dijo ofreciéndole el café y la cara del pintor se iluminó—. ¿De qué podemos hablar? ¿Tal vez de lo que significan tus obras?

—Ah, no —aseguró después de reírse—, sobre arte no hablo con no iniciados.

—¿Y qué tengo que hacer para demostrarte que sé algo? ¿Comentar tu técnica?

—¿Ves? Si supieras a qué me refiero, sabrías que no hablaría de la técnica.

—Dame una pista. ¿No te vale con el café?

—Es un gran comienzo, está muy bueno.

—¿Y no hay nada que pueda hacer para convencerte? —  
Cuando su rostro se frunció, supo que iba a pedirle algo que no le iba a gustar.

—Háblame de tu vida. ¿Qué te hizo venir al Jackson?

Aquello pilló a Aidan desprevenido, el cual sintió una punzada de culpabilidad.

—Mi orgullo.

—Perdona, pero, por lo que tengo entendido, tus colegas consideran este lugar poco más que un hotel para lunáticos ricos.

—Y así es.

—¿Entonces?

El médico suspiró, tomó uno de los vasos y comenzó a beber.

—Mis padres murieron cuando entré en la universidad y, desde entonces, no tuve más remedio que pelear contra todos para conseguir avanzar —relató con voz cansada—. Tuve suerte, conseguí una beca Lefevre y pude seguir estudiando.

—¿Lefevre? ¿De qué me suena?

—Son las becas que otorga la familia materna de mi mujer para aquellos alumnos destacados que no pueden costearse los estudios. Los dos nos conocimos en una fiesta que daban para los becados. —Sonrió al recordar lo hermosa que estaba con aquel vestido blanco. Al ver la expresión de Nick instándole a seguir, le obedeció—: Gracias a los contactos de Aimée, comencé a trabajar en el hospital que quería. Eso hizo que muchos me acusaran de utilizar a mi mujer para ascender. Un día, uno de mis jefes aseguró que veía mi potencial, que debía desarrollarlo al máximo y luchar para demostrarles a todos que en verdad valía. Me engañaron como un idiota y fue algo muy gradual. Al principio sólo llegaba una hora tarde a casa, a lo sumo dos..., hasta que al final vivía por y para el trabajo.

—Perdiendo todo lo demás.

—Llegué a ser el jefe de psiquiatría, a ser considerado una eminencia, y fue entonces cuando Aimée se cansó. Me dio la hoja

de petición de trabajo del Jackson, discutimos y la rompí delante de sus narices, asegurando que nunca me rebajaría a hacer algo así. Ella cogió a las niñas y se fueron a la casa que heredó de su madre —explicó Aidan cansado; sentía que había corrido kilómetros—. Un día. Únicamente necesité un día en soledad para darme cuenta de que no era capaz de aguantarme a mí mismo. Cuando me vi en el espejo... vi la cara de alguien que no quería ser. Llamé al director del Jackson, le mandé mi currículum y, aunque intenté darle una sorpresa a las tres, al final tuve que conformarme con llamar a Aimée de madrugada y decirle lo que había decidido.

—¿Y tu orgullo qué tiene que ver?

—Cuando en mi trabajo se enteraron, intentaron tentarme con más dinero, casi tanto como me daban aquí..., pero no podía seguir haciéndolo, no sabiendo en lo que me había llegado a convertir. Me privaron de mis funciones, me ningunearon y durante los meses que tardaron en llamarme del Jackson, me obligaron a trabajar demasiadas horas.

—¿Y tu mujer aguantó?

—Sí cuando supo lo que estaba pasando, aunque no le resultó fácil. Que me tacharan de fracasado y me quitaran todo lo que había conseguido me dolió en mi orgullo, pero seguí adelante. —De pronto se rio, alegre—. Luego, cuando me dieron el puesto aquí, pude irme con la cabeza bien alta. Conseguí demostrar hasta dónde podía llegar y ahora, al fin, puedo disfrutar de mi éxito en un lugar que me permite tener una vida que llevaba años soñando. He demostrado que no soy un fracasado. Mi orgullo hizo que estuviera a punto de perder a mi familia, porque no fui capaz de ver tras mi enorme ego el engaño de mi jefe. Pero también me ayudó a aguantar durante esos meses, cuando me menospreciaron. En definitiva: es lo que me trajo aquí e hizo que demostrase lo que era capaz de conseguir por mí mismo.

—¿Por eso estabas contento?

—Hoy Susan me ha pedido que vaya con los demás a tomar una copa.

—Déjame adivinar: es la primera vez en años que haces

algo así. —Tras ver a Aidan asentir, el pintor silbó, asombrado—. Tienes menos vida social que yo, y eso que estoy encerrado en un manicomio. —Ambos se carcajearon. Había algo en ese hombre que le hacía sentir confianza y calma—. De todas formas, yo también he estado muy centrado en mi trabajo. Sobre todo desde que murió mi mujer.

—No sabía que hubieras estado casado, en tu ficha no lo pone. —Al ver su expresión, supo que era un tema doloroso.

—Claro que no, para todos es mi mayor vergüenza.

—¿Más que el que estés en un psiquiátrico? —Al ver cómo asentía, se sorprendió—. ¿Es por lo que pintas todos estos monstruos?

—No. Los pinto porque si los dejo en mi cabeza, las pesadillas me persiguen y me vuelven completamente loco. Todo lo que veo son partes de un futuro que no se puede cambiar...

Aidan enmudeció hasta que al fin tragó suficiente saliva como para hablar.

—No estoy muy seguro de qué quieres que diga.

—Con eso me vale —respondió, acabándose el primer café—. Si me hubieras creído sin dudar, me habrías comenzado a dar miedo. Y no te preocupes, sé que cuando te recuperes un poco intentarás analizar lo que he dicho, estoy preparado. Al menos me alegra que desees escucharme. —Aidan le miró con cara de circunstancias. Claro que iba a hacerlo—. Llevo toda mi vida sufriendo esas pesadillas y sólo cuando las dibujo, consigo descansar —relató el anciano, que le pareció mucho más envejecido que nunca—. La gente adora mis horrores y los compra con ansia. Siempre he esperado que alguien decidiera hacer algo para detenerlos, porque yo nunca lo he conseguido, y créeme cuando te digo que lo he intentado con todas mis fuerzas. Pero volvamos a la mujer de mi vida. Se llamaba Hanne, aunque se presentaba como Esmeralda —recordó con una carcajada triste—. Era alemana, pero se hacía pasar por gitana para ganarse la vida leyendo las manos. ¿No es irónico?

—Nick, no tienes que contarme esto si aún no te sientes

preparado —dijo Aidan después de otros instantes encerrados en el mutismo del pintor.

—No..., es solo que... espero que seas paciente conmigo. Soy viejo y divagaré; espero que entiendas que no te lo voy a contar por la terapia.

—¿Entonces?

—Tú has hablado de un momento doloroso para ti como si fuera un amigo, es justo que te devuelva el mismo trato... Así que hablemos de Hanne.

Aidan se sintió emocionado y eso le hizo enfadarse consigo mismo. Había estado tan centrado en su trabajo, que no recordaba lo que era saberse amigo de alguien.

—Ella también podía vislumbrar el futuro, pero Hanne siempre veía aquellas cosas que cualquiera desearía saber: las felices. Decía que veía los sucesos insignificantes de las vidas insignificantes; en cambio, yo, por mucho poder que posea, no soy capaz de hacer sonreír a nadie. Era maravillosa, cariñosa, amable, guerrera..., perfecta para mí. No solo eso: cuando estábamos juntos, su poder anulaba el mío o, mejor dicho, se volvía tan «inútil» como el que yo tenía. Todos decían que no podía vivir así, negando mi auténtica naturaleza. Yo era libre cuando estaba a su lado, incluso podía volver a creer que podía convertirme en un héroe.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Aidan con curiosidad al ver que el hombre se quedaba frecuentemente en silencio.

—Aunque le dije cuál sería su final, siguió a mi lado, apoyándose y cuidándose —aseguró con los ojos acuosos—. Hace varios años, alguien la mató e hizo creer que se suicidó. Todo para que siguiera con mis horribles visiones y fuese su guía o lo que coño fuera. —Se miraron fijamente, esperando la reacción del otro, hasta que vio la expresión derrotada de Nick, que sacó sus propias conclusiones—. No me crees.

¿Qué iba a responder? No habría dudado en decirle a cualquier enfermo del Harper que no aceptaba ni una sola de sus palabras. Pero como había comprobado en unos pocos

días, sus pacientes del Jackson no eran..., no parecían locos comunes.

—Doctor Hanson —le llamó Freda desde la puerta—. Su paciente de las diez le espera.

—Tengo que irme. Nos vemos, Nick.

Se levantó y le apretó el hombro en señal de apoyo, esperando así no tener que perder ni a su paciente ni a su amigo recién estrenado. Por suerte, el gesto le fue devuelto con el mismo afecto y el anciano se levantó para volver a pintar.

—Nos vemos, Aidan. Si no tienes nada que hacer, ven a verme.

—No te preocupes, te tiene mucho aprecio —aseguró la mujer para reconfortar al doctor.

Después de aquello, la mañana transcurrió de forma apacible con el trajín de sus pacientes. A la hora de comer, cuando se planteó sacar su *tupper* y almorzar en el despacho, Freda llamó a la puerta y prácticamente le arrastró hasta el comedor, donde le esperaban los médicos y otros celadores. Susan se levantó y tiró de su brazo mientras se dedicaban a presentarles a todos los allí congregados. Lowe le dio una bienvenida realmente efusiva, tanto que tuvo que pedirle que le tutease y le llamara Aidan, aunque el celador no pudo quedarse mucho tiempo, ya que le tocaba trabajar.

No había pisado el comedor hasta el momento, el cual, la verdad, parecía un restaurante de cierta clase con una barra de autoservicio. Le hicieron sentarse para comer con sus compañeros, quienes, salvo de su trabajo, hablaban de cualquier tema que se les antojara. La verdad es que, por no recordar, no recordaba ni cómo se mantenía una charla insustancial sobre cualquier programa de televisión, libros o películas.

Cuando estaban a mitad de la sobremesa, las paredes comenzaron a oscurecerse y escuchó voces que susurraban. Se levantó diciendo que se había olvidado algo. Estaba intentando escapar de aquella visión y cuando vio un camino luminoso marcado en las paredes de los pasillos del hospital, se decidió

a seguirlo de forma instintiva. Llegó hasta el cuarto de Yoshi, donde la vio hablando con Lowe.

—Tienes que descansar, es tu hora de la siesta.

—Pero no tengo sueño —dijo, llorosa, mientras se aferraba a un conejito de peluche un tanto raído—. ¡Aidan! —gritó y se abalanzó para abrazarlo—. Me aburro, no sé qué hacer... Freddy dice que duerma, pero no tengo sueño.

—Bueno, hoy tengo cita con Jade y Joel y no quieren venir —dijo con una sonrisa—. Tenía preparada una sorpresa para tu próxima sesión, pero si te ape...

—¡Sí! —gritó contenta, saltando a su alrededor—. ¡Por favor, por favor, por favor!

—Está bien. Lowe, ¿podrías avisar a Freda y decirle que me lleve a Yoshi? —pidió y el celador asintió con expresión neutra. Seguramente no le entusiasmase que interrumpieran las rutinas—. Pues te va a gustar mucho, ya verás.

—¿Y qué es? —preguntó cientos de veces durante el camino, al tiempo que sacaba las ceras y las servilletas. Cuando colocó todo encima de la mesa, ella insistió—: ¿Qué es?

—Mientras hablamos, te voy a enseñar a hacer flores de papel. ¿Te gusta el plan?

—¡Síiiiiiiii! ¿Por dónde empezamos?

Le explicó cómo se hacía la manualidad y, al verla tan tranquila, decidió que era el mejor momento de intentar comunicarse con ella.

—Yoshi, hace poco que estoy aquí y hay muchas cosas que no sé.

—¿Como cuáles?

—¿Quién es el amiguito que te acompaña hoy en la sesión? —preguntó señalando al conejo.

—Baxter, mi mejor amigo en este mundo —dijo cogiéndolo y tendiéndoselo al doctor.

—¿Más que Nick?

—Sí.

—¿Y que Pierre?

—Todavía más, de verdad.

—¿Y que Joel y Jade?

—No son mis amigos. ¿Y ahora qué hago? —cambió de tema al tiempo que le enseñaba sus papeles.

El doctor volvió a explicarle y finalizó la suya, a la que llamaron la «flor de Yoshi». La joven, dichosa, comenzó a imitarle para conseguir hacer la «flor de Aidan». El doctor decidió insistir en el tema:

—Y si no son tus amigos, ¿qué son?

—Mis guardaespaldas. O eso dicen ellos.

—¿Y te gusta que lo sean? —preguntó agradeciendo la flor que la joven había acabado de confeccionar. Aidan se planteó el usar la papiroflexia como terapia fija para distraer a los pacientes, pues era muy efectivo.

—Preferiría que fuesen mis amigos —explicó dubitativa y siguió—: Así jugaríamos todos juntos: Nick, Pierre, Baxter, Cosette, Joëlle...

Siguieron hablando y haciendo flores. Tras la hora del almuerzo se unió Freda, que habló de sus sobrinos y su familia, hasta de sus *hobbies*. Como el doctor había supuesto, era una mujer muy sincera y cándida.

Aunque por inercia quiso irse a su casa, Susan le agarró del brazo y le recordó su deuda. Riéndose por su despiste, se unió a la caravana que se dirigía a la ciudad y la siguió hasta un pub en el que, para su sorpresa, se encontraban excompañeros suyos que le miraron mal al reconocerle, mientras que su grupo, el más jovial y bullicioso del recinto, se sentó y comenzó a pedir comida y bebida.

—¿Quiénes son los muertos del Hospital Harper que te miran tan fijamente? —preguntó Susan con sorna.

—Antiguos colegas y subordinados —le explicó con desgana. Por suerte, pronto comenzaron a fijarse en su compañera—. Me consideran un traidor por haberme largado.

—Siempre creí que eran unos pobres infelices incapaces

de sentir algo que no fuese el agotamiento —aseveró para, a continuación, alzar los brazos y tirar de Aidan—. Vente a darles envidia.

—¿Cómo?

—¿Te gusta bailar? —El médico asintió con una sonrisa y ella le tendió su mano—. Pues vas a bailar con la mujer más hermosa del local. Seguro que eso les molesta más.

—Me alegra que ella me lo haya pedido —aseguró mientras la agarraba y Susan le cogía de la cintura con coquetería.

—Gracias por no añadir que solo hay tres mujeres y que deben de ser octogenarias —bromeó y ambos rieron. Era fácil estar con Susan por su jovialidad.

—A mí me parece que tienen su encanto —aventuró Aidan moviéndose como un pato.

Para su vergüenza, la música cambió a algo más lento y, azorado, abrazó a su compañera. Al ver su sonrisa, sospechó que ella había preparado esa encerrona. Cuando se acercó a su oído para decirle que era un buen bailarín, él le respondió:

—Eres demasiado benevolente. ¿Sabes que antes esto se me daba muy bien?

—Teniendo en cuenta que nunca consigo que nadie salga a bailar conmigo, para mí eres mejor que Fred Astaire.

—No, es en serio. Antes, Aimée y yo salíamos mucho a bailar, se me daba muy bien y nos encantaba.

—Mira, es algo que vas a poder recuperar con tanto tiempo libre —dijo tras una vuelta que le dio su compañero.

—Tienes razón. Y tú, ¿por qué viniste al Jackson?

La música volvió a subir en volumen y a cambiar de registro, por lo que Susan tiró de él y lo condujo hacia la barra, lejos de sus otros compañeros.

—Me encanta la psiquiatría, pero no quería que fuera lo único en mi vida —explicó con una sonrisa mientras brindaban—. Pedí ayuda a mi padre y me enchufó. Ahora tengo todo el tiempo que siempre he querido, un trabajo que me apasiona y un mundo para comerme.

—Parece que ese lugar es el paraíso. Nos ha ayudado a todos a conseguir lo que necesitábamos en nuestras vidas..., a excepción del maníaco.

—Y yo espero conseguir todavía más —añadió con un guiño y al final se sentaron cuando sus compañeros los llamaron para empezar a comer. Los regañaron cuando vieron que ya tenían copas.

La velada fue maravillosa, pero se fue temprano para poder darle los besos a sus niñas antes de que se durmieran. Susan le acompañó agarrada de su brazo, contoneándose para llamar la atención de todos cuantos había en el local, incluidos los de mesa del Harper. Cuando pasaron cerca de esta, no se recató.

—Señores, se han confundido —aseguró con tono sensual y apoyándose en la mesa, consiguiendo que los médicos no supieran si mirar a su escote o a sus ojos. La mayoría optó por lo primero—. El cementerio está en la calle 43, seguro que allí se sienten mejor que aquí. —Antes de que pudieran replicar, la mujer echó a correr jalando a Aidan y los dos salieron del local sin dejar de reírse, como si hubieran hecho la mayor locura de sus vidas.

—Eso ha estado genial. Llevaba mucho sin divertirme así —reconoció el psiquiatra y ella se encogió de hombros.

—No tiene por qué acabar. Podemos irnos a tomar algo a una cafetería que conozco por aquí cerca.

—Ya es tarde, me apetece ir a ver a mis niñas y arroparlas. Me he vuelto completamente adicto a ellas.

—Si no fuera porque es verdad, pensaría que es una excusa muy mala para librarte de mí —aseveró, echándose el abrigo por encima del hombro.

—Eres increíble —aseguró Aidan y ella hizo un saludo militar.

—Señor, le dejo. Tiene una misión urgente —dijo dándose la vuelta y caminando hacia su coche, que no estaba muy lejos—. Nos vemos mañana.

Agitó la mano con alegría mientras llamaba a su mujer,

la cual no le cogió el teléfono. Fue por la carretera con calma, canturreando las canciones de la radio y sintiendo que no había nada más que pudiera mejorar un día como aquel.

Cuando llegó a su casa, vio todas las luces apagadas a excepción de las del salón, donde por una rendija de la puerta se colaba una tenue claridad, y después de oír cómo algo pesado caía, su mujer maldijo. Se asomó, observó el lugar lleno de velas y luego a su compañera volviéndose con cera partida entre sus manos; debía de ser lo que había oído chocarse contra el suelo.

—¿Tenías que ser tan rápido? —aseveró Aimée, ceñuda. En la mesa había una botella de champán.

—Llegas a decirme que me preparabas una sorpresa así —dijo cogiéndola para abrirla— y habría llegado antes.

—Ni hablar, tenía ganas de sorprenderte —aseguró y, mientras ponía su canción, él descorchó la botella. Su esposa se acercó y le tendió las copas, por lo que el psiquiatra comenzó a servir el champán—. ¿Hace cuánto que no bailamos a la luz de las velas?

—Creo que fue... en los Hamptons, cuando Cosette nos tuvo en pie la primera noche porque extrañaba su cama.

—¿Tanto? Creí que fue cuando celebramos su primer cumpleaños —tomó el vaso que le tendía y ambos lo alzaron—. Porque volvamos a acostumbrarnos a la buena vida.

—Salud —dijo chocando ambos cristales para después, sin apenas haber bebido, dejarlos sobre la mesa y abrazarla por la cintura—. Baila conmigo.

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca.

Y mientras la canción se repetía una y otra vez, los dos fueron hablando sobre su día a susurros, hasta que, poco a poco, las palabras fueron sustituidas por una risa apagada y las manos comenzaron a recorrer caminos conocidos y queridos. La ropa fue cayendo delicadamente y luego los cuerpos para acomodarse. Los labios apenas se separaban para respirar e iniciar ascensos y descensos...

De pronto, una ráfaga de aire irrumpió en el cuarto,

apagando casi todas las velas. Del frío que entró, su mujer dio un golpe a la mesa tirando las copas, cuyo champán cayó encima de la espalda de Aidan. Este apenas pudo contener un grito de sorpresa.

—¡Dios bendito, está helado! —Al escuchar la risa de Aimée, la miró ceñudo, sin perder el buen humor—. ¿Te ríes de mi desgracia?

—Solo un poco. —En respuesta, él comenzó a besarla en el cuello y a hacerle cosquillas—. ¡No, para!

—¡Eso por reírte de mí! —aseguró, comenzando a subir por la cara hasta que su lengua se topó con las lágrimas. Se separó y la miró. Parecía inmensamente feliz—. ¿Ocurre algo? ¿Te he...?

—No. Es que... has vuelto —aseguró Aimée y eso le sorprendió.

Vio cómo su esposa alzaba las manos y le acariciaba la cara con tanta ternura que no era capaz de sentir las burbujas frías correteando por su espalda.

—Al fin volviste, Aidan. No sabes cuánto te he echado de menos.

—Creí que había vuelto días atrás, cuando conseguí...

—No, ahora sé que es cierto —sollozó, abrazándose a él—. La última vez que pasó algo así, saliste furioso del cuarto para ducharte... Te olvidaste de mí.

—¿Tan ciego he estado?

—Solo perdido, mi amor, pero ya has vuelto y haré que te quedes para siempre.

Acarició la espalda desnuda de su mujer mientras la música seguía sonando sin que nadie atendiese. La levantó, la colocó en el sofá y cuando acabó de apagar las velas y la minicadena, volvió a por ella para cogerla en brazos. Cambió de idea cuando sintió su espalda, cansada, y se tumbó con cuidado encima de ella, sin dejar de mirarla a esos preciosos ojos que tanto amaba.

—Gracias por haber esperado a que volviese.

—Sabes que lo habría hecho hasta el fin de los tiempos —aseguró, acariciando sus labios para luego besarle.



## Capítulo VI



Aidan tamborileó los dedos en el volante siguiendo el ritmo de la música mientras esperaba delante del portal de Susan. No quería escuchar las noticias, pues en las dos últimas semanas solo se había hablado de secuestros de chiquillos, demasiados a su parecer. Los medios también comentaban cómo la secta de Nick Night permanecía enfrente del hospital, esperando a que se hiciera realidad otra de sus profecías. No quería malas noticias esa mañana y mucho menos pensar. Estaba casi seguro de que aquellos lunáticos se habían aliado con el psicópata que rondaba el hospital para hacer realidad las locuras de un pobre hombre.

Por esas teorías, tan descabelladas, crueles y posibles, no deseaba más que oír música sin pensar en lo que podría ocurrir.

Escuchó el teléfono y, con un gesto, activó el *manos libres* y respondió a su mujer, que aguardaba al otro lado.

—Hola. ¿Cómo es que os habéis ido tan temprano? No me he despedido de vosotros —refunfuñó recién levantada.

—Para un día libre que tienes, pensé que lo mejor era que durmieras. Además, me...

—Buenas tardes, señor desconocido —saludó Susan mientras se asomaba por el hueco libre metiendo la cabeza. Aidan se giró; demasiado escote y muy poco espacio de maniobra—. ¿Me deja montar?

—¿Te has levantado más pronto por tu compañera? —preguntó Aimée al reconocer la voz femenina.

—Tiene el coche en el taller. No podía negarme —le explicó mientras abría a su colega, que se acomodó en el asiento del copiloto.

—Aidan... —le dijo con tono admonitorio.

El hombre bufó. Después de todo lo que él había hecho,

¿su mujer iba a temer que la abandonase por otra en cuanto se diera la vuelta? Realmente necesitaba descansar.

—Aimée, voy a colgar —anunció—. Vuelve a la cama y en un rato me llamas. Estás muy cansada.

—¿Te vas a atrever a hacerlo? —preguntó ella intentando sonar amenazante, pero bostezó con sonoridad. Aidan comenzó a reírse—. Está bien, tal vez no me haya levantado de buen humor... Volveré a la cama y en un rato te llamo.

—Sabía decisión. —Al concluir la conversación, saludó a su compañera—: Perdona. Mi mujer, cuando no descansa bien, se pone hecha una furia.

—Como el más común de los mortales. ¿Crees que tengo tan buen aspecto nada más salir de la cama? —preguntó señalándose. Estaba muy atractiva.

—Más de uno te dirá que sí.

—A mi cama no entra cualquiera, solo unos pocos privilegiados —presumió poniendo morritos—. Cuando quieras, te demuestro que tengo mala cara nada más despertarme.

—Seguro. Habrá bastantes oportunidades en los congresos.

—¿Congresos? Ya veremos —afirmó mientras cambiaba de tema.

Aidan disfrutó de la agradable charla e intervino de cuando en cuando, pero estaba más atento a la carretera. Mientras, los edificios dejaban paso a la arboleda cercana al hospital. El móvil comenzó a sonar repentinamente y accionó de nuevo el *manos libres*.

—¿Me perdonas? —Al escuchar a su esposa, Aidan miró el reloj. Sólo había pasado media hora desde que colgaron.

—¿No estabas durmiendo? Así no te voy a...

Un grito de terror de Susan le hizo detener el coche con fuerza. No había visto nada en la carretera, pero era demasiado prudente como para no obedecer una señal de aquel tipo. Se volvió hacia su compañera, que miraba al bosque con ojos asustados y aferrándose al asiento. Aidan se preocupó y Aimée, al otro lado de la línea, también.

—¿Qué ocurre? —preguntó el psiquiatra.

—Hay... He visto algo en el bosque, puedo asegurártelo. Yo... yo...

—Aidan, ¿dónde estáis? Salid de ahí o déjame al menos llamar a la policía —rogó Aimée y Aidan le dio las coordenadas que mostró el GPS.

No iba a bajarse del coche, incluso hizo amago de cerrar las puertas, pero su compañera se quitó el cinturón y salió corriendo hacia la arboleda.

—¡Susan! —la llamó angustiado.

¿Qué mosca le había picado? Se movió con rapidez y consiguió alcanzarla cuando estaba mirando por entre las raíces secas, buscando algo que solo ella sabía. Aidan miró a los alrededores y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Eran iguales a los árboles del cuadro de Nick: muertos, negros y nudosos. Solo faltaban los fantasmas alrededor de ellos y aquel cuerpo cadavérico. Oía el viento silbando; creyó escuchar en su lamento otros alaridos como el que había dado su compañera antes. Pensó que debían de provenir del manicomio, pues no se encontraban lejos... Rogó para que fueran de ese lugar y no de algo que estuviera cerca.

Susan señaló a un punto en el horizonte y, entonces, la vio. Aguantó las arcadas que le producía la tensión y corrió hacia el lugar con su compañera. A los pies del árbol se encontraba una chiquilla maniatada y amordazada; estaba vestida con un traje blanco, tan largo que parecía un camisón fantasmal. Su piel pálida estaba marcada por heridas que rezaban: «Para mi ángel». Por lo que el doctor veía, alguien se había tomado las «molestias» de marcarle buena parte de su cuerpo así o, al menos, lo que era capaz de distinguir. Una peluca de color negro colgaba grotescamente a un lado de su cabeza, sin caerse, mezclando los cabellos sintéticos con los rubios naturales de la niña. Sus ojos verdes lloraban, vivos y espantados, por lo que ambos respiraron aliviados al comprobar que no era un cadáver.

—No te preocupes. Te sacaremos de aquí —aseguró Aidan agachándose, mientras ella negaba con la cabeza e intentaba liberarse.

Cuando entendió su mensaje, ya era demasiado tarde: un

mecanismo se accionó al arrodillarse el hombre junto a la niña, o puede que fuera puesto en marcha por Susan, quien le había imitado; una cuchilla surgida de la nada sesgó la cabeza de la chiquilla y dejó que rodase por la hierba. Poco importaron sus gritos y que intentaran apartarse, ya que algo tras el diminuto cadáver estalló y, tras atravesarlo, alcanzó los cuerpos de ambos adultos, impactando con violencia: clavos al rojo vivo, que se incrustaron en lo más profundo de su carne.

Aidan gritó de dolor, sintiéndose morir. Su compañera se retorció nerviosa, empapando la tierra de sangre y ennegreciéndola. Le agarró la mano; debía calmarla o las heridas irían a peor. Con tan solo moverse sintió que estas tiraban y las «armas» se hundían más en su carne. Era como si estuviera desgarrándole únicamente por respirar y parecía que le habían dado en todo el cuerpo.

—¡Basta, Susan! —le ordenó intentando que su voz sonase autoritaria y no se quedase en un mero gemido de dolor—. Vas a empeorar.

Escuchó cómo mugía y, al mirar, se aterró: uno de los clavos lo tenía fuertemente metido en el pecho, pero se aferró a su mano y siguieron así, hasta que la ambulancia llegó para llevárselos.

Aidan, en días posteriores, escuchó en los noticiarios que lo que habían vivido se vendía como el regreso de Jack el destripador y otros psicópatas igual de famosos. Hubo tres niños, incluyendo a la que ellos encontraron, que fueron utilizados en aquel horrible incidente en el que un enfermero también pereció. Dos celadores consiguieron salvar a uno de los chiquillos, ya que la trampa no funcionó como debía..., o, tal vez, sus secuestradores le permitieron vivir para propagar su mensaje:

—¡El ángel, somos regalos para su ángel! ¡Nick Night lo profetizó, es el Bautista del Mesías! —repetía una y otra vez, mirando a las cámaras con ojos enloquecidos y el cuerpo completamente marcado con el mensaje de quienes lo raptaron.

Poco más se le pudo sonsacar, ni dónde estuvo o quién se lo llevó. Se había vuelto completamente loco.

Los sectarios del pintor negaron que alguno de los suyos se hubiera ausentado y hubiese ayudado al psicópata que rondaba el Jackson. Por suerte, la policía no los creyó, pero tampoco a los responsables del centro, que aseguraban que sus trabajadores eran incapaces de hacer semejante monstruosidad. Todos los miembros del personal fueron investigados, en pro de la búsqueda de alguna pista que pudiera conducirles al maníaco.

Los policías interrogaron a Aidan en el hospital, así como a Aimée. Todo a causa de varias asignaturas de la carrera, que podían haberle ayudado a realizar tamaña trampa de precisión.

—Si sospechan de él, es que nunca le han visto programar el vídeo —bufó su esposa paseándose por el cuarto. El psiquiatra la miraba desde la cama con preocupación.

—Señora, debemos interrogar a todos los posibles sospechosos. Los cuales, dado el caso, son aquellos relacionados con el Hospital Jackson —aseveró una de las agentes que fue a verle, mientras la otra intentaba que le prestase atención (Kayleigh dijo que se llamaba) y ganarse la confianza del médico.

—Señor Hanson, estoy aquí —insistió la joven y, durante unos instantes, Aidan le hizo caso, hasta que se perdió al escuchar a Aimée responderle furiosa—. Sácala de aquí, me lo está distrayendo. Me da igual lo que hayan dicho los médicos, necesito que declare de una vez.

Sacaron a su mujer fuera y aquello le obligó a interesarse por la agente que trataba de interrogarle. Le sonrió ampliamente.

—Buen chico. Si me responde, le pediré a la enfermera que le traiga dos de gelatina como premio —bromeó Kayleigh.

—Eso es hasta cruel —aseguró Aidan, intentando no parecer demasiado desagradable.

—¿Qué hizo ayer por la noche? —inquirió.

El psiquiatra se sonrojó al recordar su coartada:

—Estaba con mi mujer.

La agente asintió y le preguntó acerca de otras noches, pero

no supo responderle. También quiso saber varios detalles más que debía considerar de relevancia, hasta que llegó la última cuestión:

—En su expediente asegura que ha recibido varias clases de asignaturas de física y química.

—Mire, como mi mujer ya le ha dicho, no sé ni programar el vídeo. Las asignaturas las estudié por curiosidad y, créame, nadie enseñaba a hacer algo tan horrible como una bomba casera.

—Vale, indagaré y presupondré, por ahora, que no ha mirado por Internet. Deme los nombres de los profesores y de las asignaturas si se acuerda. Me aseguraré de que le descarten si las circunstancias están a su favor.

El doctor le dio los datos que la mujer precisó y esta se marchó. Una vez a solas, deseó poder descansar un rato con tranquilidad. Miró la hora y suspiró; se giró hacia la puerta y al momento entró Susan con la cara pálida, llevada por un enfermero solícito.

—Dirás lo que quieras, pero incluso tras esta experiencia, estás muy guapa —la alabó, consiguiendo que su demacrada cara volviera a resplandecer con una sonrisa—. ¿Cómo lo llevas?

—Igual que tú: muy mal. Al menos estás cerca y puedo hablar contigo de esto. No... soy capaz de comentárselo al psiquiatra de urgencia designado. Es... demasiado...

La vio llorar y dejó que se acurrucase contra él. Consoló a su amiga lo mejor que pudo, ya que ni él mismo estaba muy seguro de cómo enfrentarse a la situación. Por ahora, un vacío irreal le protegía de todo el dolor, pero pronto, cuando volviese al trabajo, tendría que enfrentarse a los recuerdos y la mera perspectiva le angustiaba.

Otra causa que destemplaba sus nervios, era el que todos sus pacientes estuviesen en el punto de mira de la policía, sobre todo Nick, ya que los agentes temían que hubiera alentado a alguien a cometer aquellos asesinatos, los cuales luego iba dibujando con precisión. Los cuerpos de seguridad empezaron a tenerle vigilado y únicamente la intervención de Aidan evitó que intentaran

cambiarle de centro. Yoshi era la otra a la que no dejaban ni a sol ni a sombra. Su parecido físico con los muertos, o el que alguien intentara que se asemejaran a ella, obligó a los cuerpos de seguridad a presionarla para que hablase de cualquier charla que hubiese mantenido con algún miembro del Jackson. Acabó teniendo que ser medicada en repetidas ocasiones, mientras llamaba a Aidan pidiendo su ayuda y sollozaba desesperada.

Por lo que le contó Freda, convertida en su espía particular para cuidar de sus pacientes e intentar adelantarse a la policía, la situación no estaba ayudando a nadie. Aunque a Susan y a él, así como a los celadores supervivientes, los estaban dejando más tranquilos por su recuperación, a los demás trabajadores los tenían atosigados y casi al borde de la histeria. Aseguró que varios de sus colegas psiquiatras, ante el acoso de los medios y los agentes, habían solicitado la baja. Algunos de ellos, incluso, habían tenido enfrentamientos violentos o trataban peor a los pacientes, como Lowe, que siempre se había caracterizado por ser una persona con la cabeza fría.

—Van a conseguir que ocurra una desgracia si no van con más calma. Y con los sectarios de Nick sueltos, no sería extraño —aseguraba Freda una y otra vez, tan nerviosa como los demás.

Lo único que Aidan podía prometerle, era que haría lo posible por volver antes, incluso enfrentarse a sus recuerdos y dejar de refugiarse en el seguro vacío emocional.

Para poder volver al trabajo, necesitaría ser examinado por un psiquiatra especializado y un equipo médico. Dejaba que hurgasen en las heridas que tenía por el torso y parte de las extremidades, al igual que por su cabeza. TACs, contrastes y curas se intercalaban con sesiones de grupo y en privado, donde el hombre desnudó a pasos forzados su alma, sintiendo cómo el llanto daba paso al agotamiento mental. El colega de trauma se lo dejó claro: estaba haciendo lo correcto, pero iba a obligarle a tomarse al menos una semana o dos de descanso, ya que dada la situación del Jackson, la reincorporación solo le provocaría una tensión para la que ninguno de los dos pensaba que Aidan estaba preparado.

Aimée se esforzaba por ayudarle a su manera, aunque eso no incluía traer a las niñas al hospital.

—¿De verdad deseas que te vean entubado, pálido y tan...?  
—nunca podía continuar.

—Traumatizado —acababa él con un suspiro—. No, no lo deseo. Tienes razón, pero las extraño.

Al menos su esposa las ponía a dibujar y hacerle cartas en el caso de Joëlle, con su letra infantil. Cosette firmaba y con eso ya estaba satisfecha. Aimée le relataba todas las anécdotas que ocurrían en casa y, mientras, Aidan se reía de las gracias de las niñas.

Sus cuidadores, cuando tuvieron todas las pruebas, le dijeron que tendría que tomarse una baja más prolongada de lo previsto, a causa de unas manchas en el cerebro que no les gustaban:

—Puede ser desde problemas con la máquina, hasta algo realmente serio. No sabemos si algún clavo ha podido producir daños que desconocíamos, o si incluso estaban allí desde antes. Deberá permanecer en casa y reposar. Las heridas del tórax sanarán como deben si se lo toma con calma, como sus otros compañeros.

Eso alivió al hombre, al saber que posiblemente ahí se hallaba la causa de sus alucinaciones; aunque ese sentimiento no fue compartido por Aimée, que cuando se enteró de lo que le había ocurrido a su marido días atrás estalló en cólera.

—Alucinaciones... Las llevas sufriendo mucho tiempo ¿y no se te ocurre contármelo? —le gritó enfurecida.

—Pensaba hacerlo, de verdad.

—¿Cuándo? ¿Antes o después de lo de Susan?

—¿Es que ahora no puedo hacerle un favor a una amiga? —bufó enfadado—. Lo siento si no tuve suficiente cabeza como para contarte las alucinaciones. Pero ya que he estado haciendo durante los últimos meses lo que has querido, Aimée, te sugiero que empieces a darme un voto de confianza.

—Eran alucinaciones, Aidan. Es algo muy serio y ya no sé lo que puedes estar ocultándome o no.

—Es curioso, podría decirte lo mismo con respecto a las

noches que vuelves tarde a casa. Pero no lo hago, porque confío en ti y pensaba que tú en mí.

Aunque durante el regreso al hogar fingieron ante las niñas que todo iba bien, tardaron días en reconciliarse, tiempo que el doctor aprovechó para indagar más sobre Pierre y buscar por entre sus antiguos compañeros de universidad a alguien capaz de ayudarle a esclarecer algunos asuntos que no acababan de resolverse.

Una noche, mientras intentaban dormir y cansado de la situación, le comentó sus impresiones a su mujer:

—Creo que hay algo que se nos escapa.

—¿Como qué? —preguntó Aimée mirándole.

Aidan suspiró, aliviado; ella también parecía tener ganas de hacer las paces. Hasta le abrazó y recostó la cabeza contra la suya, intentando no hacerle daño en las heridas.

—¿Recuerdas algo del proceso judicial de Pierre? ¿O cualquier cosa que te comentase sobre su vida en la universidad?

—A lo sumo, una chica llamada Marion que le gustaba, pero decía que estaba con un gilipollas. Palabras textuales —aseguró ella sonriéndole con tristeza—. No dejo de acordarme de ello, porque fue la última conversación que tuvimos antes de que le internaran. Echo de menos poder hablar con él sin que haya alguien vigilándonos.

—Puede que consigamos que eso acabe. Necesito que recuerdes cualquier otra cosa.

—Nada. Lo lamento.

La besó, esperando que no se sintiera inútil por no poder ayudarlos.

En ese momento el teléfono del doctor sonó y este vio que había recibido un mensaje. Lo miró anonadado y sintió los brazos de su mujer rodeándole.

—¿Ocurre algo?

—Un compañero de la universidad de Brown me ha mandado un mensaje. Ahora trabaja en Yale. Hay una reunión de antiguos alumnos en Brown, la promoción a la que pertenecía tu

hermano. Ha encontrado compañeros suyos que quieren hablar.

—¿Significa eso que te va a conseguir entradas para asistir?

—inquirió la mujer, insegura.

—Significa que ya lo ha hecho. Se celebra mañana y pasado.

Si salgo ahora, estaré allí por la mañana y podré descubrir algo que me acerque a la verdad.

Aimée se levantó de la cama, furiosa y negando a gritos. El psiquiatra la observó mientras se paseaba encolerizada.

—¡Ni hablar, Aidan! Después de todo lo que ha pasado, ¿cómo se te ocurre que tienes que ir? ¡Me niego! ¡Hazlo y dormirás en el sofá durante el resto de tu vida! —le espetó nerviosa.

Le habría gustado poder responder con la misma rabia, pero se detuvo al ver sus ojos llorosos y sus labios temblorosos: estaba asustada. Temía que pudiera ocurrirle algo a su marido durante el viaje y que tuviera que ir corriendo a un hospital, angustiada por la posibilidad de perderle. Pero Aidan necesitaba salir de casa y trabajar. No estaba preparado para volver al manicomio, pero sí para intentar descubrir cualquier pista que pudiera ayudarlo con Pierre. Se levantó y, aunque ella intentó zafarse, pudo cogerla de los brazos para intentar reconfortarla.

—Mi amor, no puedo seguir así. Necesito saber que puedo hacer algo y soy capaz de controlar alguna faceta de mi vida —le explicó con dulzura—. No voy a enfrentarme a un grupo de locos, tampoco a pegarme con el asesino en serie del hospital. Solo será un viaje y si tardaré tanto, es porque voy a ir despacio. Voy a tomármelo con calma, pero necesito sentir que puedo ayudar a tu hermano.

Aimée le miró inexpresiva, fue al armario, cogió una de las maletas y la tiró encima de la cama.

—Si me vuelven a llamar de un hospital para decirme que estás mal, créeme, no voy a acudir —amenazó tras salir del cuarto.

Aidan se sentó y respiró profundamente. Ya hablaría con ella; tenía que hacerle comprender que no ocurriría nada fuera de lo normal, porque ni él mismo sería capaz de aguantar otro incidente.



## Capítulo VII



Tobias llamó al otro lado de la puerta para pedirle que se levantara, ya que era la hora de ir a la comida, el primer acto oficial de la reunión de antiguos alumnos. El doctor se levantó de la cama sin deshacer, sintiendo que la espalda iba a matarle, así como las heridas del tórax.

Había llegado muy temprano aquella mañana y, por suerte, su amigo le ofreció un lecho donde descansar y poder reponerse. Aimée se había negado a despedirle, enfadada como estaba, y tampoco le había devuelto ninguna de las llamadas. El móvil se encontraba apagado. Se sentía tan mal que se había planteado volver ese mismo día por la noche para intentar disculparse con ella y arreglarlo. Habían ocurrido demasiadas cosas en muy poco tiempo, su mujer también se sentía desgastada emocionalmente y aquello no le había ayudado.

Tobias le dio una taza de café y al ver su expresión cariacontecida, Aidan tuvo que preguntarle sobre el porqué de esa cara.

—Mira, sé que no he hecho bien. He tenido que mentir sobre quién eres —explicó, más molesto consigo mismo que Aidan—. Les he dicho que eres un detective que trabaja para la familia. Ni cuñado ni psiquiatra porque, si no, se negarán a hablar o te pueden linchar.

—Me parece bien. —Su amigo siempre fue así: extremadamente sincero y leal. Esta vez, por suerte, la lealtad se había impuesto—. Muchas gracias, Toby. Realmente necesito saber algo. No sé cómo ayudar a Pierre.

—No parece un caso extremo por lo que comentabas —aseguró su compañero levantándose—. Vamos, llegamos un poco tarde y tú necesitas interrogar a varios testigos.

Aidan apuró su café y, al acordarse de Nick, se preguntó qué tal estaría.

Los dos hombres caminaron a paso rápido mientras hablaban de sus respectivas vidas, hasta que llegaron a la sala de reuniones donde se celebraba la comida. Tobias le pidió a Aidan que esperase en las escaleras.

Impaciente, el doctor fue caminando por los alrededores sin apenas alejarse, observando a los jóvenes que iban y venían de sus clases. Vio un tablón, por curiosidad, y se dedicó a leer las notas. Había un cartel que pedía la colaboración de todos para encontrar a una persona desaparecida: Marion Ingham. El nombre le era familiar y le sorprendió ver escrito a bolígrafo en el cartel: «¡Cabrones! ¡Dejad de quitarlo de una vez!». Al mirar la fecha de desaparición, le sorprendió que esta se hubiera producido varios años atrás.

La foto en blanco y negro mostraba a una chica sonriente de pelo oscuro. Era muy guapa, sobre todo por las pecas que salpicaban su piel.

—¡Aidan! Ya es el momento.

Se giró hacia Toby y fue a su lado. Una larga fila de hombres y mujeres le miraban sonrientes y vestidos con trajes elegantes, brillando bajo los mármoles y las figuras de corte clásico. Al ver su aspecto, supo con completa seguridad que eran deportistas.

—Bien. Por favor, señor...

—Norman Kay. Encantado —dijo apretando de más la mano del psiquiatra—. Espero que con lo que le diga a la zorra se le bajen los humos y deje la muerte de Jay en paz.

—¿La zorra? —inquirió. Sabía a quién se refería y eso estaba poniéndole furioso.

—Su jefa, la hermana del cabrón de Pierre. Ese hijo de puta mató a un gran tipo. Jay habría acabado siendo un profesional.

Deseó golpearle y tuvo que conformarse con mirarle furioso. Se repetía una y otra vez que necesitaba la ayuda de

este tipo y los demás para descubrir la verdad.

—Por lo que parece, Jay...

—Sommerfield —acabó mientras se daba un golpe en el pecho.

Años de evolución para volver a la época de las cavernas. Darwin debía de estar revolviéndose en su tumba.

—Según los informes policiales, su amigo no era un santo —dijo, intentando sonar lo más neutral posible—. Trascendió que agredió al señor Thompson en un ataque psicótico, provocado por los estupefacientes.

—¿Estaba enganchado? Mira, tal vez por eso empezó a ser mejor tipo.

Aquello sí era interesante. Sobre todo porque, al ver el comportamiento de su interlocutor, comenzaba a sospechar que la definición que ambos tenían de «buena persona» no iba a ser similar.

—¿No siempre fue así? —quiso saber.

—No, Jay estaba obsesionado con usar su beca para conseguir una buena carrera. No salía de fiesta, sólo estudiaba... Un capullo. Ni siquiera dejaba los apuntes a nadie que no fuera de su grupito.

—¿Su grupo? —Aidan apuntó las ideas importantes, impaciente. Al fin, algo nuevo.

—Sí: Pierre, su novia Marion y aquella chica *punk*. No recuerdo su nombre. Iban de artistas y todo eso, pero al final Jay reaccionó y volvió al redil. No me oírás decir esto en mi estado, pero ¡viva las drogas! —dijo dándole un golpe en el brazo, como si fuera un nuevo amigo.

—Disculpe, he visto un cartel en la entrada de una mujer desaparecida: Marion Ingham. ¿Es la misma Marion?

—Sí. Una lástima, Jay tuvo mucha suerte con esa chica. Era una guarrilla que le dejaba hacer lo que quisiera, pero sí le consentía que le dieran lo suyo.

Aquello hizo que Aidan se detuviera y mirase al chico. Si era la misma mujer de la que habló su cuñado y este decía que estaba saliendo con un capullo... Comenzó a encajar algunas piezas mentales de aquella historia que no le gustaban.

—¿Se acostó usted con ella? —preguntó con delicadeza.

—Todos lo hicimos. Ya le digo que le iba el sexo duro y le encantó.

—¿Y podría hablar con la otra amiga? La chica *punk*. —Sintió arcadas. No entendía cómo alguien podía tratar a las mujeres así.

—Ni idea. Nadie la ha vuelto a ver desde entonces.

Le hizo varias preguntas que no pudo responderle y le dejó irse. Todas las mujeres y hombres, con más o menos delicadeza, le contestaron lo mismo que el cromañón. Le llevó toda la tarde, pero pudo reunir bastantes pistas sobre el asunto. La sensación de conseguir algo le hizo sentirse eufórico. El viaje había valido la pena.

Sus notas estaban garabateadas con todos los detalles e intentaba encajar cada nueva información como podía. Por lo que le habían dicho, Jay aseguraba que podía tener a cualquier mujer que deseara. Tenía de su parte la magia de su compañero de cuarto... Es decir, que él también creyó las historias del espejo. No era, como había supuesto, que deseara vender la antigüedad para pagarse la droga.

Todos habían afirmado que cualquier sustancia que pudiera haber consumido, se la debía de haber administrado Pierre. Aquello era del todo imposible, los tests de personalidad demostraban que su cuñado no era alguien impulsivo y dependiente. De haberle pasado algo, hasta el punto de haberlo matado por sobredosis, como habían afirmado, debería haber sido por un motivo. Y por lo que señalaban, ese era Marion, que desapareció semanas antes y que, según aseguraban, era una zorra. No, había algo que no encajaba en absoluto y hasta Toby fue capaz de verlo.

—Qué raro. Parece que falten piezas —aseveró mirando las notas de su amigo mientras tomaban algo—. Y por lo que me has contado, tu chico no cuadra con lo que comentan de él.

—Son deportistas. Sabes que si entras en su club te guardarán las espaldas —le recordó de sus años universitarios—. Cambió de personalidad en poco tiempo, pero nadie relacionó las drogas con esto...

—¿Alguna pastilla que pudiera modificar su

comportamiento? Podría haber estado en tratamiento psicológico —aventuró Toby y Aidan tuvo que darle la razón.

—La cuestión es que Pierre no habla del asunto. Me parece que algo debió ocurrir con Marion para que se enfrentase a eso de: «Eran tan inseparables, que todos estábamos seguros de que eran maricones y salían juntos.» Uno no cambia una amistad tan fuerte de la noche a la mañana.

—¿Crees que hubo triángulo? —Aquella parecía la posibilidad más factible—. ¿O que tu cuñado estuviera enamorado de su compañero?

—La leyenda del espejo habla de mujeres... —murmuró para sí—. Pero puede ser una posibilidad causante, también, del cambio de actitud de ambos. «De un día para otro, comenzaron a odiarse.» Puede ser que alguno de los dos quisiera llegar más lejos y el otro le rechazase.

—Dios mío —bromeó Toby cogiendo su cerveza—. Voy a tener que pedir plaza en tu hospital, realmente tienes casos increíbles.

—¿No te vale ya con el seminario que voy a dar a tus alumnos? —bromeó al recordar el pequeño trato que habían hecho.

Entonces, recordó el cartel de desaparecida; se acercó a uno de los tabloneros que allí había y marcó los números. La voz automática de un contestador le pidió que dejara un mensaje.

—Buenas tardes, soy el... detective Hanson. Deseaba hablar con usted sobre lo ocurrido con Marion Ingham —y se despidió dejando su móvil y pidiendo que le llamase.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Toby al verle regresar.

—No, un contestador.

El teléfono de Aidan sonó y al mirar el número, no lo reconoció. Ojalá fuera Aimée. Al responder, una voz femenina le ordenó callarse:

—Escúcheme atentamente: esta noche a las once y cuarto, enfrente del Peabody. —Colgó.

—¿Era tu mujer? —inquirió su compañero.

—No —le miró extrañado; luego se giró al cartel. ¿Tendrían algo que ver?—. Alguien me ha citado anónimamente.

—Las sigues conquistando pese a la edad —dijo brindando por Aidan.

Aquello lo dejó intranquilo, pero no tanto como para apartar su hilo de pensamientos de las declaraciones anteriores. Todos habían señalado a J.S..., mejor dicho, Jay Sommerfield, como un chico tranquilo e inhibido, salvo con su grupo de amigos. De pronto, casi de la noche a la mañana, se convirtió en un animal social.

Por la tarde, entrevistando a algunos antiguos profesores del joven, estos le dijeron que se volvió irrespetuoso y empezó a desperdiciar su potencial. Incluso hablaron de que tuvo una pelea con Pierre tras la desaparición de Marion. La teoría del triángulo comenzó a tomar más forma si era posible.

Al caer la noche se despidió de su amigo, que debía asistir a varios grupos de trabajo, y él esperó ante el edificio Peabody antes de la hora. Al llegar, y aun a pesar de la oscuridad, fue capaz de ver una figura femenina ante la entrada. Se acercó a ella para saludarla, pero esta comenzó a caminar. Al principio pensó que se había confundido, hasta que la vio pararse un poco más allá, mientras se giraba para mirarle.

Aidan alzó una ceja y a punto estuvo de reírse ante lo ridículo de la situación. Al final decidió aceptar el juego de la mujer y la siguió en la distancia, silbando con calma. Llegaron a unos apartamentos fuera del recinto universitario y fue en el ascensor cuando la pudo alcanzar. Iba a hablar, pero ella negó con la cabeza.

Tenía el pelo rubio, la piel pálida y los rasgos redondeados. Sus ojos, negros y rasgados, le dieron la pista de que tenía ascendencia oriental. Parecía mucho más joven de lo que marcaba su voz grave y triste. Sí, era ella la de la llamada. Su cuerpo era menudo y delgado.

Subieron hasta el piso y el ver las fotos de la entrada, con

Marion y un Pierre más rejuvenecido y feliz junto a ella, le hizo preguntar:

—¿La chica *punk* de quien nadie sabe nada? Ni sus profesores me pudieron decir su nombre.

—Me lo cambié tras todo lo que ocurrió. Así como mi aspecto.

Sí, era ella quien le llamó.

Al verla rascarse los brazos sobre las telas negras, supo que aquella necesidad de ocultarse era debida a un trauma. Decidió arriesgarse y decir la verdad; tal vez así descubriese si era ella la persona que colocó los carteles.

—Aidan Hanson. Soy el cuñado y psiquiatra de Pierre —dijo tendiéndole una mano y ella le miró anonadada, casi al borde del llanto.

—No, no puede ser que él acabara en un manicomio. ¡Era inocente! —le dijo nerviosa—. ¡Sólo hizo lo que debía, lo que nadie más...! Él... Usted dijo que era detective, no psiquiatra. — Se echó a llorar y Aidan la llevó a la minúscula cocina y preparó algo para que se calmase. Esto le aseguró que era la misma persona de los carteles—. Siempre ha sido un encanto, nunca...

Balbuceó y se calló. Permaneció en silencio durante un largo rato, temblando incontroladamente. El psiquiatra se sintió nervioso, no sólo ante la perspectiva de poder descubrir la verdad, sino porque a la pobre chica se la veía realmente mal.

—Ahora me llamo Anne Lewis. Antes era Anne Mann —le explicó rascándose los brazos—. Soy... la chica *punk* y la de los carteles. Siento si le he asustado.

—Encantado, señorita Lewis. Sabe por qué estoy aquí, ¿verdad? —Decidió tratarla como a cualquiera de sus pacientes: con delicadeza y comprensión.

—Sí. Me alegro de que alguien haya decidido descubrir lo que ocurrió. Cuando pasó todo, solo... —se rascó el pelo, extremadamente corto, y su voz se templó—. ¿Tiene tiempo? Es una historia un poco larga.

—Todo el que necesite y, por favor, llámeme Aidan.

—Entonces, llámame Anne —le dijo con una sonrisa dulce—. Se nota que es un psiquiatra de los buenos. Ninguno de los míos quiso hacer tanto por mí.

—Bueno, pues a ver si puedo ayudarte a ti también —se ofreció, pero ella negó.

—Yo ya estoy completamente rota. Únicamente espero a que ocurra un milagro —reconoció, triste—. Que Marion vuelva y juntas vayamos a juicio contra Jay y los otros deportistas. Por eso volví y sigo trabajando aquí, porque sé que ella tendrá que regresar. Me lo prometió.

—Dime, ¿qué ocurrió con Jay?

—Cambió... El espejo de Pierre le hizo cambiar. Todos nos tomábamos a broma la leyenda de su familia, pero es cierto —le aseguró agarrándole la mano con fuerza—. Nos reflejamos los tres un día que Pierre no estaba. No ocurrió nada..., pero Jay lo volvió a hacer solo y cambió casi de la noche a la mañana. Le consumía y le convirtió en un monstruo. Él nunca fue así, se lo juro..., pero tras lo que ocurrió me da igual. Tiene que pagar.

A Aidan le sorprendió que Anne creyese en la leyenda del espejo, pero ¿qué otra opción le quedaba? Por lo que estaba notando, necesitaba entender que las buenas personas no cambiaban de la noche a la mañana. Si el terapeuta le contase la de casos de personas maltratadas que había diagnosticado, entendería que los monstruos enmascarados eran más comunes de lo que se pensaba.

—No te dejes convencer por esos cavernícolas. No comenzó a tomar drogas ni Pierre se las pasaba. Eso lo dijo tu suegro para que nadie supiera la verdad del espejo. Estaba completamente obsesionado con él. Lo pude ver en su cara enferma... Cuando su alma empieza a descomponerse por el veneno del espejo, sus cuerpos parecen estar perdiendo vida.

—Tienes razón, el viejo Thompson nunca estuvo bien de la cabeza.

Aidan recordó todo el material pornográfico que encontraron en su casa y sintió ganas de vomitar. Siempre que

lo hacía, intentaba cerrar los ojos y bloquear su mente a esas imágenes. Nadie en su sano juicio podía sentirse excitado con aquello.

—Jay era un buen chico, aunque a veces deseaba no ser tan tímido. Pero, tras mirarse en el espejo, se convirtió en un gilipollas. Trataba mal a Marion y eso enfurecía a Pierre. Tu cuñado estaba enamorado de ella.

—Me lo figuraba. ¿Y tú? —preguntó pensando si habría más complicación de la que esperaba.

—También estaba enamorada de ella, creo que todos lo estábamos. Algo fácil, ya que Marion era maravillosa —reconoció sin tapujos. A Aidan le sorprendió que se sintiera tan confiada—. Jay... Él... —se echó a llorar y dejó que el psiquiatra la abrazase y consolara.

—No tienes que esforzarte. Si es demasiado difícil, puedo volver otro día, los que necesites —reconoció.

—No, necesito librarme de esto. Nadie me ha ayudado, a excepción de Pierre, y ya es hora de que le devuelva el favor —balbuceó compungida—. Jay comenzó a maltratarla. Una noche le dio tal paliza que nos llamaron a Pierre y a mí para que la convenciéramos de que denunciara a Jay. No lo conseguimos, no esa noche. —Se sirvió más manzanilla y bebió—. No, no fue el día de la pelea. Eso vino después..., cuando ese cabrón le hizo una encerrona a Marion.

Al volver a callarse, Aidan miró una de las fotos de Marion expuestas en la cocina. Pelirroja y de ojos verdes, realmente era capaz de resplandecer y encandilar a quien la miraba. Entendía que la gente que la conociera la amase. A su lado estaba Anne, con el pelo oscuro y la cara surcada de *piercings*, sonriente y feliz. Realmente parecían dos personas distintas.

—La dejó fatal. Pierre montó en cólera y le exigió que le denunciara. Marion se negó, le pidió que le dejara hablar con él —continuó ella secándose la cara—. Cuando fue a verle, me rogó que la acompañase. Tenía miedo. Jay nos estaba esperando con todos los de su equipo. Él..., él... Me cree, ¿verdad? —Aidan

asintió. Había que estar ciego para no ver que la criatura había sido víctima de una brutal agresión sexual y que su trauma, aunque estuviera casi superado, seguía dando coletazos en su vida—. Cuando se enteró, Pierre se pegó con Jay y eso le puso en el punto de mira de la policía al morir.

—¿Qué pasó con Marion la noche en que murió Jay? —inquirió Aidan sin poderlo evitar.

—Cuando vio a Pierre herido y tras lo que me ocurrió, me convenció para ir a la policía y denunciar a su exnovio. En ese momento, ella era la que necesitaba hacer lo correcto y yo olvidarme del tema. Ahora me arrepiento de las veces que le exigí que le denunciase. No es fácil, nada fácil —paladeó aquellas palabras como si fueran las más dulces del mundo—. Me dijo que la esperase delante de una comisaría. Esperé y esperé... Aunque denuncié lo ocurrido, los jugadores hicieron piña contra mí y pudieron conmigo. Jay, además, aseguró que Marion le dijo que se marchaba, que tenía miedo del amor enfermizo de Pierre. ¡Por el amor del cielo! ¿Cómo pudo alguien creerse esa historia? Yo..., creo que él le hizo algo, la amenazó o la asustó. Porque cuando fue a ver a Pierre al hospital antes de desaparecer, le dio las gracias y le besó en la frente. Me confesó que había cometido un error, que debería haberle escogido desde el principio y que le iba a pedir tiempo, para curarse y poder volver a ser la de antes. Quería intentarlo con él.

—Y tras la desaparición de Marion, ¿qué pasó contigo? —preguntó, tratando de ayudarla.

—No aguanté y me marché. Sus padres siguieron buscándola y... tuve que regresar. Me cambie de aspecto, de nombre... pero tuve que volver. Tenía que cumplir la promesa que nos hicimos de ir juntas a denunciar a Jay, tengo que esperarla.

Aidan siguió escuchándola durante unas horas más. Sintió gran conmiseración por aquella mujer que, en el fondo, tenía más valor que muchas otras personas. Le entregó su tarjeta para que le llamase si recordaba algo o tan solo para hablar, gesto que ella agradeció con un abrazo. El psiquiatra notaba que debía haber

estado esperando que alguien pudiera pararse un momento a oír su historia.

El doctor se metió en el coche, sintiéndose completamente despierto por la alegría de haber podido desentramar parte de la verdad. Tanto que llamó a Aimée, aunque saltó el contestador.

—Cariño, voy ahora para casa. Necesito hablar contigo, he descubierto algo que puede ayudar a tu hermano. Y también porque quiero verte, no me gusta estar peleado contigo. —Por unos momentos dudó y finalizó—: Te amo.

Se metió en el coche y conectó el *manos libres*, con la esperanza de que su mujer le llamase.

La carretera se hizo interminable en la oscuridad y, aunque se sentía impaciente por llegar, llevó una velocidad reducida. No deseaba tener un accidente ahora que contaba con un plan de ayuda para su cuñado. Aunque la patología del espejo era preocupante y más viendo que había gente que creyó en esa historia en la universidad, no le parecía motivo suficiente como para tenerle encerrado. Seguramente con ayuda de Robert, el mejor amigo de Aimée y, de cuando en cuando, también su abogado, podría hacer que reabriesen el caso. Con el testimonio de Anne se demostraría que el acceso violento fue por causas más que justificadas. Y con lo que habían dicho compañeros y profesores, estaba asegurado que creerían que Jay Sommerfield era el que debía estar encerrado y no al revés. Puede que hubiera pagado con la muerte sus pecados, pero no debía arrastrar con él a un inocente.

Pero el espejo... era lo único que no conseguía dejarle tranquilo. Siendo Pierre alguien que había demostrado su cordura en test y análisis de diferentes psicólogos y psiquiatras, ¿dónde encajaban esos delirios? Sin poderlo evitar, cuando pudo parar un momento llamó a Susan. Volvió a colocarse el *manos libres* y continuó con su camino. Debía volver a casa pronto.

—Aidan, ¿ocurre algo? —respondió su compañera. Una

voz masculina gruñó al otro lado del teléfono y ella le acalló. Aidan sintió que se atragantaba por ser tan «oportuno»—. Perdona, si me has llamado debe ser importante.

—Siento llamar tan tarde, pero necesito hablar contigo y que me des tu opinión. He descubierto nueva información sobre Pierre. Necesito tu ayuda, porque aún hay una laguna que no comprendo.

La mujer escuchó sus ideas y de dónde había sacado la información. Le aseguró que era por eso por lo que Pierre demostraba en todas las pruebas su cordura: porque realmente no estaba loco. Lo que no sabía, era cómo encajaba el espejo en toda la historia y eso le estaba causando problemas.

—¿Sabes que ante un comité de evaluación, si sacaran el tema, le volverían a encerrar? —inquirió Susan tras escucharle—. Aidan, que crea la historia del espejo seguramente sea una forma de asumir lo que le ocurrió al amor de su vida.

—Pero eso le sucede a muchas personas y no son encerradas —insistió tercamente—. Susan, sabes que tengo razón y estás de mi parte. No finjas.

—Me gusta hacerme la dura ante los hombres que me atraen.

Ante aquello, el psiquiatra se puso tan nervioso que dio un golpe al aparato en su oreja y este salió despedido hacia atrás.

—Se me ha caído el *manos libres* y estoy conduciendo. No puedo colgar —le gritó y, por suerte, debió escucharle, ya que la llamada finalizó.

Continuó conduciendo por la carretera, hasta que alguien llamó. Al no haber ninguna zona de descanso, siguió su camino. Cuando a esa llamada le siguió otra, una tercera, una cuarta..., y perdió la cuenta, decidió parar y apagar el motor del coche. Podría ser Aimée para hablar con él. La llamó esperanzado y, en cambio, una voz masculina le saludó de forma extraña:

—Doctor Hanson, ¿cree usted en las profecías de Nick Night?

—Disculpe, pero ¿quién es usted y cómo ha conseguido

este teléfono? —Estaba furioso. ¿Cómo era posible que uno de los secretarios de su paciente supiera localizarle?

—¿Cree, doctor Hanson?

—Mire, por culpa de personas como usted, Nick vive recluido y aterrado por el exterior. Así que no me venga con estupideces. Espero una llamada importante.

De pronto, el coche se puso en marcha sin que Aidan hiciera nada. Comenzó a dar bandazos y a acelerar cada vez más sin que él pisase los pedales. Gritó aterrado; sintió que sus brazos perdían fuerza y eran incapaces de controlar el volante. El teléfono salió volando cuando intentó hacerse con el control del vehículo.

—Un infiel como usted no merece estar al lado del profeta. Pronto el Mesías despertará y necesitamos un creyente. Hasta siempre, doctor Hanson —insistía el aparato desde alguna parte del asiento trasero.

Gritó pidiendo ayuda, rogando para detener el coche con el freno de mano y el pedal. Parecían completamente estropeados. Supo que iba a morir, sintió que su cuerpo dejaba de responder y su garganta de soltar tamaños alaridos.

Entonces, pudo ver que se dirigía hacia un roble del que colgaba... Yoshi. Completamente marcada y mirándole con ojos aterrados y suplicantes. A su alrededor, cientos de cabezas de conejos desollados colgaban del árbol, como si fueran siniestros adornos de Navidad. Gritó y lloró llevado por el pánico. Cuando aterrizó contra el airbag, escuchó cómo cientos de objetos chocaban contra su coche con un ruido sordo y funesto.

«Eran las cabezas de los conejos», pensó antes de caer inconsciente del dolor.



## Capítulo VIII



Estaba muerto, lo sabía con total seguridad. Se vio flotando en una inmensa oscuridad, en la cual cientos de cuervos y seres con máscaras blancas y siniestras hurgaban por su cuerpo, picoteándolo y arrancándole gusanos, como si su cadáver ya se hubiera descompuesto y en él se cosechaban los anélidos. No dolía; aquello hizo que se sintiera un tanto decepcionado por su paso al otro lado: si había ido a parar al infierno, al menos podría haber sido un poco más bíblico.

Sintió una mano caliente aferrándose a la suya y, con un esfuerzo titánico, abrió los ojos para encontrarse a Susan tumbada contra su almohada, dormida. Miró a los lados del impersonal cuarto, preguntándose qué estaba haciendo allí. Poco a poco, a su memoria regresaron los recuerdos de las pasadas horas: las entrevistas con los compañeros de Pierre, Anne, el accidente, el árbol... Gruñó. Era la única forma en la que podía expresar su consternación y terror ante el recuerdo. No podía moverse. Su compañera despertó y le sonrió ampliamente.

—Eh, vaya susto nos has dado —le saludó mientras acariciaba algo por encima de su cara. Aidan comprendió que era su cabeza, que estaba vendada—. No es agradable recibir una llamada nocturna diciéndote que has tenido un accidente.

—¿Aimée? —balbuceó con la voz grave y temblorosa. Qué extraño, no era capaz de sentir dolor.

—Fue ella quien me pidió que viniera tras hablar con la policía. Estaba tan aterrada que temí que te hubieras muerto en el viaje de ambulancia. Casi se me para el corazón.

Incluso anestesiado, Aidan sintió una punzada de tristeza y rabia por no ver a su esposa a su lado. Parecía dispuesta a

cumplir su promesa de no acudir a aquel hospital desconocido.

—¿He muerto? —insistió el psiquiatra, intentando ordenar lo que había sentido antes de despertar.

—No, en ningún momento. Solamente has estado inconsciente, exagerado. Parece que, a simple vista, no te has hecho mucho —bromeó Susan, aliviada—. No puedes estar siempre llamando la atención de esa manera, a las chicas no nos gustan tanto las cicatrices como creéis.

Muy a su pesar, Aidan tuvo que reírse.

—No te preocupes, tu esposa vendrá pronto. No deseaba sacar a las niñas de la cama y asustarlas. Tampoco ha encontrado a nadie para quedarse con ellas. Por eso estoy aquí.

Sus palabras calmaron al hombre, pero ahora debía enfrentarse a la realidad.

—¿Y el... árbol?

—¿El árbol? —repitió su colega sin entenderle.

—La chica...

—¿Te diste contra un árbol para no atropellar a alguien? Mejor así. No saben por qué te chocaste. Han descartado las negligencias por tu parte, pero no que pudiera ser debido a las manchas cerebrales.

Le pidió que lo repitiese varias veces y, al fin, asimiló la información. Aquello era extraño, no estaba la policía lista para interrogarle y tampoco Susan parecía especialmente nerviosa. ¿Habría sido otra alucinación? Cuando sintió la mano de su compañera acariciándole la cara y miró sus ojos llorosos, no estuvo seguro.

—¿La chica? —insistió sin ser capaz de hilar una frase real. Le empezaba a doler la boca y entonces comprendió que se le estaba pasando el efecto de los sedantes—. Duele.

—Ahora llamaré para que te traigan algo —aseguró ella mientras accionaba el botón—. Vamos a tener que pasar mucho rato juntos. Hace poco volvió a llamar tu mujer. Estaba desesperada, seguía sin encontrar a alguien que se quede con tus hijas, no quiere que te vean así.

Aidan asintió, sintiéndose cansado y magullado.

Le retiraron parcialmente la medicación. El doctor le dijo que solo le habían puesto un poco para que descansara y no tuviera pesadillas. Tras los análisis de su torso y miembros, habían dictaminado que salvo las heridas, que se habían abierto, no había más daños que lamentar. Aunque no podían cantar victoria, no hasta que no vieran las pruebas de la cabeza.

—La que podríamos considerar más aparatosa ha sido una cicatriz en el cuero cabelludo. Ha perdido mucha sangre, pero no tanta como para considerarse en área de peligro. Aunque ya sabe que, hasta que no tengamos todas las pruebas, no podremos asegurarle nada.

Y tenía razón, porque, en poco tiempo, Aidan se reincorporó y comenzó a hablar con normalidad. Incluso llegó a bromear con Susan, aliviado por saber que aquellas horribles visiones solo habían sido alucinaciones. Pidió a su amiga que llamara a Aimée, le dijera que no estaba tan mal y que, por favor, trajera a las niñas consigo.

—Ya lo he hecho, hace un rato —aseguró con una sonrisa pícaro—. Ya que te he cuidado tanto, ¿me permites hacer algo fuera de toda lógica?

—Sí, claro. ¿Qué pasa? —preguntó al ver que miraba un momento a sus manos.

—Vale. Cuando empieces a sentirte nervioso, recuerda que te he pedido permiso —le previno encogiéndose de hombros—. Estoy enamorada de ti, Aidan Hanson.

No estaba muy seguro de qué gesto había hecho, pues seguía sin sentir algunas partes de su cuerpo, pero al escuchar la risa cantarina de su compañera y su rostro alegre, pensó que debía de ser apoteósica.

—Vamos, no me mires con esa cara —le pidió ella, intentando aparentar algo de seriedad—. ¡Ni que hubieras visto al asesino del hospital!

No era para menos. Sentía que su rostro había perdido cualquier rastro de color y que estaba a punto de desmayarse. Ninguna mujer había sido así de directa con él; y mucho menos dada su situación.

—Susan..., yo... —balbuceó. No descaba herirla, realmente la apreciaba mucho.

—Quieres a tu familia. Por nada ni nadie las sacrificarías. Solamente si ocurriera el milagro de que te fueras a divorciar de Aimée. ¿Me he equivocado en algo? —Él negó con la cabeza, completamente desconcertado—. Seguro que me ves como una grandísima amiga y una apreciada colega. De ser otra la situación, no te importaría que hubiera algo.

Aidan parpadeó, confuso. ¿Realmente esto no estaba siendo otra alucinación? Porque todo se le antojaba surrealista.

—Susan, si sabes todo esto, ¿por qué te has declarado?

—Porque he estado a punto de perderte dos veces y, por muy imposible que sea que te fijes en mí, necesitaba decírtelo. Era importante para mí y me siento mucho mejor. —La miró patidifuso, parecía estar hablando del tiempo—. Nuestro psicólogo me aconsejó que lo hiciera, que me ayudaría a pasar página más fácilmente, al menos con respecto a ti. Y creo que va a tener razón.

—Creo que estoy aún demasiado conmocionado para entender tu lógica —reconoció Aidan, quien consiguió reaccionar.

—No la hay, no te preocupes. Solo ha sido un impulso que, en cuanto veas entrar a las mujeres de tu vida, se te olvidará y seguiremos siendo amigos —le aseguró señalando la puerta—. No debe preocuparse, doctor. Esta mujer no va a esperarle ni tampoco será infeliz. Eres tan bueno que serías capaz de angustiarte por mí y lo que te acabo de decir.

Le habría dado la razón; de no ser porque los dos torbellinos que tenía por hijas entraron gritando, llamándole asustadas y lanzándose contra él en cuanto le vieron. Tuvo que aguantar varias muecas de dolor ante el asalto. Aimée permanecía en la puerta, mirándole fijamente y sin sonreír.

—Eres malo, papi —le regañó Jöelle, seria—. Nos has dado otro susto.

—Eso, prometiste que no habría más. Eres tonto —le dijo

Cosette, acongojada—. Malo y tonto.

Las abrazó y ellas empezaron a llorar. Aidan no dejaba de disculparse una y otra vez, deseando demostrarles cuán arrepentido estaba de haberles hecho pasar tan mal rato.

—Chicas, ¿queréis un helado? Papá invita por el susto — se ofreció Susan.

Las dos pequeñas miraron a su madre, que asintió, por lo que se fueron con la psiquiatra; mientras, no dejaban de despotricar contra su padre.

—Aimée..., lo siento... —acertó a decir cuando la puerta se cerró.

—No trates de disculparte —las lágrimas asomaron por sus ojos—. ¿Cómo se te ocurre volver sin descansar por muy enfadados que estuviéramos? ¡Lo único que me preocupa es tu salud y vas y haces estas tonterías!

—Lo siento —repitió. No podía decir nada más.

—¿Qué habría pasado si te hubieses muerto? ¡Dime! Lo último que te dije fue que como te volviera a pasar algo así, no iba a venir. Si te hubieras ido, yo no... —Se abrazó a él, temblorosa—. Aidan, lo siento. No lo decía en serio. Solo he tardado porque no quería traer a las niñas y que te vieran mal.

—Lo sé, no te preocupes —le aseguró acariciándole la cabeza y oliendo su suave aroma. Cómo le gustaba, al igual que todo lo relacionado con ella.

—Y encima vas y me dejas ese mensaje en el móvil. ¿Cómo creías que iba a vivir con ello?

—Esa es la razón por la que no me fui. Te veía capaz de ir a por mí y matarme de nuevo —bromeó, consiguiendo hacerla reír—. No iba a irme sin arreglarme contigo, sabes que no sería capaz de descansar en paz sin ti.

Aimée le besó y le acarició la cara; parecía incapaz de creer que él estaba vivo, que tan solo había sido un susto. En aquel momento, uno de sus médicos entró, análisis en mano, para comentarlos con él.

—Bueno, me alegra decir que, tras examinar nuestras

pruebas y cotejarlas con las que nos enviaron del otro hospital, podemos descartar cualquier anomalía en el cerebro. Está usted como una rosa, doctor Hanson.

Aquello hizo que el estómago del psiquiatra diera un vuelco y se retorciese.

—¿Cómo? ¿Pero... y las manchas de los anteriores TACs?

—No están. Pueden haberse debido a varias circunstancias, pero no a ningún daño cerebral. Enhorabuena —le felicitó con una sonrisa dirigida a ambos y los dejó solos.

—Aidan, ¿qué te ocurre? ¿No estás contento? —preguntó su mujer agarrándole las manos. Podría engañar a un desconocido; a ella, nunca.

—Aimée, tuve otra alucinación. Mejor dicho, ocurrió algo...

Inseguro, le fue relatando los acontecimientos de antes de llegar al hospital. Incluso cuando estuvo inconsciente, dado que era muy extraño que alguien pudiera soñar durante ese estado. El rostro de su mujer fue mudando del asombro a la preocupación y Aidan supo que estaba ocultándole información preocupante.

—¿Crees que me estoy volviendo loco? —inquirió angustiado.

—Mi amor..., esto es demasiado extraño. No sé cómo explicártelo —dudó mordiéndose los dedos—. Mentí a Susan, no tardé en llegar debido a que no encontrase a alguien para estar con las niñas: me llamaron del psiquiátrico por Pierre.

Aquello asustó a Aidan. Si Aimée había decidido ir antes a ver a su hermano que a él, es que algo muy grave debía haber pasado.

—¿Está bien? ¿Y Nick y Yoshi? —inquirió agobiado.

—Los sectarios de Nick atacaron el hospital. Le retuvieron y Pierre fue con él, no deseaba dejarle solo. Les enseñaron la última obra del psicópata... Aidan, la chica del árbol, lo que me has relatado, es lo que ellos vieron. Era la última víctima de ese asesino.

Sintió que le abrazaba cuando empezó a temblar.

No entendía qué estaba ocurriendo y aquello solo estaba consiguiendo que dudase de su cordura.

El médico pasó varios días en cama, recuperándose de las heridas del accidente, al menos, de las físicas. Su mente seguía divagando por lo ocurrido y lo presenciado. Con razón nadie había intentado interrogarle sobre el choque contra un árbol, ya que no existía tal víctima. Mejor dicho, no por donde él se había dado.

Las televisiones estaban haciendo su agosto y, por lo que Susan le había contado, la seguridad se había incrementado enormemente. Temían por la protección de los trabajadores; sobre todo ahora, que los internos parecían ingobernables.

—Todos los progresos que hemos hecho se han ido al garete —le dijo su colega, apesadumbrada—. Algunos tardaron años en mostrar una mejoría.

—¿Cómo están mis chicos? —preguntó Aidan deseando poder ayudar.

—Son los que peor se encuentran, junto a varios internos. La diferencia es que nuestros trabajadores pueden pedir la baja y ellos solo pueden tocar fondo una y otra vez.

—¿Crees que debería ir a hablar con ellos?

—Será lo mejor. Tu sustituto no sabe cómo tratarlos —aconsejó Susan, para luego despedirse y colgar.

El doctor no sabía qué hacer. Lo consultó con Aimée, quien, tan perdida como él, se encogió de hombros.

—Tal vez salir y hablar con ellos te sentará bien.

—¿No te parece que es muy pronto?

—Lo es.

—¿Entonces?

Ella le sonrió con dulzura.

—Sigues siendo el mismo que hace un año, Aidan. No puedes evitar preocuparte por la gente que lo necesita. Además, sabes que hablar con Pierre te ayudará, puede que al fin descubras por qué ha ocultado la verdad durante tanto tiempo.

La besó con ternura. Sabía lo difícil que era para ella dejarle marchar así y más en su estado. Se había desvivido por él para que no se dejara abatir por la incertidumbre sobre las alucinaciones.

Tardó varios días en armarse de valor, pero una mañana, tras mucho reflexionar, consiguió coger las llaves del coche y ponerse en camino hacia el hospital. Durante el trayecto, numerosos coches de policía y tiendas de campaña adornaban el camino. Parecía que el mundo de fuera del Jackson se había vuelto completamente loco.

Al verle llegar, sus colegas le recibieron con toda clase de atenciones, preguntándole sobre su estado y su familia. Agradeció aquellas muestras de cariño sinceras y se sintió un poco mejor por haber dado ese paso. A la entrada, varios guardias le detuvieron para exigirle su identificación. La seguridad había aumentado de forma considerable, prácticamente había una pareja de policías en cada esquina.

Caminó por los pasillos deseando llegar al comedor y, mirando tras las puertas enrejadas, pudo ver a Nick, Yoshi y Pierre removiendo el contenido de sus platos del desayuno. Parecían enfermos y descuidados, como si nada importase. La joven abrazaba a Baxter como si fuera un bote salvavidas. El lugar estaba silencioso, incluso los sonidos del metal contra la loza parecían haberse esfumado. No era capaz de oler nada, salvo, tal vez, a tierra mojada. Algo muy poco habitual en una cafetería.

Respiró nervioso, deseando dejar de temblar por unos momentos para dar mayor seguridad a sus pacientes. Le necesitaban, sus problemas debían quedar tras la puerta cuando la cruzase. Recompuso su fachada y entró a paso lento, pero firme.

—¡Papá doctor! —gritó Yoshi, feliz por verle.

Ese era el nombre con el que se había dirigido a él durante semanas, lo había echado de menos. Corrió a su encuentro y

le abrazó con fuerza, haciendo que los puntos y sus heridas gimieran de dolor. Detrás, Nick y Pierre le sonreían como si hubieran visto a su salvador y, para su sorpresa, le abrazaron con la misma fuerza que la chiquilla.

Tras los saludos y las bromas de rigor, se sentó en la mesa con ellos, animándolos a hablar de cualquier tema. Los dos adultos miraron a la muchacha, que comenzó a contarle lo malos que eran los policías. La expresión que le dedicaron no dejaba lugar a dudas: necesitaban hablar con él a solas.

—El malo no te hizo mucho daño, ¿verdad, papi doctor?  
—insistió Yoshi acurrucándose contra él.

—No, claro que no. La mayor parte de mis heridas son por el accidente de conducir. No te preocupes —le pidió, revolviéndole el pelo.

—¿Y por qué lo tuviste?

Aidan sintió que su fortaleza se mermaba. Había olvidado las ocurrencias de la joven.

—Fui a conocer a una vieja amiga de Pierre que se llama Anne. —Al ver la expresión asombrada de su cuñado, sonrió. Había superado una de sus barreras.

—¿Cómo... está? —inquirió el hombre, ávido.

—Digamos que tiene una extraña determinación por conseguir justicia, que le obliga a hacer cosas, cuanto menos, extrañas. Como esperar a que vuelva una vieja amiga llamada Marion —aventuró el doctor. Nick los observaba como si presenciase una partida de ajedrez.

Cuando Pierre iba a decir algo, se desmayó y cayó bajo la mesa. Aidan corrió a su lado y le tomó el pulso, sintiendo su cuerpo gélido como el hielo. Entonces, vio una voluta de vaho saliendo de su boca y reparó en el frío que hacía. El olor a tierra húmeda se intensificó y comenzó a escuchar gritos agónicos, silenciados por unos golpes. Al levantarse, vio a Nick estampando su cabeza contra la mesa una y otra vez, susurrando una extraña letanía. Pero tras abalanzarse sobre él, con el fin de impedirle que continuase, comenzó a pintar sus

horrores usando la sangre que rodaba por su cara y la comida desparramada por la mesa.

—Dolor, más dolor... El dolor nunca acaba —murmuraba para sí.

—¡Nick! ¡Calma, por favor! —miró a la puerta buscando ayuda. Su cabeza bombeando sangre le impedía pensar o sentir nada más allá de la preocupación—. ¡Celadores, enfermeros! ¡Por el amor del cielo, que venga alguien con sedantes!

Buscó a Yoshi, que estaba escondida bajo la mesa, llorando y apretujando a su pobre conejo. Volvió a gritar pidiendo ayuda, nadie acudía a su llamada. ¿Dónde estaban los cuerpos de seguridad? ¿Y los celadores?

Escuchó unas risas provenientes del techo y, al levantar la cabeza, su preocupación dio paso al miedo. Reconocía las sombras que se movían por encima de él: los seres oscuros de máscaras blancas que luchaban contra unos cuervos que parecían de humo. A su alrededor, todos los enfermos se mutilaban, arañándose, clavándose los cubiertos de plástico y luchando contra sus iguales. Pudo escuchar el ruido de la puerta al ser forzada sin éxito. Al otro lado, los equipos de seguridad intentaban entrar; las puertas permanecían cerradas a cal y canto. Los que habían quedado dentro del comedor estaban desmayados, recibiendo la ira de los internos. La locura en su estado más salvaje. Y, en medio de todos ellos, los cuatro pacientes que no deseaban tratos con él: Joel y Jade, agarrados de la mano, mientras que de sus sombras surgían los cuervos; al otro, con sus cabellos rubios ondeando en un cuarto sin viento, sus ojos claros mirando con crueldad y sus rasgos afilados como cazadores, se encontraban sus «Némesis», Chanah Katz y Ainsley Moore. De unas lágrimas negras surgían las máscaras funestas que intentaban matar a los cuervos.

Aidan no sabía qué hacer, paralizado como estaba del terror. Cuando los cuatro se dieron cuenta de que alguien los observaba en medio del caos, se volvieron hacia él y le sonrieron. Al instante, todo pareció volver a la normalidad, y

Aidan se encontró ante él a Susan, que le zarandeaba y llamaba angustiada mientras varios enfermeros atendían a Pierre y Yoshi. Los celadores se llevaron a Nick, que gritaba enloquecido y lleno de sangre.

—¡Dejad de jodernos, malditos cabrones! —bramaba a los que habían ocasionado aquellos delirios—. ¡Vais a acabar con nosotros, hijos de puta!

Era como si nada hubiera ocurrido. Salvo algunos enfermos desfallecidos en el suelo, todo parecía haber sido otra alucinación.

El médico, tiritando todavía por el frío que no había y el miedo que no debía sentir, le dio la razón al pintor. Cuando vio los rostros triunfales de los cuatro, algo dentro de él se encendió. Poco a poco, una llama de ira sorda fue creciendo ante aquella impasibilidad y regocijo. Esos malditos bastardos estaban felices por lo que les había ocurrido. Iba a conseguir descubrir cómo habían logrado provocarle aquellas alucinaciones y afectar tanto a sus pacientes. Se juró que descubriría la verdad, aunque tuviera que volverse completamente loco.



## Capítulo IX



«—¿Es que no nos crees, Aidan? —insistió Jade por enésima vez, con un tono tranquilo y pausado.

—Como comprenderás, es complicado hacerlo cuando no tenéis pruebas que aportarme —replicó su propia voz en la cinta—. Hasta ahora, no habéis podido demostrarme que tú y tu hermano sois...

—Mensajeros de un lado, *doc* —terció el joven.

—Y que Chanah Katz y Ainsley Moore son vuestros acérrimos enemigos, que...

—Se confunde. No somos enemigos —aseveró la muchacha—. Solo somos dos grupos que luchamos por nuestros objetivos y que nos hemos aliado momentáneamente para cumplir con nuestra misión.

—Que es atraer a Yoshi Deall, a la que os emperráis en llamar Alice —continuó el doctor, un tanto cansado.»

Recordaba aquel momento perfectamente: los dos mellizos, observándole impasibles con una gran sonrisa en sus rostros mientras él, al tiempo que se rascaba los ojos con las yemas de los dedos, se sentía agotado.

«—Bueno, desde nuestro punto de vista, ella es Alice —atajó la joven—. Es una niña inocente en medio de un mundo de locos del que queremos que salga para que vuelva a casa.

—Deberíais dejar a Yoshi tranquila —pidió Aidan—. Su padre no quiere saber nada de ella, por lo que nunca regresará a su hogar.

—¿Y quién ha dicho nada de él? —acabó Joel, y el doctor, cansado de aquella conversación, apagó la cinta y se llevó las manos a la cara.»

Debía dejar de traerse trabajo a casa; no le ayudaba seguir

escuchando las sesiones una y otra vez. No solo porque sentía que perdía el tiempo si no, además, porque le estaban afectando mucho más de lo que deberían.

Había transcurrido varios meses desde su accidente y, aunque había cosechado algunas pequeñas victorias, cada vez le era más patente que no le servía de ayuda médica a sus pacientes. Era su amigo y apoyo, había conseguido su confianza..., pero si los presentaba ante un tribunal de evaluación, todos fracasarían estrepitosamente en ser considerados cuerdos. Tanto como él mismo, si recordaba las esporádicas visiones y las constantes pesadillas.

Cuando los sectarios se hubieron marchado y el ambiente se relajó un poco más, Aidan retomó la relación con Nick. Esta llegó a profundizarse hasta tal punto, que el médico había sido capaz de vislumbrar los horrores que asolaban el alma del artista. Bajo una máscara férrea y desenfadada, se escondía una inmensa oscuridad de culpabilidad y tristeza. Investigó toda su obra y descubrió, para su asombro, que únicamente había dejado de pintar aquellos grotescos absurdos durante su vida en común con su esposa. El resto de su producción no solo exponía sus monstruos, sino que durante los últimos años podía palpase la apatía ante sus temores. Estaba convencido de que el hombre estaba enterrado en lo más profundo de su abismo. El psiquiatra no podía quitarse de la cabeza el que aquellas supuestas premoniciones estuvieran talladas en piedra, algo imposible de cambiar. Tras los últimos acontecimientos, estaba más convencido de que los que deberían estar encerrados eran los seguidores de Nick y no este último.

Pierre, aun a pesar de todo lo sufrido con el asunto de Marion y Anne, lejos de dejarse abatir demostró ser un optimista incurable y una persona fuerte en sus convicciones. Daba igual lo ocurrido, él sentía que la vida le había sonreído en numerosas ocasiones y los años en el psiquiátrico solo eran un pequeño revés.

—Todo está en orden. Lo único que lamento es que Jay se dejara dominar por su oscuridad. Nunca debió reflejarse en el espejo —aseguraba una y otra vez.

—¿Y qué ocurre con Marion?

Al escuchar ese nombre, el joven negaba con la cabeza y permanecía callado. Ese era un tema tabú.

Poco a poco, pudo seguir desentrañando más datos de lo que ocurrió aquella fatídica noche por la que le condenaron. Lo único que tenía era un montón de mitología sobre la reliquia familiar que ni Aimée conocía. Pierre afirmaba que aquel que se reflejara en el objeto y no tuviera sangre Lefevre, acababa siendo dominado por su oscuridad, consiguiendo que sacara lo peor de sí mismo para doblegar a la criatura que emergía de su superficie.

A causa de todo lo vivido, no podía dejar de preguntarse si no era el mundo quien estaba completamente loco y ellos no eran de los pocos cuerdos que aún lo habitaban.

Recordó una de las grabaciones y pasó todos los archivos de las sesiones, hasta que la encontró. Fue en una de las asambleas en grupo, donde su cuarteto comenzó a discutir y todos los presentes en la sala enfermaron.

Los hermanos y sus otros dos pacientes solían enfrentarse, ya que, según decían, eran facciones en constante «guerra». Cuando consiguió sonsacarles nueva información, le aseguraron que eran descendientes de animales mitológicos llamados tengus y minotauros. Le explicaron que, en el pasado, el ser al que todas las criaturas servían en la actualidad había convertido a varios de estos seres en humanos para, según afirmaban, salvarlos de la extinción, y ahora solo vivían para recuperar su antigua forma. Aunque tras lo vivido no fuera capaz de negar o afirmar sus palabras, Aidan deseaba encontrar algo que borrara aquella sonrisa siniestra de su boca.

Le habían prometido que dejarían sus rencillas personales a cambio de que el doctor los ayudase con Yoshi, a la que creían una especie de Mesías redentor que podría librarlos de su condición

de «humanos». Chanah y Ainsley, que juraron ser los causantes de sus pesadillas y los gemelos de sus visiones, dieron su palabra de que evitarían en lo máximo de lo posible volver loco al psiquiatra.

Lo peor para Aidan era que cuando había alguien «ajeno» con ellos, se comportaban según el patrón de sus fichas: ella afirmaba que podía convertirse en cualquier animal, aunque en verdad lo que hacía era imitar al espécimen que escogiera, con más ganas que acierto. Luego estaba él, que aseguraba que era completamente manco y en vez de manos tenía marionetas.

Le desconcertaba hablar en soledad con ellos. Intentaban explicarle sus objetivos para ganarle a su causa, fuera con promesas o amenazas. Aquello solo demostraba que estaba volviéndose completamente loco. No lo suficiente como para no darse cuenta y poder engañar a todos menos Aimée, pero sí para sentirse preocupado por cómo podría desembocar sus visiones. ¿Y si un día acababa haciendo daño a su familia? No. Antes de permitir algo así, era capaz de matarse.

Añoró los tiempos en que diagnosticaba problemas más simples y con los que no se involucraba al cien por cien. Porque ese era su otro problema: el cariño que había comenzado a sentir por Yoshi. No había esperado tan buena acogida de ella, ni tampoco que su familia prácticamente la hubiera adoptado como una más. Era cierto que seguía comportándose como una niña, aunque cada vez que alguien le preguntaba, empezaba a contar el paso del tiempo como si ya se sintiera dispuesta a crecer. Se rio con ironía; al paso al que iban, cuando tuviera treinta y dos años diría que tenía dieciocho, por lo que dado el comportamiento de algunas personas con respecto a la edad, podría considerarse normal, y eso si tenían suerte. La enfermedad de Yoshi no parecía que fuera a tener una cura fácil.

No había cambiado el tratamiento, habría sido imposible. Las carencias emocionales que tenía esa pobre chiquilla habían logrado que sus mujeres y él mismo estuvieran dispuestos a darle todo el amor que necesitase, pero aquello le había hecho perder la perspectiva: no era una niña de cuatro años, sino una joven

de dieciocho, hermosa y, además, objetivo de un psicópata. Por mucho que le gustara que le llamase «papá», estaba cometiendo un grave error. Se dio cuenta al enseñarle una foto familiar a su compañero Tobias, cuando se volvieron a reencontrar un tiempo después. En el retrato, Yoshi posaba al lado de toda la familia, como si siempre hubiera sido parte de ella. Al escucharle silbar y soltar burradas, deseó golpearle.

—Chaval, mira que no eres listo ni nada —comenzó a decir Tobias.

Aidan, sin entender muy bien a qué se refería, miró la foto fijamente, esperando encontrar lo que le producía tanto frenesí. Aimée no podía ser, porque Toby sabía lo celoso que era.

—¿Quién es esa preciosidad que está sentada con tus niñas? ¿Tu amante? La verdad es que tiene pinta de... —insistió su compañero.

—Es una paciente —le atajó él, escandalizado—. Tiene cuatro años.

—Pues quién lo diría con ese cuerpazo y esa cara de ángel.

Cuando el doctor volvió a mirar el retrato, se dio cuenta de que su amigo tenía razón.

Por mucho que su mente se hubiera acostumbrado a la idea de que Yoshi tuviera una mentalidad tan dulce e inocente, era una mujer demasiado hermosa para estar a salvo.

Aquel suceso hizo que se volviera más paranoico con su seguridad y que mirase con malos ojos a cualquiera que se acercara mucho a la niña. Sobre todo a Lowe, que era quien más la trataba, además de Freda. A su juicio, casi cualquiera podría ser ese maldito asesino: una persona enferma y degenerada que deseaba aprovecharse de la inocencia de su chiquilla. Cuando tuvo un enfrentamiento realmente fuerte con Lowe, sus colegas le pidieron calma. Al no conseguir buenos resultados, Freda y Susan fueron al rescate. Eran las únicas en quien confiaba en aquel lugar.

—No puedes dejar que las sospechas te nublen el juicio, así no la ayudas —le insistía Susan, preocupada—. Hay suficientes

cuerpos de seguridad para protegerla, de nada le servirá si te matan por cuidarla.

Por suerte para él, su amiga seguía a su lado a pesar del rechazo. Incluso mostrándose fría en ocasiones, para que ni él ni Aimée tuvieran problemas. Daba la impresión de que realmente había pasado página, pero, tras aquellas fatídicas semanas, parecía que su seguridad estaba mermada, como la de todos los trabajadores. En especial porque, tras un tiempo de fingida calma, el asesino volvió a dejar nuevas víctimas en los alrededores. Hasta su mujer le pidió que cuidase de su colega.

—Prefiero que no te quite el ojo de encima a tener miedo a perderte porque nadie te cuide allí dentro —le explicó con un mohín en los labios. No le gustaba la situación, pero la prefería a que le volviera a ocurrir algo.

Todo eran problemas y cuando llegaba a casa, en vez de disfrutar de su pequeño remanso de paz, eran esos momentos en los que solía meditar sobre lo que le ocurría, con tan mala fortuna que sólo conseguía dolores de cabeza.

La apoyó entre sus manos, esperando así que su cerebro dejara de latir de aquella forma y pudiera irse a la cama. Descaba darse un pequeño descanso mientras abrazaba a su mujer...

Abrió los ojos. Hasta donde le alcanzaba la vista, estaba rodeado de árboles altos y delgados que le impedían ver nada más allá de aquel pequeño paraje.

—¡Muy buenas, Aidan! ¿Qué tal estás descansando?

Se dio la vuelta, esperando encararse con cualquier cosa que le deparase aquella pesadilla. Todo menos eso: ahorcándose en un árbol donde colgaban cabezas femeninas demasiado parecidas a Yoshi, se encontraba Nick vestido como el Sombrero Loco de Lewis Carroll. El tocado verde le tapaba parte de la cara de forma tan ridícula como patética. El cuello estaba doblado de forma grotesca; en una mano había una cafetera y en la otra, un vaso deforme donde se echaba café.

—¿Quieres? Está bueno —insistió el pintor tendiéndole su vaso.

—No, gracias, Nick —le dijo tratando de sonar seguro.

Estaba asustado. Boqueaba intentando encontrar el aire y podía oír el golpeteo continuo de su sudor chocando contra el suelo. Los árboles se iban retorciendo y deformando, seguramente a causa del intenso calor que hacía.

—¿Qué es este lugar? —inquirió el psiquiatra, deseando encontrar respuestas.

—El inconsciente, subconsciente o alguna de esas majaderías freudianas. ¿Realmente importa? —atajó el pintor llevándose el vaso a la boca. A través de las heridas del cuello se escapaba el líquido que intentaba ingerir—. Tú eres el psiquiatra, deberías saberlo mejor que nadie.

—No seas tan duro con él, Nick —le pidió Pierre, quien apareció tras un tronco. Vestía con una levita negra y elegante; de su cabeza emergían dos orejas de conejo y, en su mano, en vez de llevar un reloj, portaba un espejo en miniatura—. Aún no tiene ni idea de la importancia que tiene dentro de este juego.

—¿Qué juego? ¿De qué estáis hablando? —terció el doctor.

—¿No escuchas a tus pacientes? —insistió el anciano volviéndose a llenar el vaso—. Hablamos del juego más antiguo que existe, en el que todos somos solo simples peones.

—Dios..., otra vez vuelvo a obsesionarme con las ideas descabelladas de esos dos críos —sentenció el médico—. ¿Sabéis? Es muy difícil creer que está librándose una lucha de poderes por Yoshi. Sobre todo cuando hay un loco suelto deseando acabar con ella.

—No, Aidan. Nosotros estamos fuera de la lucha del bien, el mal o los bandos que sean y se crean —sentenció Pierre con énfasis—. Mucho tendremos que hacer por nuestra parte como para meternos en más líos.

—Esta es una lucha contra la puta magia del jodido espejo y los problemas que ha causado —sentenció Nick, que seguía sin dejar de beber café—. Nos está jodiendo a todos y, si no

tenemos cuidado, pronto no tendrá nada más que destruir.

—Todo esto es debido al agotamiento —se dijo a sí mismo—, no puedo estar soñando otra vez con estas locuras.

—Puede que tú seas el loco y no tu pequeño grupo de pacientes, mi amor —afirmó Susan a su espalda agarrándose a su cintura, para luego aparecer delante de él vestida como una reina roja—. Puede que ahora es cuando sepas en verdad quién eres y lo que eres capaz de hacer para conseguir aquello que deseas.

Al ver aquella sonrisa, tan similar a la del día en que la había rechazado, la sangre de Aidan comenzó a hervir de necesidad.

—Como su cuñado —replicó Nick con maldad—, a quien no le importó matar a una persona para que nunca se reflejara en su espejo y que le robó a la mujer de su vida.

—¡No le maté! —se quejó el joven, aunque su voz sonaba igual que cuando la cinta se pillaba en los rodillos de un reproductor. Era la conversación que había mantenido el día anterior—. Intentaba salvarle y perdí el conocimiento, fue el espejo quien acabó con él.

—Susan... —la llamó, tentado de aceptar lo que le ofrecía. Pero en aquel mismo instante la alejó de él, asqueado por lo que su subconsciente le estaba insinuando—. No, no eres real, y aunque lo fueras, seguirías sin ser la mujer a la que amo.

—Así nos gusta, *doc* —replicó Joel.

Se giró para enfrentarse a los otros locos. Entre los árboles, flotando sobre un suelo lleno de sanguinolentos cadáveres de mujeres jóvenes, se encontraba una bola azul y, sentada encima de esta, estaba Yoshi, con la mirada fija, clavada en el suelo. Iba vestida con un precioso traje verde oscuro y zapatitos de charol de los que goteaba fluido vital. Mientras que cuatro gatos, dos negros y los otros blancos, correteaban a su alrededor con unas grandes sonrisas que iluminaban de forma antinatural sus caras, en una horrible mezcla de rasgos entre humanos y felinos.

—Necesitamos que cuides de Alice como merece —continuó el joven.

—Sí, las distracciones como las aventuras amorosas solo

conseguirán fastidiarlo todo —afirmó el animal con la cara de Chanah—. Aunque ya no querías, tendrás que permanecer con tu mujer y tus hijas. Alice necesita una familia perfecta, no una de verdad.

Aidan se tapó los oídos con tal de no escucharla y se dio la vuelta para evitar observar aquel dantesco espectáculo, por lo que se topó con el que ofrecían Pierre y Nick.

—¡Mierda! Mira que la edad me juega malas pasadas —recordó el sombrerero—. Si estoy con el cuello roto, ¿no crees que debería estar muerto?

—Esto es un sueño, tú no estás mu... —pero antes de que pudiera acabar, el pintor ladeó la cabeza y su cara quedó petrificada en un rictus de dolor y pánico. La cafetera fue cayendo lentamente, a diferencia de los otros objetos.

—Será mejor que huyas —le aconsejó su cuñado.

Pierre sacó del espejo una mujer de aspecto cadavérico y carente de rasgos, salvo por los ojos verdes. Esta se apoyó en el hombre y observó al doctor con su mirada vidriosa.

—Cuando el café se derrame, serás el siguiente en morir —aseguró la nueva criatura.

El psiquiatra volvió a observar el objeto y cuando la tapa de este se abrió, el líquido, que resultó ser sangre espesa, escapó a raudales. Quiso correr, pero sus piernas no respondían, y cuando la marea le atrapó, sintió que se iba ahogando entre aquellas corrientes llenas de horror.

Entonces, una mano que empezó a acariciarle el hombro con delicadeza y cariño le llamó para que despertarse...

—Aidan, mi amor... —Él abrió los ojos de un espasmo al reconocer la voz de Aimée—. He preparado un poco de chocolate... y te he traído esos pasteles de manzana que tanto te gustan.

Al oír aquello y notar cómo ella cogía su cabeza y la apoyaba contra su cuerpo, comenzó a llorar desesperado.

Había vuelto a incumplir la promesa de no dejarla de lado.

Ella no sabía nada de todo lo que pasaba por su mente y en aquel momento, para poder consolarle, estaba junto a él sin dormir, trayéndole dulces.

—Ahora mismo hablaremos largo y tendido. Llevas días teniendo pesadillas y me he cansado de que te calles todas tus penas. Nos quedaremos en vela el tiempo que haga falta, como cuando éramos más jóvenes.

Aidan asintió y dejó que su mujer le llevara por la casa agarrado de la cintura.

Le explicó sus sospechas, los problemas que había tenido con Lowe, y se cuestionó si debía hablar o no con la junta en cuanto a su comportamiento, de lo que le habían dicho Joel, Jade, Chanah y Ainsley y cómo se sentía con respecto a los otros tres. Ella solo hablaba de cuando en cuando, pidiéndole explicaciones sobre algunos detalles que se le escapaban y aportando su sincera opinión.

Cuando se fueron a dormir, siguieron hablando entre susurros y riéndose por alguna estupidez; Aidan volvió a sentirse liberado. Descansó como llevaba semanas sin hacer, apoyado contra el pecho desnudo de su mujer, arrullado por su respiración y el ritmo acompasado de su corazón.

—¡Llegas tarde, Aidan! —le saludó Freda con una gran sonrisa desde la puerta. Por su postura contra la pared, tan tensa y nerviosa, supuso que necesitaba encontrarle y que su humor era solo mera fachada—. ¿No sonó el despertador? ¡Tus enfermos ya estaban impacientándose, parece que les encanta volverte loco!

Era normal que se le hubiera pasado la hora. No había conseguido dormir como debiera.

—Creo que en un sitio como este no tienen mucho más que hacer —replicó el doctor tendiéndole la bolsa a la celadora—. Un detalle de parte de Aimée por los pasteles que nos trajiste el otro día. A las niñas les encantaron.

—Ya os dije que lo mejor para disfrazar las espinacas es hacer esos hojaldres —replicó ella abriendo y observando el contenido

con mirada golosa—. En fin, Yoshi estaba preocupada por ti, ya temía que te hubiera pasado algo.

Al oír aquello, fue él quien se sintió intranquilo.

—¿Qué le dijiste? —inquirió el doctor.

—Que te habrías quedado dormido. La noté asustada, no sé por qué.

—Tal vez tema que me vaya a morir o algo así, los niños son muy exagerados con esas cosas —finalizó Aidan, aunque ni él mismo estaba muy seguro de si se creía lo que acababa de decir.

—Me temo que no... —continuó la mujer llevándose un pastel a la boca y ofreciendo el resto a su interlocutor, que los rechazó—. ¿No has notado a Lowe muy... nervioso? Más de lo normal. Incluso lo noto un tanto «pegajoso» con Yoshi.

Al escuchar aquellas palabras, se giró para observarla.

—¿Tú también? Creí que era el único.

—Por eso te estaba esperando.

—¿Quieres que nos enfrentemos a Lowe? —preguntó dudoso—. Iba a hablar de su comportamiento con la directiva.

—No, primero tenemos que hacer una intervención con Yoshi —replicó la mujer poniendo los ojos en blanco—. Si no es ella quien decide dar el paso, poco podemos hacer nosotros, sobre todo sin pruebas.

—Pero Yoshi no...

—A efectos legales es una niña y podemos dar notificación a la directiva. Pero sabes tan bien como yo que eso no la ayudaría en nada... Además, puede que solo estemos exagerando y culpando de algo horrible a un buen hombre.

Aidan tuvo que darle la razón a Freda. Era posible que todo aquello solo fuera resultado del estrés postraumático y estuvieran a punto de arruinarle la vida a Lowe. La única que podía decirles algo era Yoshi. Con la policía no hablaría a menos que ellos la convencieran, pues tras lo ocurrido meses atrás, sentía pánico hacia los cuerpos de seguridad.

—Te necesito para que consigas hacerla hablar. Eres el único en quien confío plenamente —aseguró la celadora.

—De acuerdo, pero por ahora va a ser muy difícil. —  
Comprobó la hora y suspiró—. Tengo la sesión comunal.

—Entonces te dejo, ya hablaremos después con Yoshi para ver si conseguimos que se abra con la junta.

Ambos se despidieron con una sonrisa y cada cual continuó su camino.

A medida que avanzaba, el hombre se preguntó si no estaban exagerando. Desde siempre Lowe le había parecido muy protector con la paciente, como él mismo. Es cierto que se había vuelto más arisco con todos los que le rodeaban y que tenía un aspecto más enfermizo, si eso era posible. Algo normal dadas las circunstancias... Se frenó al instante y sintió cómo su ira volvía a surgir. Delante de él, en la puerta de la sala donde realizaba las sesiones comunales, se encontraban el celador y Yoshi. Él estaba abrazándola por la cintura, juntando sus cuerpos hasta más allá de lo apropiado. Susurraba algo al oído de la joven, que tenía expresión temblorosa mientras asentía.

—¿Qué es lo que está haciendo? —exclamó el doctor, furioso y tratándole de usted como si fuera un desconocido. Mientras los dos se separaban, él se acercó en dos zancadas y la pequeña se agarró a él, aliviada—. Le he hecho una presunta, señor Lowe. Dígame ahora mismo qué estaba haciendo con la paciente Deall.

—Sólo la consolaba, Aidan —replicó de forma inocente—. Hace poco rompió su conejito de peluche y estaba muy triste. ¿Verdad, Yoshi?

La niña asintió con la cabeza sin separarse de Aidan.

—Pues, si no le importa, ahora me encargaré yo. Muchas gracias. —Su voz estaba completamente envenenada y cuando vio cómo la cara del otro se transformaba en una máscara de miedo, sintió una gran satisfacción—. Buenos días, señor Lowe. No se preocupe por recoger a Yoshi, ya me ocuparé personalmente de ella.

Entonces el gesto se rompió y por entre las rendijas pudo ver algo que no le hizo ni pizca de gracia: odio hacia su persona.

—Como quiera, doctor.

Al acabar de decir eso, se fue alejando. Aidan decidió que era el momento de actuar; aquello no era normal.

—Hola, papá —murmuró la niña con la voz gimoteante. Le estaba empapando la camisa y se aferraba a él con tanta fuerza, que el corazón saltaba en su pecho acongojado—. ¿Estás bien? Freda me dijo que estabas malito y tuve miedo.

¿Miedo? Cualquiera puede coger un resfriado. ¿Qué era lo que...? Al instante comprendió lo que pasaba: no estaba asustada porque pudiera enfermarse y morir, sino porque se convirtiera en alguien como Lowe, que cada vez parecía más marchito. Algo le había hecho ya y ni él ni la celadora se habían dado cuenta.

—¿Qué ocurre?

Se giró para mirar a Pierre, que los observaba preocupado y se apartó al ver la expresión furiosa de su rostro. Detrás de este, todos sus pacientes observaban a Yoshi, que seguía llorando entre sus brazos y negaba con la cabeza.

—Nick, ¿sabes qué está haciendo Freda? —preguntó el psiquiatra, cargado de cólera. Aunque deseara tomarse la justicia por su mano, debía hacerlo por los medios legales.

—Sí, ¿pero qué ha...?

—Avísala ahora mismo. Dile de mi parte que hable con la dirección y que exijan el arresto de Frederick Lowe.

—¡No, papá! —demandó la niña, asustada, observándole con los ojos llorosos—. ¡Él no me ha hecho nada malo, es culpa mía!

Al oír esas palabras, los presentes supieron que algo no marchaba bien y se encolerizaron.

El cuarteto le exigió permiso para actuar por su cuenta, incluso aseguraron que nadie tendría por qué saber de la participación del doctor. Por muchas tentaciones que sintiera, su sentido común se impuso, y volvió a exigirle al pintor que hiciera lo que le pedía:

—Basta. Nick, haz lo que te digo. Nadie se va a encargar de Lowe más que la policía.

Se volvió a la muchacha y con una sonrisa tranquilizadora, la que usaba para consolar a sus hijas después de una pesadilla,

continuó hablando con voz dulce, al tiempo que le acariciaba la cabeza con ternura.

—Mi niña, tú crees en todo lo que yo te digo, ¿verdad? —Yoshi asintió ante las palabras de Aidan, mientras dos grandes lagrimones recorrían su cara—. Pues entonces, escúchame atentamente: nada de lo que él te ha dicho es verdad...

—¡Pero...!

—Nada —insistió—, nada en absoluto. Tú no eres culpable de nada, sino él. Eres una pobre niña inocente y tierna.

—¿Y soy buena de verdad?

—Tanto como el Sol. —Yoshi volvió a empezar a llorar con fuerza y se abrazó de nuevo a él—. Ya no tiene ningún poder sobre ti, no te hará más daño.

—¡Hizo daño a Baxter! —confesó de pronto, refiriéndose a su pobre animal de peluche—. ¡No quise hacer esas cosas que él me ordenó, ni tampoco decir esas palabras feas! ¡Hizo daño a mi conejito! ¡Le arrancó sus brazos, sus patitas y le sacó su tripita de algodón!

—Aidan, pídenos cualquier cosa menos quedarnos impasibles —exigió Chanah, pero él no les respondió, sino que siguió consolando a Yoshi.

—No te preocupes. Seguramente Baxter, desde el cielo de los peluches, está observándote y sintiéndose muy feliz por lo valiente que eres —siguió el médico con su voz más cálida y relajante—. Pero ahora te pido que perdones a la policía por haberse portado contigo mal meses atrás. Lo único que deseaban, era protegerte. —Aunque ella intentó escaparse, la sujetó con fuerza—. Cuando lleguen, les tienes que decir todo lo que él te hizo —la sintió temblar llena de pánico y supo que debía seguir—. Freda y yo estaremos contigo. No te preocupes, todo se arreglará.

Aunque deseó acceder a las demandas de sus internos sobre una muerte dolorosa y lenta para el celador, decidió callar para que ninguno de sus colegas, que comenzaban a aglomerarse a su alrededor, descubriera que estaba más loco que sus pacientes.

# No te quedes con la intriga y descubre cómo termina esta obra

# SÍ GUE NOS



twitter

[http://twitter.com/ed\\_babylon](http://twitter.com/ed_babylon)



wiki

<http://wiki.edicionesbabylon.es>



facebook

<http://www.facebook.com/EdicionesBabylon>



Blogger

<http://blog.edicionesbabylon.es/>



deviantART

<http://ediciones-babylon.deviantart.com/>



aNobii

<http://www.anobii.com/edbabylon/books>



[www.edicionesbabylon.es](http://www.edicionesbabylon.es)